Alfa y Omega
Nº 445/7-IV-2005 SEMANARIO CATÓLICO DE INFORMACIÓN EDIC. NACIONAL

¡No tengáis miedo!

¡Gracias!

Etapa II - Número 445
Especial Juan Pablo II

Edita:
Fundación *San Agustín.*
Arzobispado de Madrid
Delegado episcopal:
Alfonso Simón Muñoz
Redacción:
Calle de la Pasa, 3.
28005 Madrid.
Téls: 913651813/913667864
Fax: 913651188
Dirección de Internet:
http://www.alfayomega.es
E-Mail:
fsagustin@planalfa.es
Director:
Miguel Ángel Velasco Puente
Redactor Jefe:
José Francisco Serrano Oceja
Director de Arte:
Francisco Flores Domínguez
Redactores:
Anabel Llamas Palacios,
Juan Luis Vázquez,
María Solano Altaba,
Jesús Colina Díez (Roma)
Secretaría de Redacción:
Rut de los Silos Antón
Documentación:
María Pazos Carretero
Elena de la Cueva Terrer
Internet:
Beatriz Jaso Ollo
-Imprime y Distribuye:
Diario ABC, S.L.-
ISSN: 1698-1529
Depósito legal: M-41.048-1995.

Tú también haces realidad nuestro semanario

Colabora con

lf y m

PUEDES DIRIGIR
TU APORTACIÓN
A LA FUNDACIÓN
SAN AGUSTÍN,
A TRAVÉS DE CUALQUIERA
DE ESTAS CUENTAS BANCARIAS:

Banco Popular Español:
0075-0615-57-0600131097
Caja Madrid:
2038-1736-32-6000465811
BBVA:
0182-5906-80-0013060000
CajaSur:
2024-0801-18-3300023515

3-7 **Editorial:** *Amigo del hombre*

No tengáis pena

8-12 **Crónica. Última hora desde el Vaticano**

13-22 **Han dicho de él**

23-31 **Desde el corazón**

32-33 **Los niños y el Papa:**
Gracias; Te queremos; Nunca te olvidaremos...

34-63 **El Papa: la persona y su mensaje**

El cardenal arzobispo de Madrid, ante el fallecimiento del Papa

Amigo del hombre

En una Carta pastoral dirigida a todos sus diocesanos, el cardenal arzobispo de Madrid, don Antonio María Rouco Varela, eleva las plegarias de toda la Iglesia en Madrid «para que la esperanza de la Gloria se haya convertido en realidad poseída por nuestro muy querido Juan Pablo II»

El cardenal Rouco en la última *Visita ad limina* (24 de enero de 2005)

El Papa ha muerto, ha llegado ya al umbral de la Casa del Padre para el definitivo encuentro con Jesucristo resucitado. Así lo esperamos firmemente y así lo pedimos fervientemente al Señor, a Quien ha servido como su Vicario y como Buen Pastor de su Iglesia, con entrega y amor admirables, durante más de un cuarto de siglo. Se lo confiamos a María, Madre del Señor y Madre nuestra, la Reina del Cielo, a la que Juan Pablo II dedicó su vida y consagró su ministerio con ternura filial, declarándose *Todo tuyo –Totus tuus–*.

Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado ya con Él. Sí, es lícito afirmar, a la luz de la biografía del Santo Padre, sobre todo desde el momento de su elección como Sucesor de Pedro hasta estos últimos días de su cruel enfermedad, que no vivió para sí mismo, que vivió siempre para el Señor y que muere para Él: *¡Verdaderamente en la vida y en la muerte ha sido y es del Señor!* Más aún, todo lo que nuestro recuerdo vivo –¡el recuerdo de los hijos!– nos trae a la memoria de su pontificado, heroico y martirial como los de la primera hora del papado, nos obliga a sostener que el Papa de este tiempo nuestro, el del paso del segundo milenio al tercer milenio de la era cristiana, no vaciló nunca en mantener viva la respuesta afirmativa a Jesús, ya resucitado, que le preguntó el día de su elección igual que a Pedro a la orilla del lago de Genesaret: «¿Me amas más que éstos?»

Efectivamente, lo que sabemos de la vida y ministerio de Juan Pablo II, toda nuestra experiencia de hijos de la Iglesia vivida con él, el Vicario de Cristo para los años más decisivos de nuestra vida, es revelación conmovedora de un *Sí* de amor a Jesucristo nunca desmentido, afirmado y renovado desde lo más hondo del alma, siempre más y más. En ese amor a Cristo, profesado y confesado con una intensidad interior y con una valentía exterior excepcionales, se encuentra la clave de su pontificado, o lo que es lo mismo, la clave para entender su modo y forma de cumplir con el mandato del Señor: «¡Apacienta mis ovejas!», sumamente cercana, cálidamente próxima ¡tan humana y tan sobrenatural a la vez!

Juan Pablo II se propuso, desde el primer día de su ministerio pastoral, que los hombres del mundo contemporáneo, por tantas razones atormentados, amedrentados y dolidos, no tuviesen miedo: ¡que le abriesen las puertas a Cristo!, ¡de par en par!: las de su corazón, las de sus familias, las de su pueblo, las de toda la Humanidad. Así se explica ese Papa amigo del hombre, de los hombres concretos de nuestro tiempo, de los más pobres y afligidos en el alma y en el cuerpo; ese Papa amigo de la verdadera paz que la opinión pública mundial destaca y reconoce en esta hora decisiva de su encuentro con el Señor resucitado, Jesús misericordioso, Juez de vivos y muertos. Así se explica también que su presencia en todos los lugares de la tierra y su palabra ardiente de testigo insobornable de Jesucristo –¡hasta el martirio!– y de maestro luminoso de la fe encendiese con tanto fulgor la esperanza en la Iglesia y en el mundo, y que sus casi tres décadas de ministerio apostólico significasen una proclamación constante del Evangelio, de tal modo, que resonase en todos los rincones de la tierra como un canto firme de la esperanza en la victoria del Señor resucitado: de su misericordia, de su gracia y de su gloria en el tiempo y en la eternidad. Una victoria operante ya en su Iglesia por la efusión del Espíritu Santo y por el testimonio de sus santos y de sus mártires, visibles en toda la geografía del planeta; victoria que hemos podido experimentar, y podemos constatar también de la mano del Papa, en la Iglesia que se ha adentrado ya en una nueva época de la Historia: la del tercer milenio cristiano.

Nuestras plegarias, las de toda la archidiócesis de Madrid, se funden con las de la Iglesia extendida por todo el universo para que la esperanza de la Gloria se haya convertido en realidad poseída por nuestro muy querido Juan Pablo II: ¡que el Señor Jesús, el Resucitado, haya acogido a su siervo fiel y solícito por toda la eternidad en la Asamblea de los ángeles y los santos!

¡Sabemos que Jesucristo, el Señor y Esposo de la Iglesia, no la abandona nunca! Nuestro corazón sabe también, con la certeza nacida del don de la sabiduría, que a nuestro lado vela María, su Madre y Madre nuestra, para que no le falte nunca a la Iglesia el servicio fiel del Vicario de su Hijo, dispuesto igualmente que Pedro a *amarle más que éstos* y *apacentar sus ovejas* hasta dar la vida por Él y por ellas.

+ Antonio Mª Rouco Varela

Homilía del cardenal arzobispo de Madrid en la Misa de los Jóvenes, 4 de abril de 2005

Los jóvenes, ¿ante la muerte de un santo?

Juan Pablo II saluda a los jóvenes en Cuatro Vientos (3 de marzo de 2003)

Celebramos esta Eucaristía por nuestro queridísimo Santo Padre, Juan Pablo, recurriendo de este modo a la forma de oración más eficaz a los ojos de Dios y la más valiosa que podemos presentar los hombres. Ofrecer el Sacrificio eucarístico por él, es la muestra de recuerdo emocionado y de amor –¡de vuestro cariño!– más auténtica y mejor que podéis tributarle en estas horas tan cercanas aún a su muerte, cuando su cadáver acaba de ser trasladado a la basílica de San Pedro para la veneración de los fieles. Le habéis llamado amigo ¡tantas veces!; le habéis dicho en privado y en público ¡clamorosamente! que le quiere todo el mundo; habéis usado la expresión *padre*, ¡Santo Padre!, con toda la naturalidad propia de vuestro estilo juvenil, nada dado a fórmulas hipócritas cuando de lo que va es de amistad sincera y de afectos incuestionables, hondos y sinceros. ¿A quién mejor que a Jesucristo, del que Juan Pablo II fue Vicario en la tierra tantos años, de forma tan abnegada y transparente, y a Éste resucitado, podemos encomendar nuestras súplicas y deseos de que goce ya eternamente con Él de la Gloria de su Reino? Si es el mismo Señor que se pone a nuestro lado y el que, por el ministerio del sacerdote, va a ofrecer en esta celebración eucarística en oblación sacerdotal en la Cruz: su Carne y su Sangre, su vida entregada para que la hagamos nuestra con toda la Iglesia, por la fe, por la esperanza y, sobre todo, por la caridad de nuestros corazones arrepentidos que, ante el Señor en el sacramento de la Penitencia ha dicho *No* al pecado que nos mata el alma. ¡Vivamos así la Eucaristía de esta noche en la catedral de la Virgen de la Almudena, ofreciendo el sacrificio de nuestro corazón limpio por el Papa! Todo nos hace suponer que Él ya participa gloriosamente en ese único y victorioso sacrificio de Jesucristo crucificado en la Gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sinceramente, ¿no nos sale del alma afirmar que el nombre que le cuadra a Juan Pablo II a la vista de todo lo que hemos conocido, vivido y recibido de él como nuestro Padre y Pastor es el de *Santo*? Lo que podría haber de convencional en esa forma de llamarle en vida *Santo Padre*, ¿no desaparece y se diluye totalmente, en esta hora de su llamada a la Casa del Padre? ¿Ante tantas imágenes que se nos acumulan en la visión interior del alma, no estamos legitimados para confesar, con toda verdad, que Juan Pablo II vivió y murió como un santo?

Aquel joven Karol Wojtyla que perdió muy pronto a su único hermano, y a su madre; más tarde a su padre; que sufre en directo los dos períodos de mayor persecución de los cristianos que conoció el mundo –el nacionalsocialista y el comunista–; que dedica toda sus extraordinarias dotes intelectuales, humanas y espirituales, su innata y noble forma de mostrar afecto, de ser generoso… al amor invidiso del Señor que le llama en su joven madurez al sacerdocio, muy pronto al episcopado, que ejerce, en sus tiempos de arzobispo de Cracovia, con el estilo propio de los testigos indomables de la fe y del amor cristianos; y que, luego, como Sucesor de Pedro, se mostró dispuesto a amar a nuestro Señor *más que éstos*, hasta dar la vida por Él y por los hermanos, sufriendo en su propia carne el golpe mortal del terrorismo enemigo del Evangelio y gastando y desgastando toda su vida hasta el último aliento al servicio de Cristo, el Salvador del hombre, y de su amor salvador a los hombres…, ¿no nos obliga a mirarle en la memoria agradecida y conmovida de nuestro recuerdo de hijos y de amigos muy

queridos como un santo? Vosotros, queridos jóvenes, fuisteis sus amigos, de los más preferidos; os contaba y le contabais entre los mejores. ¿Verdad que os sale del alma reconocer públicamente que fue un santo?

La fidelidad de vuestra amistad: a prueba

La fidelidad de vuestra amistad la ponéis a prueba hoy, y todos estos días, en vuestra oración y en vuestras manifestaciones públicas de amor al Papa de vuestras vidas, de vuestra juventud. ¡Es preciso que deis un paso más! Que no olvidéis todo lo que os ha encarecido y encargado en los inolvidables encuentros vividos juntos, sobre todo en los de España; muy en especial, en los de Madrid. Retornad con vuestros recuerdos al último, el de *Cuatro Vientos*, atardecer del tres de mayo del año 2003:

«Queridos jóvenes, os invito a formar parte de *la Escuela de la Virgen María*. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la acción de la contemplación, así contribuiréis a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas…, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos».

«Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Manteneos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestras vidas que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo…»

«Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! Y, como los nuevos santos, ¡no tengáis miedo a hablar de Él!, pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino…»

«Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es tarea de todos…; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: *Sígueme…*, no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida».

«¡Un joven de 83 años! Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!»

¡Queremos ser testigos de Jesucristo!

Queridos jóvenes de Madrid: ¿vamos a desilusionar ahora, precisamente ahora, al Papa? Respondedle con corazón comprometido y ferviente: *¡Queremos ser testigos de Jesucristo! ¡Queremos ser los protagonistas de un mundo nuevo en una España y en un Madrid, nuevos! ¡Estamos firmemente decididos a llevar las aguas siempre y eternamente frescas del Evangelio a las raíces más profundas de las personas y de la sociedad! ¡Estamos dispuestos a empeñar nuestras vidas!*

El cardenal arzobispo de Madrid durante una de las muchas Vigilias de oración con los jóvenes en la catedral de la Almudena

El Papa confesaba gozoso a los jóvenes de Madrid, reunidos por centenares de millares en el Estadio Bernabéu también en un atardecer, el del 3 de noviembre del año 1982, en su primer viaje apostólico a España como *Testigo de la Esperanza*, lo siguiente: «No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros». Lo que les propuso en aquel momento jubiloso fue el programa de las Bienaventuranzas para vencer al mal con el bien, y les habló de Jesucristo y de su amistad como el único camino para conseguirlo: «Haced la experiencia de esta amistad con Jesús». Sí, ¡hacedla, queridos jóvenes de Madrid, vosotros, la juventud del tercer milenio, la juventud del Papa –como os gusta denominaros a vosotros mismos–, sin miedo, valientemente! ¡Entonces comprobaréis cómo se os llenará el corazón de la gracia del Resucitado, de la vida plena y feliz, que salta hasta la eternidad! ¡No defraudaréis a vuestro gran amigo y padre, el Papa Juan Pablo II!

Se trata, pues, de decirle *Sí* al Señor con nueva creatividad y perseverancia, como María el día en que le fue anunciado por el Ángel que iba a concebir en su seno a la Palabra: que iba a ser la Madre de Jesús, el Hijo del Altísimo, la Madre de Dios. No lo dudó, entró en el dinamismo sobrenatural de la propia obediencia de su Hijo Jesucristo, que cuando «entró en el mundo dijo: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias.* Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: *Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad…* Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre».

Incorporarse al *Sí* de María

Éste es nuestro gran reto, queridos jóvenes: ¡incorporarnos al *Sí* de María, para que se haga realidad en nosotros el *Sí* de Jesucristo, siguiendo el ejemplo de los santos! «¡No tengáis miedo a ser santos!», nos animaba Juan Pablo II en el Monte del Gozo compostelano en la mañana luminosa del 20 de agosto de 1989, en la Eucaristía de la inolvidable IV Jornada Mundial de la Juventud con una fuerza de convicción espiritual y con un tono vibrante que nos arrebataba.

¡Que vuestra fórmula de despedida, al Papa en la tierra, al Papa que tanto habéis querido, sea la de la confidencia íntima de corazón a corazón: *¡Queremos perder el miedo a ser santos! ¡Caminaremos por la senda que tú nos has marcado…* Y, por ello, con tus mismas palabras, las de tu oración a María en *Cuatro Vientos*, al finalizar la Vigilia de oración, le rogamos hoy a Santa María Inmaculada, Virgen de la Almudena:

«Dios te salve, María, llena de gracia!

Esta noche te pido por los jóvenes de España, jóvenes llenos de sueños y esperanzas.

Ellos son los centinelas del mañana, el pueblo de las Bienaventuranzas; son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa.

Santa María, Madre de los jóvenes, intercede para que sean testigos de Cristo resucitado, apóstoles humildes y valientes del tercer milenio, heraldos generosos del Evangelio.

Santa María, Virgen Inmaculada, reza con nosotros, reza por nosotros».

¡María, lleva a quien ha sido *todo tuyo*, a Juan Pablo II, el Vicario de tu Hijo en los años de nuestra juventud, cerca de Él para que lo introduzca como al servidor bueno y fiel en la Asamblea de los Ángeles y de los Santos por toda la eternidad. Amén.

+Antonio Mª Rouco Varela

«No sintáis pena»

El Papa ha emprendido un nuevo viaje para «encontrarse con el Padre» y nos ha dejado un mensaje de esperanza dando testimonio de la grandeza de la fe católica. Nos ha animado en su partida a «celebrar el paso de la muerte a la Vida» y a ser «fuertes en la fe». Nos ha dicho con esperanza cristiana: «No sintáis pena»

La muerte no fue un tema tabú para el Papa, se refirió a ella, incluso a la suya propia, en muchas ocasiones a lo largo de sus años de pontificado. El Papa, gran defensor de la vida en todas sus expresiones, no rehuyó hablar de la muerte y le pudimos escuchar refiriéndose a ella, en ocasiones, como «destino común de la Humanidad», como el «encuentro con el Padre».

Ejemplo de estas manifestaciones fue la Audiencia general del miércoles 2 de junio de 1999, en la que Juan Pablo II dirigía su atención al significado de la muerte y afirmaba que, en la actualidad, «resulta difícil hablar de la muerte porque la sociedad del bienestar tiende a apartar de sí esta realidad, cuyo solo pensamiento produce angustia». Decía del mismo modo que, sobre esta realidad, «la Palabra de Dios, aunque de modo progresivo, nos brinda una luz que esclarece y consuela».

La coherencia con la que vivió Juan Pablo II le ha acompañado en su muerte. Discursos como el pronunciado por el Papa para la Academia Pontificia para la Vida, en 1999, constatan en sus palabras que ha muerto con esa muerte que quería salvaguardar para otros, una muerte lejana a la *cultura de la muerte* y a *éticas utilitaristas*, por la cual muchas sociedades avanzadas se regulan según los criterios de productividad y eficiencia: «Hay –afirmaba en este discurso– una dimensión filosófica e ideológica, basándose en la cual se apela a la autonomía absoluta del hombre, como si fuera autor de su propia vida. Desde ese punto de vista se insiste en el principio de la autodeterminación y se llega incluso a exaltar el suicidio y la eutanasia como formas paradójicas de afirmación».

Juan Pablo II testimonió aquellas palabras que ese febrero de 1999 dirigió a otros acerca de *la dignidad del moribundo*: «La llamada *cultura del bienestar* implica frecuentemente la incapacidad de captar el sentido de la vida en las situaciones de sufrimiento y limitación, que se dan mientras el hombre se acerca a la muerte». Frente a las campañas de opinión, a las que ya se había referido, por las cuales «muchas sociedades avanzadas se regulan según sus criterios de productividad y eficiencia», se refirió al enfermo grave y al moribundo, que en ocasiones es visto como carga y sujeto pasivo.

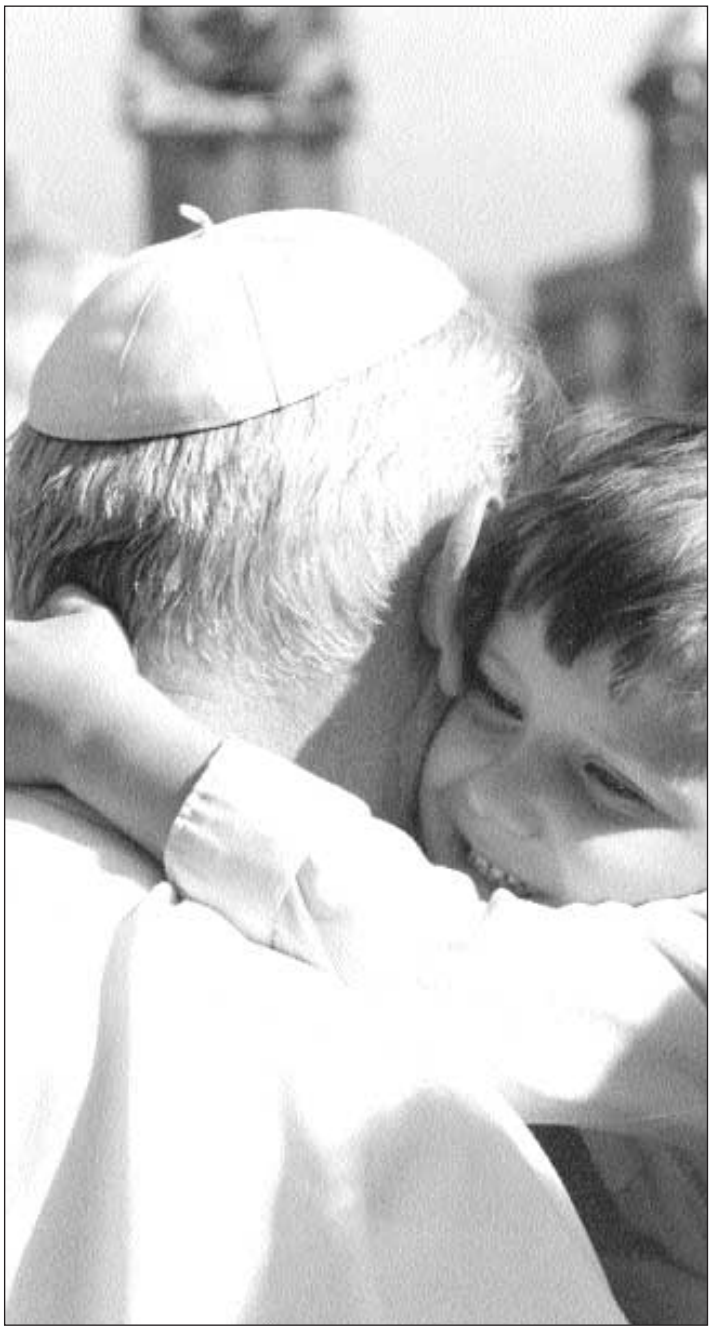
La capacidad de Juan Pablo II fue cuestionada en sus últimos meses por diversos sectores. El Papa respondió mostrándose al mundo vulnerable y defendiendo el sentido de la vida y del sufrimiento católicos: «El amor como fuente definitiva de todo lo que existe es también la fuente más plena de la respuesta a la respuesta sobre el sentido del sufrimiento. Esta respuesta ha sido dada por Dios al hombre en la Cruz de Jesucristo». Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Salvifici doloris*, hacía en este sentido un llamamiento a los que sufren: «Precisamente a vosotros

La herencia de las llaves

En la dimensión de la visión metafísico-poética, Karol Wojtyla, en la Capilla Sixtina, se ve incluso a sí mismo mientras vota en el Cónclave de agosto de 1978 a aquel cardenal que se convirtió en Juan Pablo I, y en el de octubre del mismo año, en el que él mismo fue votado y se convirtió en Juan Pablo II

«Los hombres a quienes se confió el cuidado de la herencia de las llaves
se encuentran aquí, se dejan envolver por la policromía sixtina,
por la visión que dejó Miguel Ángel.
Así fue en agosto y, luego, en octubre del memorable año de los dos Conclaves,
y así será de nuevo, cuando se presente la necesidad,
después de mi muerte.
Es menester que les hable la visión de Miguel Ángel.
Con-clave: el común cuidado de la heredad de las llaves, de las llaves del Reino.
He aquí que se ven entre el Principio y el Final,
entre el Día de la Creación y el Día del Juicio...
Sólo le es dado al hombre morir una vez, ¡y luego el Juicio!
La transparencia final y la luz.
La transparencia de los hechos.
La transparencia de las conciencias.
Es preciso que, durante el Conclave, Miguel Ángel concientice a los hombres.
No olvideis: *Omnia nuda et aperta sunt ante oculos Eius*. Tú que penetras todo , ¡indica!
Él indicará... »

Juan Pablo II
de *Tríptico Romano: poemas*
Edita: *Universidad Católica de Murcia*



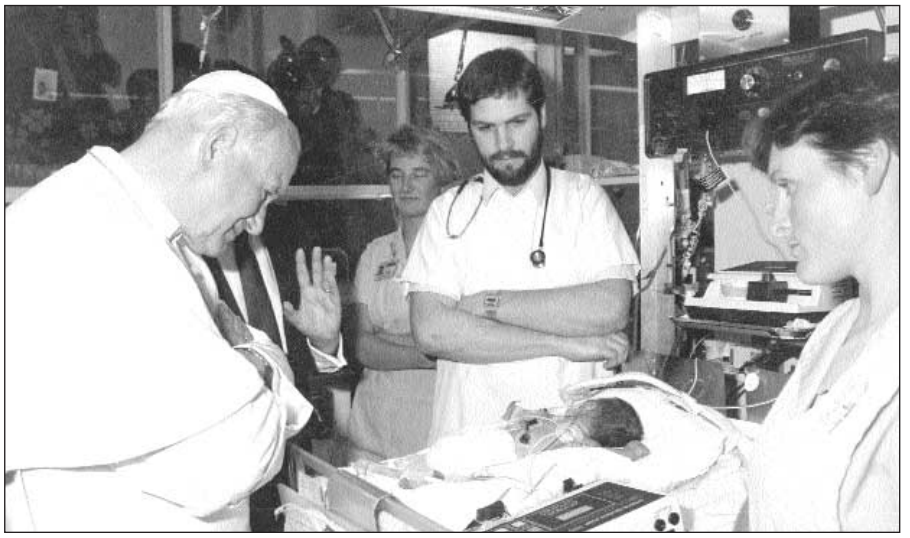
que sois débiles, pedimos que seáis una fuente de fuerza para la Iglesia y para la Humanidad. En la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal, que nos presenta el mundo contemporáneo, venza nuestro sufrimiento en unión con la Cruz de Cristo».

En su Catequesis del Salmo 48, Juan Pablo II se refirió a la muerte como «meta ineludible de la existencia humana», y no tuvo reparo en referirse a la que sería la suya propia. Lo hizo en un encuentro el 18 de mayo de 2003 con 20.000 peregrinos polacos. Se dirigió a ellos con estas palabras: «Cada vez me doy más cuenta de que se acerca el momento en que tendré que presentarme ante Dios con toda mi vida, desde mi juventud en Wadowice, después en Cracovia y, por último, en Roma. Confío en la misericordia divina y en la protección de la Virgen Santa. Agradecido por el don de la vida, vuelvo a entregar hoy a la Virgen mi existencia y el ministerio que la Providencia me ha llamado a realizar».

Juan Pablo II defendió la vida y vivió su muerte: «Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra de la Escritura: la muerte ha sido absorbida por la victoria» (1 Cor 15, 54: cf. 2 Co 5, 1).

Rosa Puga Davila

Amaba la vida



En el «Vía Crucis» del Viernes Santo del año 2003, que Juan Pablo II presidió en el Coliseo de Roma, el poeta Mario Luzi hizo la siguiente meditación previa, en forma de maravilloso poema. En la muerte del Papa Juan Pablo II, que tanto amaba la vida, difícilmente unas palabras humanas pueden superar las de esta maravillosa oración que el poeta pone en boca de Cristo doliente durante su Pasión:

«Padre mío, me había apegado a la tierra
mucho más de lo que hubiera creído.
¡Qué hermosa y terrible la tierra.
Nací en ella casi a escondidas,
en ella crecí y me hice adulto
en un tranquilo rincón
entre gente pobre, amable y execrable.
Me he apegado a sus caminos,
se me han hecho queridos
las colinas y los olivares,
las viñas y hasta los desiertos.
La tierra apenas es una estación para Tu hijo,
pero ahora me duele dejarla,
incluso a estos hombres y estos menesteres,
sus casas y sus refugios
me da pena tenerlos que dejar.
El corazón humano está lleno de contradicciones,
pero ni por un momento me he alejado de Ti.
Te he llevado incluso hasta donde parecía que no estaba
o creí olvidar que había estado.
La vida sobre la tierra es dolorosa,
pero también gozosa: me encandilan
las pequeñeces del hombre, los árboles y los animales.
Los echo de menos hoy aquí en esta colina que llaman Calvario.
Despedirme me angustia más de lo justo.
¿He sido demasiado hombre entre los hombres o demasiado poco?
¿He hecho demasiado mío lo terrenal, o lo he rechazado?
La nostalgia de Ti ha sido continua y fuerte,
dentro de poco estaremos juntos en la Sede Eterna.
Padre, no juzgues
este hablarte mío humano casi delirante,
acógelo como un deseo de amor,
no mires su insensatez.
He venido a la tierra para hacer tu voluntad.
Y, en cambio, a veces la he discutido.
Perdona mi debilidad, te lo ruego.
Cuando estemos reunidos en el cielo
habré pasado una prueba grande,
que no se pierde en la memoria de la eternidad.
Pero desde humano estado de abyección
voy ahora hacia Ti, compréndeme, en mi debilidad.
Me agarran, me levantan en la cruz plantada sobre la colina,
ay, Padre, me clavan las manos y los pies.
Verdaderamente, aquí termina el camino.
La deuda de la iniquidad, pagada a la iniquidad.
Pero Tú sabes de este misterio. Solamente Tú».

Mario Luzi

El viernes el mundo entero dirá «Hasta pronto» a Juan Pablo II

Este viernes 8 de abril, a las 10 horas, tendrán lugar en la Plaza de San Pedro del Vaticano los funerales del Papa Juan Pablo II con la participación de más de dos millones de personas y de unos doscientos Jefes de Estado. Al cierre de esta edición, no había sido hecho público ni el texto del Testamento, ni la fecha del Cónclave

La decisión fue tomada este lunes por la Congregación de los 65 cardenales que ya estaban presentes en Roma. El Papa será inhumado en las Grutas Vaticanas, debajo de la basílica de San Pedro, en el mismo lugar en el que durante años descansó el Beato Papa Juan XXIII. Celebrarán la liturgia de exequias los cardenales y los Patriarcas de las Iglesias orientales y será presidida por el cardenal alemán Joseph Ratzinger, Decano del Colegio cardenalicio.

«Al final de la celebración eucarística, el féretro del Romano Pontífice será llevado a la basílica vaticana y después a las Grutas Vaticanas, donde será inhumado», ha explicado Joaquín Navarro-Valls, portavoz de la Santa Sede, desmintiendo rumores sobre la posibilidad de que Karol Wojtyla hubiera dado disposición de ser enterrado en la catedral de Cracovia. Los restos de Juan XXIII, fallecido en 1963, descansaron en las Grutas Vaticanas hasta que, el 3 de septiembre de 2000, fueron trasladados a la basílica vaticana, tras su beatificación.

Los Reyes asistirán al funeral

Los Reyes de España encabezarán la delegación española, a pesar de que el protocolo, en las anteriores muertes de los Pontífices, señala que los Jefes de Gobierno asistieran a las exequias y los Jefes de Estado estuvieran presentes en el nombramiento del sucesor. Sin embargo, la excelente y personal relación que don Juan Carlos y doña Sofía mantenían con el Santo Padre les ha llevado a estar presentes en Roma este viernes. También participarán en la delegación española el Presidente del Gobierno, don José Luis Rodríguez Zapatero, los ministros de Asuntos Exteriores, don Miguel Ángel Moratinos, y de Justicia, don Juan Fernando López Aguilar, y el líder de la oposición, don Mariano Rajoy.

El Presidente estadounidense, George W. Bush, acompañado de su familia y también de su padre, ex Presidente, liderará la delegación de Estados Unidos. Es la primera vez que un Jefe de Estado estadounidense asiste al entierro de un Papa. La Unión Europea estará representada por el Presidente de la Comisión, José Manuel Durao Barroso.

En estos tres últimos días, cientos de miles de fieles han hecho la cola durante muchas horas para dar por unos segundos su adiós a Juan Pablo II, cuyos restos mortales están expuestos en la basílica de San Pedro del Vaticano. La imponente fila, en muchas ocasiones, atravesaba la plaza de San Pedro para continuar por la Vía de la Conciliación hasta llegar al Castillo de *Sant Angelo*, a orillas del río Tíber. Adultos, ancianos, niños y muchos jóvenes han pasado ininterrumpidamente junto a su cuerpo. Tan sólo entre las 2 y las 5 horas de la madrugada, se ha cerrado la basílica para permitir su limpieza. Roma espera la llegada de cerca de tres millones de peregrinos. Protección civil ha montado albergues en los polideportivos y hospitales de campaña.

Los restos mortales del Papa Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro del Vaticano

El cuerpo sin vida del Santo Padre se encuentra en la nave central de la basílica, ante el altar de la Confesión. Fue trasladado, tras una breve liturgia de la Palabra presidida por el cardenal Camarlengo Eduardo Martínez Somalo, desde el Palacio Apostólico en una solemne procesión que atravesó la plaza de San Pedro del Vaticano, entre los aplausos de los presentes. Los restos mortales, tendidos en unas andas cubiertas de terciopelo rojo, eran llevados a hombros de doce *Sediarii* pontificios, los hombres que antes llevaban la silla gestatoria de los Papas. Acompañó el cuerpo del Papa una larga procesión que tardó casi 20 minutos en entrar a la basílica, la componían más de dos mil sacerdotes, centenares de obispos y unos setenta cardenales que ya han llegado a la Ciudad Eterna. En este grupo, junto con la Guardia Suiza, se encontraban las personas más cercanas a Juan Pablo II, con las que compartió buena parte de su vida y los últimos momentos antes de morir: monseñor Estanislao Dziwisz, secretario personal del Papa desde que era cardenal, y su médico personal, el doctor Renato Buzzonetti.

Antes de entrar en el templo, la procesión se detuvo para mostrar los restos mortales a los presentes entre aplausos y lágrimas de los peregrinos. Era el último adiós en esa plaza en la que Juan Pablo II ha dejado su propia sangre.

Durante la procesión, fueron cantadas las Letanías de todos los santos, con la melodía del canto gregoriano, mientras las campanas doblaban a duelo. Al llegar a su destino, el cardenal Eduardo Martínez Solano, Camarlengo, presidió una Liturgia de la Palabra, con voz grave, sin esconder la emoción. Cuando era Sustituto de la Secretaría de Estado, tras el atentado del 13 de mayo de 1981 del lobo gris turco Alí Agca, el cardenal español salvó la vida del Papa, dando orden de que fuera llevado directamente al hospital Agostino Gemelli. En el último siglo, nunca antes un Papa había salido del Vaticano para ser hospitalizado. Aquel acto de valentía tomado en pocos segundos le fue siempre reconocido por Juan Pablo II.

Jesús Colina. Roma

El abrazo al Padre misericordioso

Tras un duro *Vía Crucis*, Juan Pablo II recibió el abrazo del Padre, tras participar en la misa del Domingo de la Misericordia Divina, la fiesta que dejó como regalo personal a su Iglesia

«A las 21.37, nuestro Santo Padre ha regresado a la Casa del Padre». Fueron palabras rotas por el llanto. Las pronunció el arzobispo argentino Leonardo Sandri: . Un escalofrío se expandió por la plaza de San Pedro del Vaticano hasta llegar a la Vía de la Conciliación, que en la noche de este sábado acogían a más de sesenta mil personas. La muchedumbre estalló en un largo aplauso. A continuación, los presentes cayeron de rodillas y entonaron el *Salve Regina*. La mano derecha de Juan Pablo II en la guía de la Santa Sede, el cardenal Angelo Sodano, inició poco después la oración del *De profundis* en latín e italiano.

Para ese momento eran ya muy pocos los romanos, peregrinos y turistas que habían podido contener las lágrimas. Minutos después repicaban a muerto las campanas de la basílica de San Pedro, invitando a unirse en oración por el Obispo de Roma. Concluía así el tercer pontificado más largo de la Historia, que cambió en sus casi 27 años tantas realidades, sin precedentes.

Había sido una jornada serena, transcurrida en su habitación, en compañía de las personas con las que ha afrontado su ministerio pontificio, su secretario desde los años en los que era arzobispo de Cracovia, el arzobispo Stanislaw Dziwisz, arzobispos y monseñores amigos polacos de toda la vida, y las religiosas polacas que le han atendido desde que llegó a Roma.

Prácticamente hasta el final mantuvo la conciencia, como confirmó el comunicado de prensa que, dos horas y media antes había emitido el portavoz de la Santa Sede, Joaquín Navarro-Valls: «Cuando se le pregunta, responde correctamente a las preguntas de los que conviven con él», informaba.

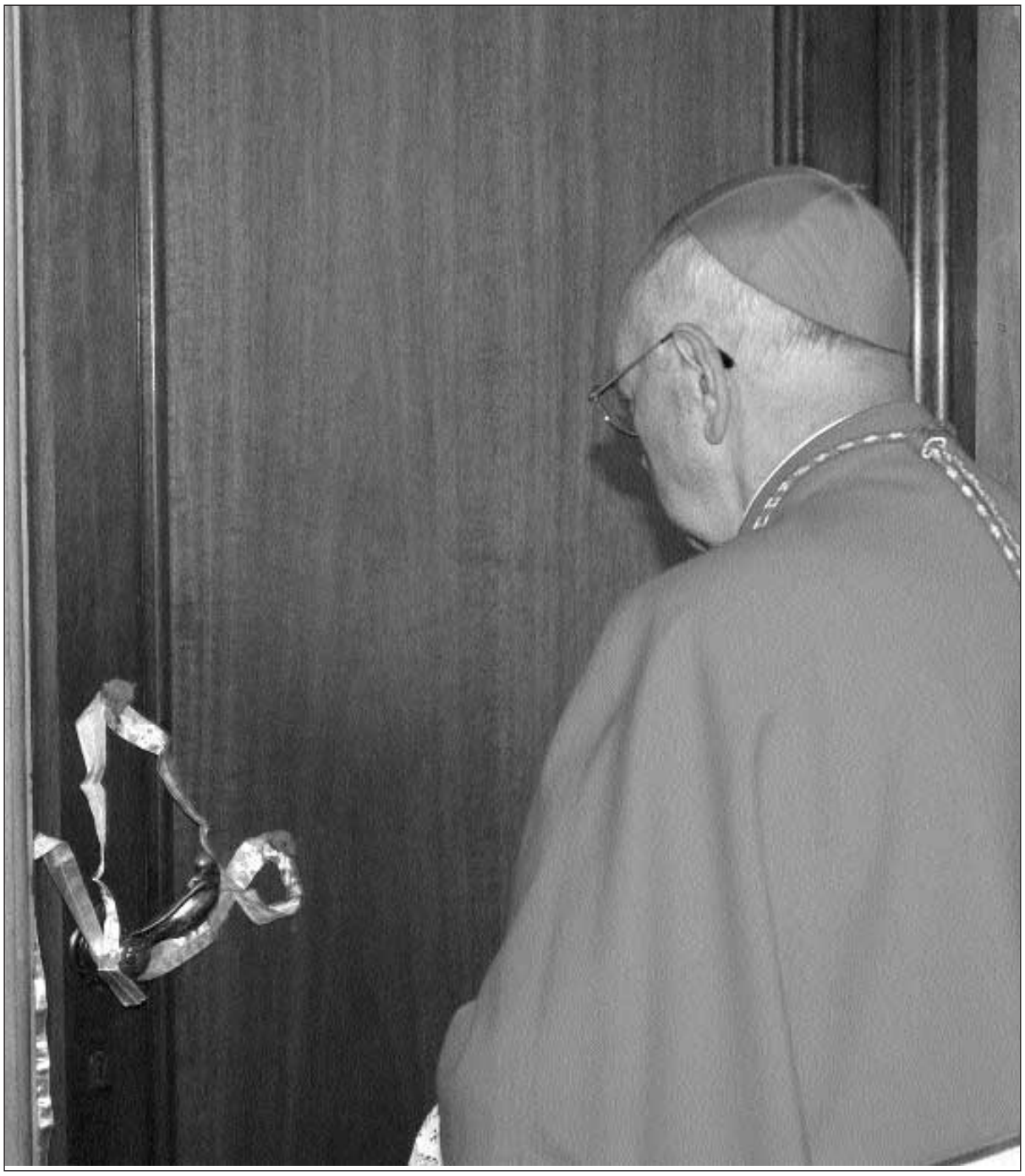
El mensaje final

Sus últimas palabras hechas públicas por la Santa Sede las dedicó a los jóvenes, los preferidos de su pontificado, por quienes creó las Jornadas Mundiales de la Juventud. Las logró emitir en varios intervalos y con gran esfuerzo en la noche anterior, cuando otra imponente vigilia había congregado a la ciudad eterna para rezar a su lado.

Sus colaboradores le aseguraron que entre las decenas de miles de personas había muchos jóvenes. Karol Wojtyla, conmovido, afirmó: «Les he buscado. Ahora ustedes han venido a verme. Y les doy las gracias».

«El Papa probablemente se acordaba de los jóvenes a los que ha encontrado en todo el mundo a lo largo de su pontificado», explicó Navarro-Valls. Falleció al concluir la misa celebrada en polaco en su habitación, presidida por monseñor Dziwisz, con la participación del cardenal Marian Jaworski, arzobispo latino de Lvov (Ucrania), amigo de juventud, el arzobispo Stanislaw Rylko, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, a quien siempre ha considerado como uno de sus alumnos más aventajados; y su otro secretario personal, monseñor Mieczyslaw Mokrzycki. Durante la Eucaristía se le administró el Santo Viático y, una vez más, el sacramento de la Unción de los Enfermos.

Imagen de la Divina Misericordia



El cardenal Camarlengo, Eduardo Martínez Somalo, después de sellar los apartamentos del Papa

Su mensaje póstumo: *Que el mundo descubra la Divina Misericordia*

El mensaje que Juan Pablo II había preparado para que fuera leído con motivo de la oración mariana del *Regina Coeli*, en este Domingo de la Divina Misericordia, fue pronunciado «con mucho honor y mucha nostalgia», y «por explícita indicación» del Santo Padre, por el arzobispo Leonardo Sandri, Sustituto de la Secretaría de Estado, tras la celebración eucarística en sufragio por Juan Pablo II, presidida por el cardenal Angelo Sodano:

«Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el Resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y *les mostró las manos y el costado*, es decir, los signos de la dolorosa Pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la Resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que *tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único*.

Este misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo *in Albis*, dedicado al culto de la Divina Misericordia. A la Humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en Ti y con confianza te repetimos hoy: *Jesús, confío en Ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero*.

La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!»

Era la misa de la fiesta del Domingo de la Divina Misericordia, instituida por él mismo para este día hace cinco años, al canonizar a la joven religiosa y mística polaca santa Faustina Kowalska (1905-1938), mensajera del amor de Dios, cuyas revelaciones conoció cuando era un joven estudiante obrero en una fábrica química, en plena ocupación nazi de Polonia. Aquellas revelaciones cambiarían su vida.

Totus tuus

Era, cuando murió, un primer sábado de mes, día que el mensaje dejado por la Virgen en Fátima pedía consagrar al Corazón Inmaculado de María. Y Karol Wojtyla consagró todo su pontificado a la Madre de Jesús con el lema *Totus tuus* (*Todo tuyo*).

El sacerdote polaco, Jarek Cielecki, director del servicio televisivo *Vatican Service News*, asegura que, al morir, el Papa miraba a la ventana desde la que procedían las oraciones de los fieles. Sus labios habrían logrado pronunciar, por última vez, la palabra *Amén*, al final de esa Eucaristía.

La constatación oficial de la muerte, prevista por la normativa que Juan Pablo II había instituido con la Constitución Apostóli-

Un testigo directo de los últimos momentos:

«Apoyé mi cabeza en su mano y lloré»

El arzobispo Angelo Comastri, profundo amigo de Juan Pablo II, recibió el viernes, víspera de la muerte del Papa, una llamada inesperada del arzobispo Stanislaw Dziwisz, secretario del Pontífice, quien le invitaba a subir a la habitación pontificia para recibir su última bendición.

«Me precipité, como es normal, en el apartamento del Santo Padre, donde el Papa estaba viviendo su sufrimiento, su pasión y, diría, su batalla hasta el final», revela el prelado que predicó Ejercicios espirituales a Juan Pablo II y a la Curia Romana hace tres años. «Cuando me encontré ante el Pontífice –revela–, experimenté una emoción indescriptible, y en ese momento me vinieron a la mente las imágenes que transmitió la televisión, la noche del Viernes Santo, cuando enfocó de espaldas al Papa, con el crucifijo ante él. Al verle en el lecho del sufrimiento, le dije: *Eres verdaderamente el Vicario de Cristo hasta el final, en la pasión que estás viviendo con una edificación que conmueve al mundo*».

«El Papa, con el dolor, ha escrito la encíclica más bella de su vida, fiel a Jesús hasta el final –aclara–. Me arrodillé. Le pedí la bendición y el Papa movió ligeramente la mano. Me di cuenta de que quería bendecirme, pero volvió a caer. Entonces apoyé mi cabeza en la mano del Pontífice, lloré y me quedé unos instantes en silencio».

«Luego salí de la habitación del Papa, llevándome ese momento, que considero como su testamento personal para mí, su última bendición», concluye el relato del prelado, hijo espiritual de la Madre Teresa de Calcuta.

Jesús Colina. Roma

ca *Universi Dominici gregis* de 1996, tuvo lugar al día siguiente, a las 9.30 horas.

El cardenal riojano Eduardo Martínez Somalo, cardenal Camarlengo, se dirigió, acompañado por otros arzobispos y por el doctor Renato Buzzonetti, médico personal del Papa, al apartamento del difunto Pontífice, para proceder a la constatación de la muerte. El Canciller Secretario de la Cámara Apostólica, el abogado Enrico Serafín, redactó, a continuación, el acta de defunción, con el certificado médico anexo del doctor Buzzonetti, cuyo texto ofrecemos en estas mismas páginas.

Las sorpresas del cariño

Roma vivía la primera de las nueve jornadas de exequias previstas tras la muerte del Papa por el ritual. Exequias que están caracterizándose por manifestaciones de cariño capaces de sorprender a todos los observadores, y que tendrán su momento culminante con el funeral. La primera sorpresa llegó con la primera misa en sufragio de su alma, presidida por el cardenal Sodano en la plaza de San Pedro.

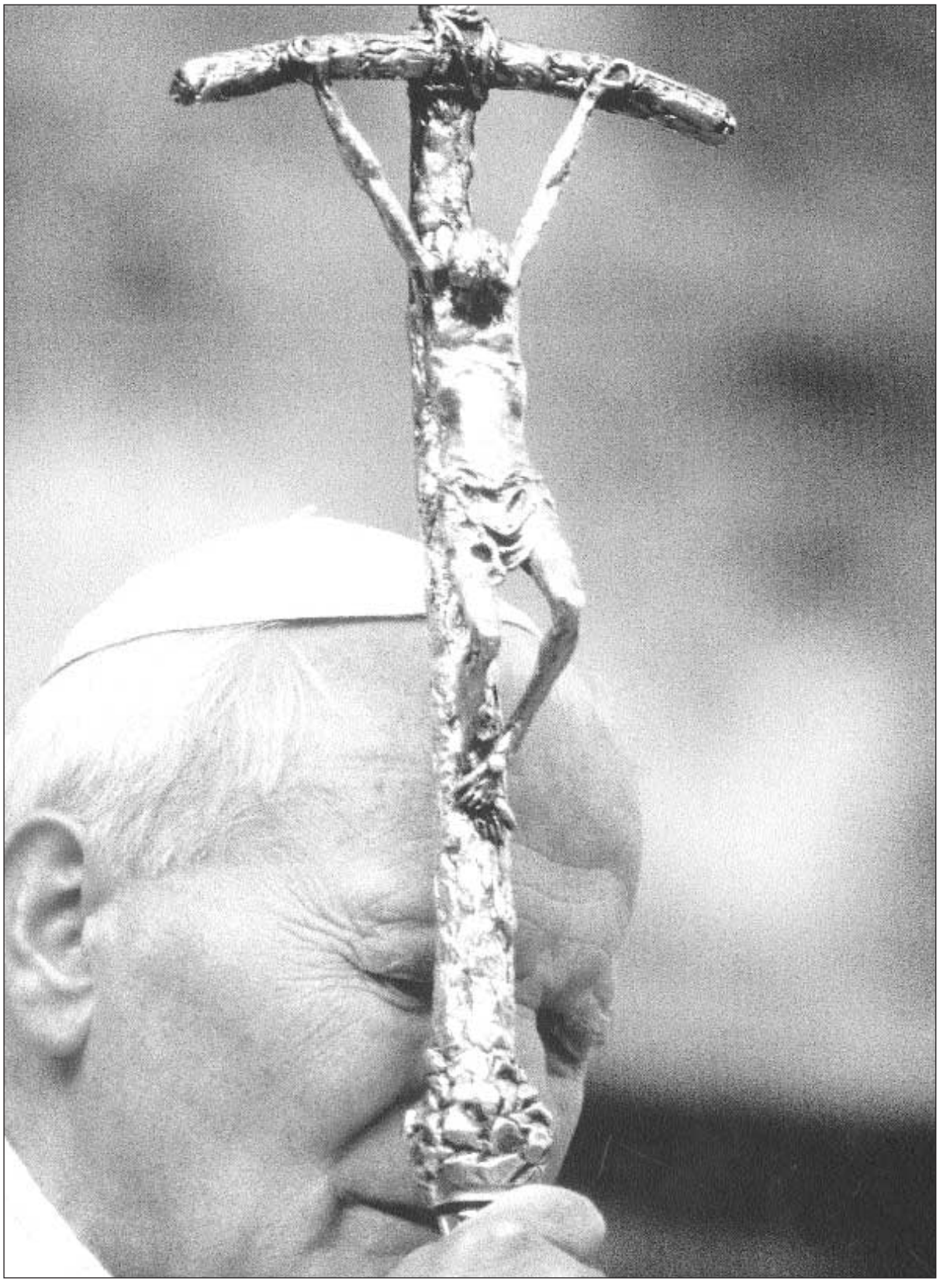
La columnata de Bernini no fue suficientemente grande para abrazar a las 130.000 personas congregadas, muchas de las cuales tuvieron que contentarse con seguir la Eucaristía desde lejos, a través de grandes pantallas. El cardenal Sodano, compañero de fatigas, dejó a un lado los papeles para tranquilizar a los presentes, informando que en su lecho de muerte el Papa vivió sus últimas horas en «una actitud de profunda serenidad».

Cuando las pantallas proyectaban la imagen del Pontífice, a los presentes se les escapaban aplausos y muchas lágrimas; sin embargo, el clima era de profundo recogimiento y conmoción, con la participación de personas de los cinco continentes, aunque la mayoría de los presentes eran habitantes de Roma, pues quienes quieren participar a sus funerales todavía no habían tenido tiempo para llegar a la ciudad eterna.

«Durante más de 26 años», Juan Pablo II «ha llevado a todas las plazas del mundo el Evangelio de la esperanza cristiana, enseñando a todos que nuestra muerte no es más que un paso hacia la patria del cielo», comenzó diciendo en la homilía el cardenal Sodano, lanzando un llamamiento a la esperanza cristiana. «Juan Pablo II, o más bien, Juan Pablo II el Grande se convierte así en el heraldo de la civilización del amor. Concibiendo este término como una de las definiciones más bellas de la *civilización cristiana*», reconoció el cardenal Sodano. «Sí, la civilización cristiana es civilización del amor, diferenciándose radicalmente de esas civilizaciones del odio que fueron propuestas por el nazismo y el comunismo», concluyó.

El cardenal italiano constató que, «en la vigilia del Domingo de la Divina Misericordia pasó el Ángel del Señor por el Palacio Apostólico Vaticano y le dijo a su siervo bueno y fiel: *Entra en el gozo de tu Señor*. Que desde el cielo vele siempre por nosotros y nos ayude a *cruzar el umbral de la esperanza* del que tanto nos había hablado». Y añadió: «Que este mensaje suyo permanezca siempre grabado en el corazón de los hombres de hoy. A todos, Juan Pablo II les repite una vez más las palabras de Cristo: *El Hijo del Hombre no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él*».

«Juan Pablo II –subrayó el cardenal Sodano– difundió en el mundo este Evangelio de salvación, invitando a toda la Iglesia a agacharse ante el hombre de hoy para abrazarle y levantarle con amor redentor. ¡Recojamos el mensaje de quien nos ha dejado, y fructifiquémoslo para la salvación del mundo!»



«A nuestro inolvidable padre, nosotros le decimos con las palabras de la Liturgia: *¡Que los ángeles te lleven al Paraíso!*», concluyó la homilía.

Un rostro sereno y sufriente

Poco después, tenía lugar el momento más intenso de ese domingo, cuando el *Centro Televisivo Vaticano* (CTV) transmitió las imágenes de los restos mortales del Santo Padre, expuestos a la veneración de miembros de la Curia Romana, de las autoridades y del Cuerpo Diplomático.

La Santa Sede, que en estos días está dando pruebas de gran transparencia informativa, permitió también que un grupo de periodistas pudiera convertirse en testigo directo e inmediato para que refirieran los detalles que las imágenes televisivas no logran reflejar: un rostro sereno, con evidentes huellas de una dolorosa agonía. El corresponsal en Roma de la Agencia de noticias *Reuters*, Phil Pullela, subrayaba que «era el rostro de alguien que ha sufrido muchísimo». John Thavis, del *Catholic News Service* (CNS), subrayaba más bien que «el rostro del Papa estaba sereno». Sin quererlo, quizá, estos veteranos periodistas resumieron lo que debieron ser los últimos momentos: un doloroso *Vía Crucis* vivido en la serenidad de quien cumplía la voluntad del Padre.

Sorpresa póstuma

El Papa de las sorpresas se había guardado una para el día de su primera misa de sufragio. El arzobispo Leonardo Sandri, Sustituto de la Secretaría de Estado, su *voz* en los últimos meses de enfermedad, en particular tras la operación de traqueotomía, leyó un mensaje –que ofrecemos en estas páginas– que el obispo de Roma había pedido expresamente leer en este Domingo de la Divina Misericordia.

Jesús Colina. Roma

Certificado médico de la muerte del Papa

Reproducimos el texto íntegro del certificado médico de la muerte del Papa:

«Certifico que Su Santidad Juan Pablo II (Karol Wojtyla), nacido en Wadowice (Cracovia, Polonia) el 18 de mayo de 1920, residente en la Ciudad del Vaticano, ciudadano vaticano, ha fallecido a las 21,37 horas del día 2 de abril de 2005 en su apartamento del Palacio Apostólico Vaticano (Ciudad del Vaticano) por lo siguiente:

-Choque séptico

-Colapso cardiovascular irreversible, en una persona que padecía enfermedad de Parkinson, pasados episodios de insuficiencia respiratoria aguda y posterior traqueotomía, hipertrofia prostática benigna complicada por urosepsis (infección bacteriana de la sangre) y cardiopatía hipertensa e isquémica.

La verificación de la muerte fue realizada mediante una electrocardiotanatografía que duró veinte minutos.

Declaro que las causas de la muerte, según mis conocimientos y conciencia, son las que he indicado.

El director de la Dirección de Sanidad e Higiene del Estado de la Ciudad del Vaticano, doctor Renato Buzzonetti».

Retransmisión de las exequias

El canal de televisión *TMT* y *Popular TV* retransmitirán en directo y en toda su amplitud las exequias del Santo Padre Juan Pablo II.

El comienzo tendrá lugar mañana viernes 8 de abril, a las 10 horas.

Condolencia de los obispos españoles

Un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo

El Presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Ricardo Blázquez, y el Secretario General, padre Juan Antonio Martínez Camino, han enviado, tras conocer la noticia del fallecimiento del Papa Juan Pablo II, una carta de condolencia al cardenal Camarlengo, Eduardo Martínez Somalo. En ella le expresan, en nombre de todos los obispos españoles, la *honda pena* que les embarga, y los *sentimientos de amor y adhesión a la Sede del Sucesor de Pedro*

Un grupo de obispos españoles durante su última visita *ad limina*, el 24 de enero de este año

Al conocer la triste noticia de la muerte de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en nombre de todos los obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española, en el de nuestros colaboradores de esta casa y en el nuestro propio, deseamos expresarle la honda pena que nos embarga y nuestros sentimientos de amor y adhesión a la Sede del Sucesor de Pedro en estos momentos de dolor para toda la Iglesia católica.

Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado, se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad. Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y su enfermedad. Hoy los católicos de todo el mundo, gracias a su ministerio, nos sentimos más firmes en la fe en Jesucristo, más animados por la esperanza de la Gloria y más resueltos a la caridad que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Los católicos de España nunca olvidaremos a Juan Pablo II, el primer Papa que ha venido a visitarnos y nos ha lanzado, como en los mejores tiempos, a los caminos de la santidad.

Señor cardenal, unimos nuestras oraciones a las de todos los pastores y fieles católicos dispersos por el mundo, para agradecer al Padre de las misericordias la vida y el servicio de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Encomendamos al Señor al siervo bueno y fiel. Él sabrá premiarle como sólo Él puede hacerlo. La Madre del Redentor, a la que tanto quiso y de la que tanto y tan hermosamente habló y enseñó en este mundo, le habrá conducido ya al abrazo eterno de su Hijo.

No queremos dejar de decirle, señor cardenal, que confiamos plenamente en que Jesucristo, vivo en su Iglesia, seguirá pastoreando a su pueblo, por medio de otro pastor según su corazón, como lo ha hecho por medio de los grandes Papas del siglo XX y, en particular, por medio de nuestro muy querido Juan Pablo II.

De Vuestra Eminencia afectísimos en el Señor,

+ Ricardo Blázquez Pérez
Juan Antonio Martínez Camino

Fundación Apóstol Santiago

Fomento de la Devoción al Apóstol Santiago en España, América y Filipinas.
Difusión de la Cultura, Historia, Arte y Tradición de las Peregrinaciones Jacobeas y del Camino de Santiago

La Escuela de Deportes *Apóstol Santiago* creada y sostenida por la Fundación que lleva su nombre, no se reduce al solo deporte, va mucho más allá. Su propio título pone en evidencia la centralidad de la fe cristiana que sustenta sus diversas actividades: poesía, relatos, pintura, escultura, fotografía, dibujo infantil, vídeo... Entre ellas, destaca el Camino al sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela.

Recientemente, ha editado dos DVD, en los que se encuentran resumidos momentos de la peregrinación a Santiago de Compostela por la llamada Ruta Primitiva, Camino Cántabro-Astur-Galaico o Camino Primitivo, que comenzó, con ocasión del Año Santo Lebaniego, en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, en septiembre de 2000, y terminó en octubre de 2004, en Santiago de Compostela. Fue una ruta ardua, a través de los Picos de Europa. La edición de estos DVD ha sido realizada por los propios jóvenes peregrinos, y refleja la manera en la que han vivido esta peregrinación.

Mensajes de los obispos españoles, ante la muerte del Papa

«Un Papa a quien todos considerábamos de la familia»

Nada más conocer la noticia del fallecimiento de Juan Pablo II, millones de telegramas de condolencia comenzaron a dar la vuelta al mundo. En España, todos los obispos de cada diócesis también quisieron manifestar su tristeza por la muerte del Papa, así como hacerse presentes, en cada pueblo y ciudad, para orar junto con sus fieles. Recogemos los testimonios llegados a nuestra Redacción hasta el cierre de esta edición:

Los obispos españoles con el Papa en el aeropuerto de Madrid durante su última visita a España, en mayo de 2003

En el mundo hay más de una generación de personas que sólo han conocido a este Papa. Y, por si fuera poco, ha sido un Papa que ha vivido en esta nueva era de la Humanidad en que las comunicaciones son cada vez más inmediatas y donde el lugar más lejano está cada vez más cerca. Las nuevas tecnologías, que el mismo Papa exprimió para que su mensaje de paz y unidad pudiera llegar a los rincones más escondidos del planeta, son las mismas que han contribuido a que los cristianos de la tierra, y también los hombres de otras religiones, hayan podido vivir, todos a una, la marcha del Papa Juan Pablo II, desde esta vida terrena, a la Casa del Padre.

Transcurrieron tan sólo unos minutos desde que monseñor Leonardo Sandri anunciara la muerte del Papa, en la Plaza de San Pedro, para que la noticia diera la vuelta al mundo recorriendo cables de fibra óptica, ondas de radio y de televisión. En tan sólo unos minutos, las televisiones, las radios y, especialmente, Internet y los mensajes de móvil hicieron que todos tuvieran la noticia al alcance de su mano.

En España, los mensajes de los pastores de cada diócesis tampoco se hicieron esperar, y tan pronto como estuvieron listos, los fieles pudieron escuchar y leer lo que su obispo les decía en un día tan triste y, a la vez, tan gozoso, tan de pérdida y, al mismo tiempo, tan de bienvenida a un nuevo amigo en el cielo.

El mismo sábado por la mañana, cuando el Papa todavía se encontraba en una situación crítica, pero consciente, el cardenal arzobispo de Madrid, **don Antonio María Rouco Varela,** presidía la Eucaristía de apertura de una nueva sesión de la Asamblea sinodal en Madrid, y en la homilía recordaba al Papa, en ese día de la Octava de Pascua, víspera de la fiesta de la Divina Misericordia, al mismo tiempo que convocaba la Eucaristía que ese domingo, día 3, celebraría en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. En ese momento nadie podía saber que esa celebración, establecida precisamente por el mismo Juan Pablo II, iba a ser la fecha elegida por el Señor para llevarse a su Vicario en la tierra. Después de conocerse la noticia, el cardenal se dirigía a todos los fieles de Madrid diciendo así del Papa: «Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado con Él».

El arzobispo de Santiago, **don Julián Barrio,** recordaba a los compostelanos que «ha muerto un Papa que todos considerábamos de la familia. Sabíamos que nos quería y le queríamos. La diócesis compostelana, que contó con su presencia en dos ocasiones, participa de este dolor compartido por nuestros hermanos en la fe y por todas las personas sensibles al testimonio de una vida al servicio del hombre a través del testimonio de la verdad y del servicio en la caridad».

Sabíamos que nos quería

A pesar de la tristeza por la pérdida, en la tierra, de todo un padre, han sido muchos los mensajes de gratitud que se recibieron en todas las diócesis. Por eso, el arzobispo de Granada, **monseñor Javier Martínez,** decía: «En estos momentos de dolor, por una parte, y también de gratitud inmensa al Señor, quiero expresar, sobre todo, esa gratitud. El Señor nos ha concedido al pueblo cristiano, y al mundo entero, un hombre de una humanidad excepcional, justamente porque su vida era por entero, como decía su propio lema: *Todo tuyo.* Su vida era, por entero, de Dios. Hemos tenido un padre excepcional, un hombre de Dios. Un gran santo de cerca. Porque todos hemos podido ver el don de su vida, y eso es un regalo que nunca le agradeceremos a Dios lo bastante».

La enfermedad del Papa en sus últimos años de vida, y el ejemplo que dio al mundo de fortaleza y aceptación de la voluntad del Señor, fueron otras de las cualidades resaltadas por los obispos españoles a sus fieles. Así, el obispo de Málaga, **monseñor Antonio Dorado,** decía: «Juan Pablo II ha muerto, aunque los católicos sabemos que ha nacido a la vida... En la hora de la verdad nos ha dejado un espléndido testimonio sobre la manera de afrontar la enfermedad, la ancianidad y la muerte. Ha sido en estos últimos años, en la cima de la edad, cuando sus palabras, apenas inteligibles desde el punto de vista físico, han alcanzado esa autoridad que dan los años vividos y la proximidad al acontecimiento decisivo de toda vida humana. Mediante mensajes breves y profundos, que frecuentemente tenían que leer otros, nos ha seguido hablando de Dios, de su amor incondicional al hombre». También el obispo de Mallorca, **monseñor Jesús Murgui,** quiso destacar esta faceta del Papa, afirmando que «Juan Pablo II ha dado una gran lección de entereza en estas últimas semanas, en las que ha demostrado que en la vida también hay dolor y muerte».

Monseñor Jaume Pujol, arzobispo de Tarragona, recordaba la figura de Juan Pablo II como la de un hombre luchador, y resaltaba diferentes aspectos de su personalidad: «Ha sido un Papa valiente, de firmes convicciones, que no ha dudado en alzar su voz a favor de los más pobres y desvalidos. Ha sido también un gran defensor de la paz. También un apóstol de entendimiento entre

las religiones. Un gran comunicador, pero, sobre todo, un hombre de oración». Así también lo reconocía **monseñor Juan María Uriarte,** obispo de San Sebastián: «Tenía una personalidad extraordinaria por su fortaleza y libertad, que ha ejercido lo mismo ante el poderosísimo George Bush que ante el dictador Fidel Castro». Y añadía también: «Juan Pablo II ha sido un creyente impregnado de una profunda experiencia de Dios y, por eso mismo, ha sido también un hombre comprometido con los pobres del mundo y con la paz».

Un padre y un hermano

Monseñor José Manuel Lorca, obispo de Teruel y Albarracín, afirmaba en su mensaje que «todos los cristianos estamos tristes y con dolor de corazón por el padre y hermano que nos ha fortalecido a toda la Iglesia en la fe durante tantos años. Su vida, su predicación, sus escritos, su fortaleza de fe, su cercanía a los jóvenes, su figura… no caerán en el olvido».

El obispo de Canarias, **monseñor Ramón Echarren,** afirmaba, tras conocer la muerte de Juan Pablo II: «A pesar de no pocas críticas e incomprensiones que ha recibido, nadie honrado podrá negar que ha muerto un Papa creyente de verdad, que nos ha confirmado en la fe y en la esperanza, que ha pasado la vida haciendo el bien y que ha sabido (no sin sacrificios de todo tipo) ser uno de los más grandes profetas del siglo XX y XXI. Y no dudamos de que intercederá por la Iglesia, por todos nosotros y por la Humanidad entera». De la misma forma se expresó **monseñor Antonio Cañizares,** arzobispo de Toledo: «Ha sido y se le reconocerá como un Papa abierto al futuro, lleno de esperanza que alienta al mundo al comenzar este nuevo milenio, y que se encuentra, como él mismo definió, temeroso de sí, temeroso ante el futuro». El cardenal arzobispo de Sevilla, **Carlos Amigo,** explicaba en su comunicado que «este Papa ha hecho caer muchos muros de intolerancias políticas y culturales; ha favorecido la paz entre las naciones y la defensa de los derechos humanos, especialmente los de los más desfavorecidos; ha abatido con energía a las barreras de la discriminación de la mujer y ha sido un paladín de la verdad del hombre y de la libertad religiosa».

Viajero por España

El Papa Juan Pablo II siempre fue especialmente bien recibido en España, país que él amaba como cuna de místicos como santa Teresa de Ávila o san Juan de la Cruz, como refugio de la Santina asturiana, Montserrat, Santiago o Guadalupe, y su presencia entre los españoles dejó una huella profunda. Por eso, muchos obispos no pudieron evitar recordar las visitas a sus respectivas diócesis, con todos los frutos que, sin duda, han cosechado y seguirán cosechando. Así, el obispo de Ávila, **monseñor García Burillo,** recordaba en su mensaje de condolencia: «En nuestra memoria permanecerán las innumerables muestras de cariño que las gentes le brindaban allá donde fuera. Todavía le recordamos con cariño en su visita a Ávila en el año 1982. Ancianos, adultos y jóvenes. Todos han sucumbido ante el candor de los ojos de un padre cercano, de un amigo, de la imagen de la Iglesia viva». También el arzobispo de Oviedo, **monseñor Carlos Osoro,** quiso agradecer, en su nota a los fieles asturianos, «su amor a todos los hombres, por haber mostrado ese amor aquí, en nuestra Asturias. Gracias, Santo Padre, por tu fe, por tu amor a Jesucristo y a la Iglesia».

Último adiós a España, en el aeropuerto de Madrid, en mayo de 2003

Tampoco faltaron los agradecimientos directos al Santo Padre por toda una vida de entrega, así como la petición de oraciones por su alma. El Prelado del *Opus Dei*, **monseñor Javier Echevarría,** afirma «La gratitud filial se mezcla hoy con el dolor, un dolor profundo y sereno. A lo largo de estos casi 27 años hemos aprendido a querer a Juan Pablo II con toda el alma, y ahora notamos en nuestro corazón el desgarrón de su ausencia». El obispo de Huelva, **monseñor Ignacio Noguer,** decía en su mensaje que estaba «profundamente apenado por la muerte de nuestro venerado Santo Padre Juan Pablo II. Rogamos encarecidamente al clero y al pueblo fiel de nuestra diócesis de Huelva que eleven oraciones al Señor, por el eterno descanso de quien, durante tantos años y tan ejemplarmente, ha servido a la Iglesia».

Monseñor Joan-Enric Vives, obispo de Urgell y Copríncipe de Andorra, quiso expresar «su profundo dolor por la muerte de Su Santidad Juan Pablo II, cuya memoria permanece viva en todos nosotros». Y **monseñor Miguel Asurmendi,** obispo de Vitoria, recordó a sus fieles que, «ahora que Dios ha llamado a Juan Pablo II a su presencia, renovamos nuestra oración de intercesión por él, y de acción de gracias a su generoso ministerio pastoral al servicio de todas las Iglesias». Agradecimiento también es lo que quiso expresar **monseñor Antonio Ceballos,** obispo de Cádiz y Ceuta: «Damos gracias a Dios por el don que nos ha concedido a los católicos en la persona del Papa Juan Pablo II. El ejemplo de su entrega a favor de la paz, concordia y unidad entre las naciones y los pueblos, su fecundo magisterio en la orientación de la fe y moral de los católicos y hombres de buena voluntad, y su fidelidad a Jesucristo en el gobierno de la Iglesia, estarán siempre presente en nuestro recuerdo y corazón».

No es poco lo que nos deja este Pontífice, padre y hermano de los cristianos. Y eso quiso dejar claro **monseñor Juan José Asenjo,** obispo de Córdoba, en su comunicado: «Nos deja su doctrina y el testimonio de la entrega de su vida hasta el último aliento».

A. Llamas Palacios

Esto han dicho sobre Juan Pablo II:

Siempre pendiente de la tierra de María

«Adiós, España; adiós, tierra de María»: así se despidió Juan Pablo II de nuestro país en la última visita que nos hizo, en mayo de 2003. En cinco ocasiones nos visitó como Papa, y nunca ocultó su especial predilección por sus gentes, tradición y espiritualidad. «España es mi madre espiritual», dijo. Ofrecemos una colección de testimonios de personalidades de la vida política y social española

Juan Pablo II saluda al Rey Juan Carlos en la Eucaristía de la Plaza de Colón, el 4 de mayo de 2003

Juan Carlos I, Rey de España

Rindo homenaje a Juan Pablo II, por su abnegado servicio a la cristiandad y su infatigable labor a favor de la paz, la justicia y la dignidad humana. No quiero olvidar su especial afecto y dedicación a España, con el recuerdo imborrable de sus cinco vivitas pastorales. Recuerdo sus reiteradas muestras de consuelo y aliento que siempre tuvo con nuestro país en los momentos más duros y también en los más felices. Todos los españoles guardan de él una memoria muy importante.

Reina Sofía

Juan Pablo II fue una persona universal y ahora le echaremos mucho de menos.

Don Felipe, Príncipe de Asturias

El Papa ha protagonizado 26 años de trabajo infatigable: ha sido el Papa de nuestra generación, y le tenemos un cariño muy especial. Su legado es para nosotros muy importante y nos va a hacer reflexionar mucho.

José Luis Rodríguez Zapatero, Presidente del Gobierno

El fallecimiento de Su Santidad representa la pérdida de una de las figuras mundiales más relevantes de la Historia reciente. Con su desaparición, la Iglesia se ve privada de un referente mundial de primer orden, tanto para los cristianos como para los no cristianos.

Mariano Rajoy, Presidente del Partido Popular

El Papa ha dejado tras de sí una huella imborrable, tanto para la Iglesia católica como para la Humanidad. Ha sido una extraordinaria persona de bien. Alabo su testimonio de fortaleza frente al dolor y la enfermedad, ha sido un referente moral para todos los que creen en la dimensión ética de la existencia humana.

José María Aznar, ex-Presidente del Gobierno

Doy gracias a Dios por haber tenido la oportunidad de haber sido testigo de la inmensa capacidad de liderazgo de Su Santidad Juan Pablo II en la defensa de los valores cristianos, que son también valores universales.

Esperanza Aguirre, Presidenta de la Comunidad de Madrid

El Papa tuvo que vivir en carne propia los efectos terroríficos de los totalitarismos más duros. Siempre mantuvo una defensa encomiable de la libertad; por ello merece el respeto, la admiración y el agradecimiento de todos los que aman la libertad.

Manuel Fraga, Presidente de la Xunta de Galicia

Este pontificado será recordado como uno de los más fructíferos de la Historia, tanto por el carisma del Santo Padre –acentuado por el entusiasmo con el que llevó al mundo su mensaje evangélico–, como por la incuestionable calidad moral de sus 26 años de pontificado. Mantengo con un recuerdo imborrable los dos encuentros privados que mantuve con él.

Mª Teresa Fernández de la Vega, Vicepresidenta del Gobierno

El Santo Padre ha tenido una presencia extraordinaria en todo el mundo y ha sido un referente importantísimo a los largo de estos años, un pontificado extraordinariamente activo y comprometido.

Comisión General Ejecutiva del PSOE

El PSOE considera que la desaparición del Papa supone una gran pérdida para toda la comunidad internacional. Además de valorar lo que ha significado para la Historia reciente la figura de Juan Pablo II, el PSOE quiere destacar la preocupación que siempre mostró por los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Karol Wojtyla qui-

so permanecer cerca de los que sufren y de sus fieles, y así lo demostró con sus numerosos viajes por naciones de los cinco continentes.

Ángel Acebes, Secretario General del Partido Popular

Destaco de él su dedicación a la paz y su trabajo incansable por la justicia, contra la violencia y el terrorismo. Estamos ante la desaparición de una figura ya histórica de talla universal.

José Mª Álvarez del Manzano, ex-Alcalde de Madrid

Lamento profundamente su muerte. Ha sido una figura extraordinaria en todos los sentidos. Para los católicos especialmente ha sido un padre ejemplar; nos ha dado testimonio de su fe hasta en los momentos más duros. Su testimonio de seguir a Cristo nos ha servido de permanente aliciente, y su ejemplo personal ha sido extraordinario.

Ana Botella, concejala del Ayuntamiento de Madrid

Tuve la suerte de conocer al Papa joven y enérgico del principio y ver cómo ha ido evolucionando hasta el final. Era una persona con un gran amor por España, al que chocaba el nivel de descristianización de los últimos tiempos, en un país que consideraba fundamentalmente católico. Su carisma y su personalidad eran tremendamente atra-

La Reina doña Sofía saluda al Papa, a su llegada al aeropuerto de Barajas, el 3 de mayo de 2003

SOCIÓLOGO Y POLÍTICO

¿Por qué un joven de dieciocho años puede y debe estudiar Sociología?

La sociedad tiene problemas (industriales, organizativos, familiares, educativos, de barrios, de emigración, de integración de excluidos y marginados, de jubilados y de ancianos...) que piden solución. Y la nueva sociedad que se está creando pide también urgentemente soluciones
Una buena solución de problemas sociales no se improvisa. Detectarlos con acierto, adquirir ideas adecuadas para ello, aplicarles las técnicas eficaces... necesita preparación eficiente, actual, científica y de rigor universitario.

Sociología, Política y Orden Social con visión cristiana
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología *León XIII*
Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid
Fundación Pablo VI.
Paseo Juan XXIII. 29040-Madrid.
Tlfnos.: 91 514 17 08 – 09
Correo electrónico: *informacion@fpablovi.org*
Web: *www.upsam.com*

INFORMÁTICOS

¿Por qué un joven de dieciocho años puede y debe estudiar Nuevas Tecnologías?

La nueva sociedad que se está creando es una sociedad del Conocimiento. Y las Nuevas Tecnologías están transformando no sólo las maneras sino todos los sistemas y de conocimiento y constituyen una puerta abierta a los nuevos mundos. Se trata de una auténtica revolución técnica, cultural y social.

Informática. Sociedad del Conocimiento.
Ingeniería Informática. Ingeniería Técnica Informática. Sistemas y Gestión.
Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid
Fundación Pablo VI.
Paseo Juan XXIII. 29040-Madrid.
Tlfnos.: 91 514 17 08 – 04

EN TRÁMITES

- **ARQUITECTURA y ARQUITECTURA TÉCNICA**
- **INGENIERÍA INDUSTRIAL e INGENIERÍA TÉCNICA INDUSTRIAL**

Líderes políticos de todo el mundo y de todas las religiones recuerdan con cariño al Papa

El hombre que sembró paz

Desde todos los rincones del mundo, desde Rusia hasta Sudáfrica, Jefes de Estado y de Gobierno de países católicos y no católicos, de regímenes democráticos, autoritarios o totalitarios, han mostrado su pesar por la muerte de un hombre que llevó la paz a los pueblos y la dignidad a las personas a través del Evangelio

Juan Pablo II saluda a George Bush

«Un verdadero apóstol de la paz en el mundo entero». Con estas rotundas palabras explicaba el Presidente italiano, **Carlo Azeglio Ciampi,** quién fue su amigo Juan Pablo II. En efecto, tras la muerte del Santo Padre, en las palabras de alabanza por parte de los líderes mundiales se dejaba ver una profunda sinceridad. Católicos y no católicos, políticos de todo signo, han reconocido en el Papa al hombre que sembró la paz allí donde fue. El fruto de su siembra se recogió en una cosecha inigualable tras la caída del Muro de Berlín y el final del comunismo. El Canciller alemán **Gerhard Schroeder** ha dicho del Papa que «escribió la Historia. Con su trabajo y con su increíble personalidad, cambió el mundo». Y recordaba **Lech Walesa,** ex Presidente polaco y líder del movimiento *Solidaridad*, que, sin él, «no habría acabado el comunismo o, sin duda, habría caído mucho más tarde y su final habría sido sangriento». El **Dalai Lama** rememoraba también en estos días cómo se siente vinculado a Juan Pablo II, porque los dos han sentido el peso del comunismo. **Carlos Custer,** embajador de Argentina ante la Santa Sede, decía: «No nos olvidemos de que este Papa es el que evitó la guerra con Chile». Hasta tan lejos llega su siembra de paz.

El Papa, con sus múltiples viajes, «ha sabido llevar su mensaje de paz a cada rincón del mundo», expresó el Primer Ministro de Luxemburgo, **Jean Claude Juncker.** Y es que Juan Pablo II no supo de fronteras físicas, políticas, ni religiosas y se acercó por igual a todos los pueblos. El Presidente cubano, **Fidel Castro,** mostró sus condolencias al Vaticano y rememoró la visita a la isla en 1998, que «quedará grabada en la memoria de nuestra nación». El Canciller **Felipe Pérez Roque** rememoraba «su visita al país, sus palabras amistosas, su pronunciamiento contra el bloqueo». **Hugo Chávez** también aprovechó el fallecimiento del Papa para mandar un mensaje en contra de Estados Unidos.

Tanto el Presidente brasileño, Luiz Inácio **Lula da Silva,** como su homólogo argentino, **Néstor Kitchner,** hicieron sendas referencias al papel de Juan Pablo II en su lucha contra la pobreza. Lula mostró el pesar del «mayor país católico del mundo, donde conviven en armonía personas de diversas creencias», por la marcha de «uno de los hombres que, como pocos, incluyó de forma tan decisiva y positiva en el curso de la Historia contemporánea». El Primer Ministro de la India, **Marimohan Singh,** describía a Karol Wojtyla como «el Papa del pueblo». Filipinas, país con gran número de católicos, recordaba al Santo Padre a través de su Presidenta **Gloria Arroyo:** «El mundo echará de menos a este gran vínculo espiritual entre las naciones». El Presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, lo catalogaba como el hombre que prestó «un increíble servicio a la paz». Incluso el Presidente iraní, **Mohammed Jatami**, dijo de él que era ´la verdad, la justicia, la paz» y el Parlamento guardó un minuto de silencio.

El Presidente estadounidense, **George Bush,** calificaba al Pontífice de «campeón de la libertad humana», y añadía que «Juan Pablo II nos recordó nuestra responsabilidad de defender la cultura de la vida». Para el Secretario General de Naciones Unidas, **Kofi Annan,** el Papa fue un «inagotable abogado de la paz y pionero del diálogo entre religiones». El Presidente de Nigeria, **Olusegun Obasanjo,** explicaba por qué el Papa siempre sembró la paz: «Era la personificación de la virtud del amor».

Por su talla política y moral, se mostraba agradecido el Primer Ministro italiano, **Silvio Berlusconi,** que traía a colación «la labor sufrida y sin descanso que ha desarrollado el Papa contra cualquier forma de totalitarismo, de violencia, de degradación moral, y en nombre de los valores de la Iglesia católica, que son los valores de la dignidad del hombre y de la solidaridad». El Presidente sudafricano, **Thabo Mbeki,** hacía mención del papel de Juan Pablo II como refuerzo a la moral en el mundo, y su ho-

Polonia: la cuna de Karol Wojtyla

El país natal de Juan Pablo II ha vivido con especial dolor e intensidad la marcha de su compatriota más ilustre, que, con su impulso, propició la caída del comunismo. El Presidente de Polonia, **Aleksander Kwasniewski,** expresaba así su dolor: «Nos ha dejado nuestro compatriota más destacado, uno de los más grandes creadores del mundo contemporáneo, el buen padre de todos, de los creyentes y de los no creyentes, el hombre que supo llegar hasta los rincones más alejados de la tierra para conocer las almas de la gente».

Grazyna Bernatowicz, Embajadora de Polonia en España, explicaba a *Alfa y Omega* lo que ha supuesto la muerte de Karol Wojtyla, y afirmaba que, «para todos los polacos, son días de una gran tristeza. Con dignidad, Polonia reza y llora al polaco más grande de todos los tiempos. Quisiera destacar la participación multitudinaria de los jóvenes que se identifican plenamente con el mensaje de Su Santidad, y nuestra expresión de gratitud por todo el cariño recibido. Lo que mejor resume los sentimientos de todos los polacos son las palabras de **Czeslaw Milosz,** nuestro Premio Nobel de Literatura, fallecido el año pasado: *Polonia tuvo al Rey con el que siempre había soñado*».

Desde la delegación diplomática en Madrid se recordaba cómo, en Polonia, políticos de toda tendencia, orientación e ideología, han expresado un único comentario unánime tras la muerte del Papa: «Hemos perdido al polaco más grande de todos los tiempos». El Primer Ministro se reunió con el Consejo de Ministros y con el Presidente de la República nada más conocer la noticia, y se decretó luto oficial hasta que el Papa fuera enterrado. El país prácticamente se paralizó.

Juan Pablo II saluda al presidente ruso Vladimir Putin

El Papa con Kofi Annan, Secretario General de la ONU

mólogo keniata lo calificaba como «el hombre que cambió el mundo; para mejor». También el Rey de Marruecos, **Mohammed VI,** se mostraba afligido por el fallecimiento de un Papa que «ha consagrado su vida al servicio de los ideales más nobles y de las virtudes sublimes que comparten las religiones celestes: la fe, la libertad, la paz, el amor, la concordia entre todos los hombres sin discriminación alguna».

El ex Presidente de la Comisión Europea**, Romano Prodi,** agradecía a Dios el que «nos haya dado este hombre de paz y de fe», que «ha testimoniado hasta el fin de sus fuerzas su pasión por el hombre y su fe en Dios». **Tony Blair,** cuya esposa Cherri es católica, dijo que «fue una inspiración, un hombre de extraordinaria fe, dignidad y coraje». El actual Presidente de la Comisión Europea, **José Manuel Durao Barroso,** reconoció el «papel esencial en la reunificación de Europa y en el progreso de las ideas, la libertad y la democracia en nuestro continente» que ha jugado el Papa.

María S. Altaba

Palestinos e israelíes, unidos por el dolor

Juan Pablo II promovió la paz entre los pueblos, y ese gesto ha tenido su respuesta en mandatarios tradicionalmente enfrentados entre sí, como es el caso de palestinos e israelíes. El Presidente de la Autoridad Nacional Palestina, **Abu Mazén,** reconoció que «le echaremos de menos como una figura religiosa destacada que dedicó su vida a los valores de la paz, la libertad y la igualdad». Asimismo, el Presidente de Israel, **Moshe Katzav,** afirmó que «Karol Wojtyla será recordado como un hombre de ética y de derechos humanos cuyo corazón estaba con los que sufrían y los oprimidos. Los judíos recordarán a Juan Pablo II como aquel que se levantó con valor para acabar con una injusticia histórica cuando oficialmente disipó los prejuicios y las acusaciones contra los judíos».

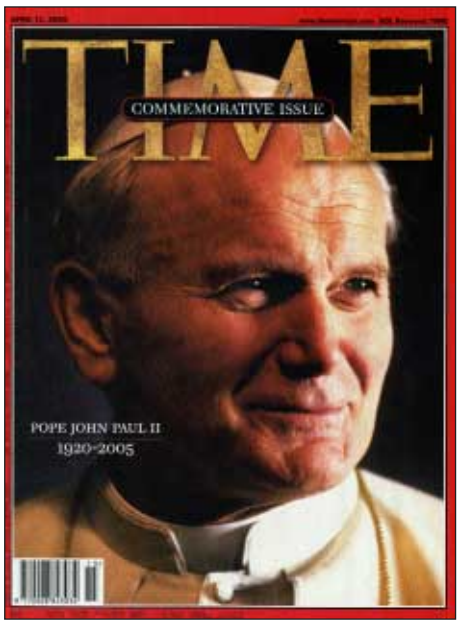
El Viceprimer Ministro israelí, **Silvan Shalom,** expresó su profundo pesar por el fallecimiento del Papa, que considera una gran pérdida, en primer lugar y sobre todo para la Iglesia católica y cientos de miles de creyentes, pero también para la Humanidad en su conjunto». En una nota, el Ministerio de Exteriores recordaba que Juan Pablo II fue el primer Papa en la Historia en visitar una sinagoga. En aquella ocasión, en Roma, en 1986, Juan Pablo II se refirió a los judíos como «nuestros hermanos mayores». Además, a lo largo de su vida ha hecho encomiables esfuerzos por luchar contra el antisemitismo, y será recordado por su valentía para conseguir establecer las relaciones diplomáticas entre Israel y la Santa Sede. «Israel, los judíos y el mundo entero han perdido a un gran campeón de la reconciliación y del hermanamiento entre las religiones», concluye el comunicado.

La representación palestina en España explicó a *Alfa y Omega* lo que el Papa había significado para ellos por su «gran talla humana y espiritual». El pueblo palestino considera a Juan Pablo II «un luchador por la justicia y un gran amigo de todos los pobres. Hemos encontrado en él a un aliado y a un amigo». El jefe de prensa de la legación recordaba unas palabras especialmente significativas para los palestinos, cuando el Papa, en medio de la polémica por el muro defensivo que construía Israel, dijo: «Necesitamos construir puentes de cariño y amor, construir la hermandad entre los pueblos, no muros de separación».

Rusia y China, los países que nunca pisó

El Papa viajero se quedó sin visitar dos países: Rusia y China. A pesar de ello, desde estos dos Estados asiáticos han llegado mensajes de condolencia. El Presidente ruso **Vladimir Putin** calificó al Santo Padre como una «figura líder en el mundo moderno, cuyo nombre está ligado a una era entera. Su servicio incansable para construir un sistema más justo de relaciones internacionales, para formar a la sociedad en los principios del humanismo y la solidaridad, y para fortalecer los principios espirituales y morales de la vida de los pueblos, le han granjeado el cariño incondicional de los católicos de todo el mundo y el respeto de cientos de miles de pueblos de diferentes religiones y nacionalidades». Putin recordó que fue en su pontificado cuando Rusia y la Santa Sede establecieron relaciones diplomáticas. Para el mandatario soviético, el Papa ha sido una persona «sabia, receptiva y abierta al diálogo». El último presidente soviético, **Gorbachov**, ha calificado al Papa como «el humanista número uno del planeta» y ha recordado que «desempeñó un papel enorme en el fin de la Guerra Fría»

La expresión de pesar por parte del Gobierno comunista de China fue más escueta. El Portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de Pekín, **Liu Jianchao,** dio su pésame y afirmó que «la Asociación Patriótica Católica y el Colegio de Obispos Católicos de China han enviado al Vaticano un telegrama expresando sus condolencias en nombre de los clérigos y fieles de la Iglesia católica de todo el país». Recordó cómo, a lo largo de su vida, el Papa pidió disculpas por los errores cometidos por algunos misioneros contra el pueblo chino. Sin embargo, también aprovechó la oportunidad para recordar que el catolicismo «no puede minar la unidad de la nación china, ni siquiera en lo insignificante, ni tampoco debilitar de ninguna manera la independencia y la soberanía de China». Los católicos en China están perseguidos. Sólo está permitido el culto bajo estrictas condiciones y con la intervención del poder.



La prensa mundial coincidió al reconocer la grandeza del Papa que se va, un Papa que conquistó a todos los pueblos y generaciones. Italia se despidió con especiales honores de este hombre que, aunque nació en Polonia, había conquistado el corazón de todos los italianos. *Il Giornale* llevaba a su portada un gran titular: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. En la misma línea publicaba una emotiva portada el *Daily Telegraph* con el título: *Decimos a nuestro inolvidable padre: que los ángeles te guíen al Paraíso*. La prensa italiana recogió el mensaje del cardenal Martínez Somalo y tituló con *Juan Pablo II, el Grande*. El británico *Daily Mirror* se hizo eco de este adjetivo que colocó en su portada. En el *Corriere della Sera*, se incluía un especial bajo el título *El Papa que cambió el mundo*.

Algunos pocos periódicos, los menos, se mostraban críticos o fríos con la muerte del Santo Padre. El diario francés *Libération*, titulaba con un escueto *Requiem por el Papa*. Y *Le Monde* se apresuraba a plantear los retos del próximo Papa y se cuestionaba si «sabrá poner remedio a la hipertrofia del poder romano». Sin embargo, el también francés *La Croix*, de corte católico, dedicó una amplia edición al Pontífice en la que le calificaba de «constructor de puentes entre comunidades y países más allá de los conflictos y las ideologías».

Papa de todos, titulaba *Il Messaggero*, con una foto de Juan Pablo II besando a un bebé. En Italia, donde se paralizó la liga de fútbol y se atrasaron las elecciones regionales, incluso los diarios deportivos rindieron su homenaje al Santo Padre, obispo de Roma. *Il Corriere dello Sport* titulaba: *Ciao, grandissimo*.

Los grandes medios impresos norteamericanos, *The Washington Post* y *The New York Times*, coincidieron en su propuesta de portada con un titular absolutamente informativo. Para el rotativo newyorkino, el Papa fue «un hombre de acción que cautivó a gran parte de la Humanidad y moldeó a la Iglesia con una visión heroica de un catolicismo combatiente y disciplinado». El *Boston Globe* no dudó en calificar al Papa como «uno de los más extraordinarios de los dos mil años de historia de la cristiandad».

Los kioskos brasileños despertaban el domingo con un juego de palabras. *O Globo*, uno de los grandes medios del país, titulaba *Adiós, Juan de Dios*. El medio más sobrio fue, probablemente, *L'Osservatore Romano*, cuya portada era una gran esquela. El diario italiano *La Stampa* eligió para la fotografía de portada varias instantáneas de algunas de las miles de personas que rezaban por el Papa. También el matutino galo *Le Figaro* utilizaba la imagen de los rezos, y titulaba *Juan Pablo II, la emoción y la oración*. Este rotativo destacaba que el Papa se había marchado mientras escuchaba el rezo multitudinario del Rosario en la plaza de San Pedro. Todos los periódicos del mundo destacaron, durante los días anteriores al fallecimiento del Papa, la unidad en la oración que se produjo, de manera espontánea, en todos los rincones del orbe.

Un impactante aplauso

En las páginas de *La Repubblica* se recogía el largo impactante aplauso con el que todas las personas reunidas frente a la ventana del Papa conmemoraron su adiós. Vittorio Messori escribía, en una columna en el *Corriere della Sera*, que Juan Pablo II ya está llamado a ser santo.

Los dominicales alemanes *Welt am Sonntag* y *Frankfuter Allgemeine Sonntagszeitung* coincidieron en su mensaje y publicaron una frase del Papa: «Estoy contento. ¡Estadlo vosotros también!» También el británico *The Sunday Times* apostaba por un

titular en positivo: *No lloréis por mí*, y reconocía en Juan Pablo II al líder religioso más importante del mundo.

El periódico británico *The Independent* rememoraba la figua de Juan Pablo II haciendo hincapié en la devoción que se tuvo por él desde que fue nombrado Papa, y en el gran ´número de santos a los que había elevado a los altares. Destacaba, como primer nombre, al fundador del *Opus Dei*. El también británico *The Guardian* se lanzaba el lunes a la *batalla por el alma de la Iglesia*. El más respetuoso fue *The Times*, que publicó *El Papa en paz*.

Los grandes semanarios internacionales se han apresurado a publicar ediciones especiales dedicadas íntegramente al Papa. El norteamericano *Time* ha elegido para su portada una foto de Juan Pablo II joven y sonriente. *Querido y valiente*, titulaba *Newsweek*, con una imagen del carismático Pontífice muy sonriente. *The Economist* recogía *El legado del Papa que cambió la historia*. El francés *L'Express* utilizaba una sobria y emotiva fotografía del Papa en oración para titular: *El último gigante*.

La prensa también ha desatacado otras noticias, como el número de fieles que se esperaban en Roma para asistir a los funerales por el Papa, y que recogía *La Stampa*. En China, país donde la Iglesia católica está perseguida, no se habló de la muerte del Papa y un brevísimo comunicado oficial ha sido la única información aportada.

María S. Altaba

Unánime elogio de los columnistas españoles

El esplendor de la verdad

Se ha repetido hasta la saciedad, con un sucinto y cerril desparpajo, que el papado de Juan Pablo el Grande ha sido «progresista en lo social y conservador en lo moral». En tan simplificadora formulación se condensa nuestra incapacidad para trascender los estereotipos
ideológicos, pero sobre todo cierta ceguera –no sé si nacida del cinismo o de la mera camastronería– para vislumbrar el radical proyecto humanista de un Papa que ha sabido, mejor que ningún hombre de nuestra época, identificarse con Cristo. De esa identificación extrema surge, como un corolario natural e insoslayable, su identificación con el hombre, su execración de cualquier forma de violencia ejercida contra su sagrada naturaleza, su vocación indesmayable de caridad, dirigida preferentemente hacia los más débiles. Al vindicar la dignidad del hombre, el Papa Wojtyla se sitúa por encima del cambalache ideológico para recuperar las esencias mismas del cristianismo, que hace del amor al prójimo, como reflejo del amor a Dios, el epítome de su doctrina.

Juan Manuel de Prada
ABC

El liderazgo mundial del Papa

En estos tiempos propicios para el imperio de lo efímero y las ocurrencias improvisadas, llama la atención el funcionamiento riguroso de una institución milenaria como es la Iglesia católica. Nadie pone en duda que las complejas previsiones jurídicas y los pasos sucesivos que habrán de seguirse en los próximos días se van a desarrollar con la máxima precisión. Una institución capaz de superar los trances más difíciles muestra en las circunstancias actuales su capacidad para manejar con delicadeza las emociones individuales y colectivas. Nada se oculta, pero todo se transmite con prudencia y con mesura. Las palabras del portavoz vaticano, el español Navarro-Valls, han mantenido estos días un exquisito equilibrio entre el sentimiento y la razón.

Editorial
ABC

¿Se habrá enterado Zapatero?

En su último viaje a España, hace dos años, Juan Pablo II congregó en un acto religioso a un millón de jóvenes. ¡Un millón! Sin ofender a ateos, agnósticos, incrédulos, gays, lesbianas, musulmanes, protestantes o budistas, todos ellos por entero respetables, resulta que la inmensa mayoría de la juventud española está con la espiritualidad católica. En las ONG religiosas, en las comunidades de base cristiana, en el camino neocatecumenal del admirable Kiko Argüello, se encuentra lo más granado de nuestra juventud. Dos millones de personas, por cierto, asistieron en Madrid a la misa oficiada por el Santo Padre en ese último viaje de 2003.

Luis María Ansón
La Razón

El mejor ejemplo

Frente a la denominada *teología de la liberación*, sin imponernos nada, Juan Pablo II propuso la Teología de la Cruz, que él ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Frente a los movimientos revolucionarios y dictatoriales hijos del marxismo-leninismo, el Santo Padre propuso la exigente doctrina social de la Iglesia, y algo tan antiguo y actual como el amor al prójimo y a la libertad. Nos propuso, en fin, no tener miedo frente a la mordaza y el silencio. Y renovó la doctrina a través de dos obras titánicas: el nuevo Catecismo y el también nuevo Código de Derecho Canónico. Pero, por encima de todo, Juan Pablo II nos propuso su ejemplo: el de un hombre bueno, fuerte, convencido de lo que decía y cuya certeza fue determinante para que se volviese a encender la llama de nuestra fe.

Jorge Trías Sagnier
La Gaceta de los Negocios

Pasó haciendo el bien

En una reacción de alcance, en este abril de 2005, se armonizan muchos sentimientos de los que recojo sólo éstos:

• De pena y de esperanza: se nos va el Padre de todos y esto nos duele, pero Él se va a recibir el gozo eterno que jamás le será quitado y reafirma nuestra fe y nuestra esperanza. Juan Pablo II, como el Señor Jesús, muere amándonos hasta el fin.

• De gratitud inmensa y emoción sin límites por su vida y compromiso con la Iglesia y con el mundo entero.

María Rosa de la Cierva
Análisis Digital

El cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, preside la misa de la Divina Misericordia, en recuerdo del papa, en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, el pasado 3 de abril

Ha triunfado la misericordia

Juan Pablo II falleció después de haber celebrado la Eucaristía del segundo Domingo de Pascua, fiesta de la Divina Misericordia. Fue él precisamente quien instituyó esta fiesta en la Iglesia universal. Horas más tarde, el cardenal arzobispo de Madrid presidió la Eucaristía en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Madrid, y allí destacó la infinita confianza que siempre tuvo el Papa en la misericordia del Señor

No cabía un alfiler en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. Muchos madrileños se quisieron acercar hasta allí, la tarde del domingo, para celebrar la Pascua de Juan Pablo II, su paso definitivo a las manos del Padre. «El Señor lo ha querido llamar precisamente en este día de la Misericordia –afirmó el cardenal Rouco Varela en la homilía–; lo que ello tiene de providencial es evidente. Ha triunfado la infinita misericordia del Señor; hemos sido bañados en ella. Por eso, podemos resucitar. Esperamos que sea así para Juan Pablo II. Ha llegado al umbral de la Casa del Padre para encontrarse con Cristo resucitado. Se lo confiamos a María, Madre del Señor y Madre nuestra, a quien él consagró su vida declarándose todo suyo. Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, también habrá ya resucitado. Desde su elección como sucesor de Pedro, vivió siempre para el Señor. Verdaderamente en la vida y en la muerte ha sido del Señor. No vaciló en mantener siempre su respuesta a Cristo resucitado, igual que Pedro: *¿Me amas más que éstos?* En ese amor a Cristo se encuentra la clave de su pontificado, para poder cumplir con el mandato del Señor: *Apacienta mis ovejas*».

Fuera del templo, acabada la celebración, Rocío, enfermera, decía: «A mí, lo que más me ha llamado la atención del Papa ha sido esa fuerza y esa cara de bondad tan grande; últimamente, le veíamos ya muy mayor, pero esa cara de bondad no ha cambiado. Va a ser difícil para todos los cristianos la elección de un nuevo Papa; llegar a su nivel me parece muy difícil». Carmen se mostraba agradecida, «por la suerte que hemos tenido con el pontificado de Juan Pablo II, y rezo para que el próximo Papa sea igual. Ha sido un Papa progresista y, al mismo tiempo, coherente con la tradición. Sólo tengo agradecimiento hacia él».

También los niños quisieron decir algo acerca de Juan Pablo II. Paula y Emmnauel confesaban: «Nos ha parecido un Papa muy bueno, que le hemos querido mucho». Eduardo y Jesús, estudiantes, decían a la par: «Ha sido un pontificado maravilloso, porque ha hecho mucho bien a la gente, se ha esforzado por la paz. Todo el mundo debe estarle agradecido. Lo que más destacó de él fue su capacidad de perdonar y de pedir perdón por fallos que no son suyos. El apostolado del Papa ha sido muy evangelizador, y será muy difícil que haya otro como él».

Mari Carmen, periodista de Madrid, se sentía especialmente vinculada a la figura de Juan Pablo II: «Ha sido el Papa de mi vida. Yo lo descubrí en la visita que hizo a Cuba; seguí la misa desde casa y descubrí a un Papa que no se arredraba ante nadie, que criticaba los excesos del capitalismo, del comunismo, que abrió puertas a la esperanza e hizo que cambiaran muchas cosas. Va a ser difícil superar esa empatía. Me quedo con lo que decía: *No tengáis miedo; abrid las puertas a Jesús*. Siento una mezcla de alegría y tristeza, pero pienso que para alguien que está enamorado de Cristo es una alegría estar con él. Él decía: *No tengáis miedo*. Tampoco debemos tenerlo a la muerte, que es pasar a disfrutar de Dios».

En su homilía, el cardenal Rouco afirmaba que «el Papa ha sido el Papa de la esperanza. Nuestra esperanza es, por eso, que la gloria sea ya una realidad para Juan Pablo II. Que el Señor Jesús haya acogido ya a su siervo el Papa en la asamblea de los ángeles y los santos». Ya al final de la celebración, uno de los asistentes gritó con fuerza: *¡Viva Juan Pablo II!*, y toda la asamblea prorrumpió en un gran apluso. Así quiso el pueblo de Madrid despedir al Papa.

Sonsoles de la Vega
Juan Luis Vázquez

Madrid. 11 de abril. 20 h. Funeral por el Papa

El funeral en la archidiócesis de Madrid por el Santo Padre Juan Pablo II, presidido por el cardenal arzobispo don Antonio María Rouco Varela, tendrá lugar, en la explanada de la catedral de la Almudena, el próximo lunes día 11 de abril, a las 20 horas.

Seréis mis testigos

Ofrecemos una serie de testimonios recogidos por Rosa Puga Davila

¡Qué belleza!

La vida es bella a despecho de cualquier dolor, ya que ha nacido de un amor insondable. El Papa sufría muchas veces, pero en su rostro había siempre algo de victorioso, de indomable: y eso se llama precisamente cristianismo; lo contrario de lo que se ha enseñado a varias generaciones de europeos: que el cristianismo significaba atraso cultural, impotencia, derrota humana. Habíamos empezado a creérnoslo, pero en la ventana apareció Juan Pablo II, el Papa venido del Este, e inmediatamente comprendimos que no era verdad. Cuando irrumpió en escena como un torrente, la belleza humana de la fe, su potencia creadora parecía haberse ocultado tras las bambalinas de la Historia. Él nos recordó que Jesús resucitado nos busca. El hombre es el camino de la Iglesia: un camino que hemos recorrido sin miedo, tras el fiel montañero de Polonia.

José Luis Restán, *periodista*

Él sigue con nosotros

Juan Pablo II está con el Señor, y a nosotros nos queda la dolorosa ausencia, pero también la dulce memoria de su admirable vida de apóstol entregado y la lección de su muerte ejemplar, que es una lección de vida.

El dolor por su muerte es un dolor universal. Gentes de todo el mundo le han visto recorrer los caminos de sus patrias con el Evangelio en la mano. Juan Pablo II ha cambiado la Historia, ha sido la personalidad más sobresaliente del siglo XX, cuyas hieles y miserias vivió muy de cerca. Ha proclamado la verdad de Dios y la verdad del hombre frente a todas las manipulaciones de las ideologías contemporáneas. Recuerdo aquella viñeta en la que un chaval preguntaba a su padre: «¿Cómo se dice valiente en polaco?» –«Wojtyla, hijo, Wojtyla».

Mercedes Gordon, *periodista*

El Papa ha muerto

Su personal *Via crucis* se ha cumplido. El dolor, hoy ya sólo nuestro, es siempre irreducible a una noticia o a una glosa necrológica, y en este día es obligado reconocer, sobre todo, el testimonio heroico de su fidelidad, su muerte nos abre la puerta a la esperanza en un tiempo en que la fidelidad es un valor escaso, cuando todo tiende a ser fungible, efímero y relativo. Su palabra ha puesto siempre una luz en nuestra noche oscura. Nos ha ayudado a identificar el amor auténtico con el compromiso personal sin reserva alguna. Toda la obra, inmensa, de Juan Pablo II es un canto a esa entrega sin límites que permanece y resuena hoy en lo más hondo de nuestra conciencia.

Claro J. Fernández-Carnicero,
Presidente Fundación Tomás Moro

Mi Papa

Pensaba que esto nunca iba a llegar. Muchos escribirán estos días sobre la importancia histórica, social, eclesial de Juan Pablo II… Yo hoy sólo puedo hablar desde lo más profundo de mi corazón, desde el dolor y la gratitud filial. Como tantos otros de mi generación, que hoy se han quedado huérfanos, he crecido apoyada en la solidez de su fe; me he formado en su cálido amor a María; he descansado en su seguridad en Cristo; me ha iluminado su ejemplo vital; su fortaleza me ha levantado en el desánimo; su paz me ha confortado. Aún recuerdo cuando, adolescente, oía en la radio ese *No tengáis miedo* que me ha marcado toda la vida. Después vino a España, y se me quedó grabada una banderola gigante en la Castellana, y decía simplemente *Totus tuus*. Le oí junto a unos amigos en el Bernabéu y mi padre nos llevó a toda la familia a despedirle en Labacolla. Cuando vino el 2003 a Madrid, ya casados y con hijos, fuimos nosotros los que llevamos a mi padre, enfermo, a la Castellana, y allí estuvimos todos. Él ha sido mi padre, mi ejemplo, mi guía. Cuando me enteré que, siendo cardenal, escribía en una mesita, a los pies del Sagrario, me daba paz escribir lo que más me preocupaba a la luz del Tabernáculo, pues pensaba: *Cada cual a su nivel; él sus Cartas pastorales, yo mis pequeños textos vitales*. En los momentos de desánimo, al ver su fortaleza en la ancianidad, me volvía a levantar pensando: *Si él puede, yo también*. El gran Papa de la esperanza nos ha dejado con una gran paz, llenos de amor; con la certeza de que él, desde lo alto, velará por cada uno de nosotros con la misma tenacidad, comprensión y ternura que lo hizo a lo largo de su pontificado. Yo ya he empezado a pedirle por mis enfermos, para que les sostenga y dé fe en el sufrimiento.

Carla Diez de Rivera
profesora Universidad San Pablo-CEU

Conocía nuestros nombres

La última vez que estuve a solas con Juan Pablo II nos acompañaban 750.000 personas. En aquella explanada de Cuatro Vientos, conocía cada uno de nuestros nombres y nos hablaba al oído. Aquel *abuelo* sabía quiénes éramos cada uno de nosotros. Y nos lo dijo claro: «Vale la pena dedicarse a la causa de Cristo». Nos deja el legado de acabar de creernos estas palabras, y ponerlas en práctica. Un Papa que nos ha animado a no tener miedo, a que afrontemos con valentía el futuro: «Seguir a Cristo exige valentía para hacer opciones radicales, a menudo yendo contra corriente». Un Papa que nos ha proclamado que, «si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo». Este encargo, esta tarea, esta misión..., la misma que dio Jesús a los Apóstoles. No necesitamos nada más..., sólo decir *Sí*.

Txomin López, *periodista*

Un Rosario

Ha sido un Papa muy bueno por todas las cosas que ha hecho. Lloré cuando supe que estaba enfermo. Entonces recé el Rosario con mis padres, y después, por la noche, recé yo un misterio. Iba a rezar otro más, pero me quedé dormida.

Almudena Mirón, 10 años

Sobradas huellas

He sentido simpatía por la forma en que este Papa gobernó la Iglesia. Me uno al fervor de los católicos, aunque yo no sea practicante. Realmente, me ha admirado lo que la gente ha rezado por su salud y todas las muestras de dolor tras su muerte. He sentido incluso algo de culpa porque no me brotase el mismo sentir… Me parece que este Papa ha dejado sobradas huellas y manifestaciones de su sacerdocio al mundo, digan lo que digan muchos no católicos.

Saturnino García, *actor*

Se va alguien de la familia

El vacío que deja Juan Pablo II es semejante al que me provoca la muerte de un familiar querido, porque, sin duda alguna, el Santo Padre era una persona cercana, próxima, que, como un familiar más, me ha guiado durante la mayor parte de mi vida. Pero si grande es su ausencia, más aún lo es su ejemplo. La fe inquebrantable en Nuestro Señor Jesucristo y su Madre la Virgen María le han conducido a una entrega y sacrificio encomiables, en pos de la tarea que Dios le encomendó. Juan Pablo II es un espejo en el que mirarnos. Y será una persona que quedará profundamente enraizada en nuestra memoria y nuestro corazón.

Fernando de Armas, *abogado*

Su intimidad con Dios

Cuánto ha luchado, cuánto ha trabajado por buscar la paz, la libertad…, por los sencillos…, por la Verdad. En 1986 hice mis Bodas de Plata de vida consagrada, y celebramos la misa con el Papa en su capilla privada. Era el centenario de la fundación de la Congregación. Nos recibió en audiencia privada a las 47 religiosas que íbamos y nos saludó una por una. Estaba pendiente de todo. Cuando nos íbamos a sacar la foto de grupo, dijo: «Juntaos, que ninguna se quede fuera». Me impactó mucho el momento de la oración con él, rezaba con intensidad y recogimiento, me impresionó enormemente su intimidad con Dios. Fue un hombre que luchó mucho, trabajó en distintos ámbitos, era artista… Pero nada le llenaba, sólo la vida de oración.

F. Pastor, *religiosa*

Ejemplo de vida

Soy católica, y alrededor de mí hay mucha gente que me decía que éramos inhumanos por no dejar descansar al Papa tal y como estaba. Yo he intentado explicar que estaba dando ejemplo de lo que era la vida humana y el sufrimiento. Fue capaz de vivir cara a Dios hasta el final, y entiendo que esto puede ser muy difícil de comprender; creo que es necesario apoyarse en la oración y tener fe. De ser cristiano o católico uno no se puede jubilar nunca, hay que apoyarse en Dios y seguir el ejemplo del Papa: por muy desfavorables que sean nuestras circunstancias tenemos que seguir estando al pie de la cruz, agarrándonos a ella, que la voluntad de Dios sea para nosotros la que sea.

Esperanza V., *pedagoga*

Si él puede, nosotros también

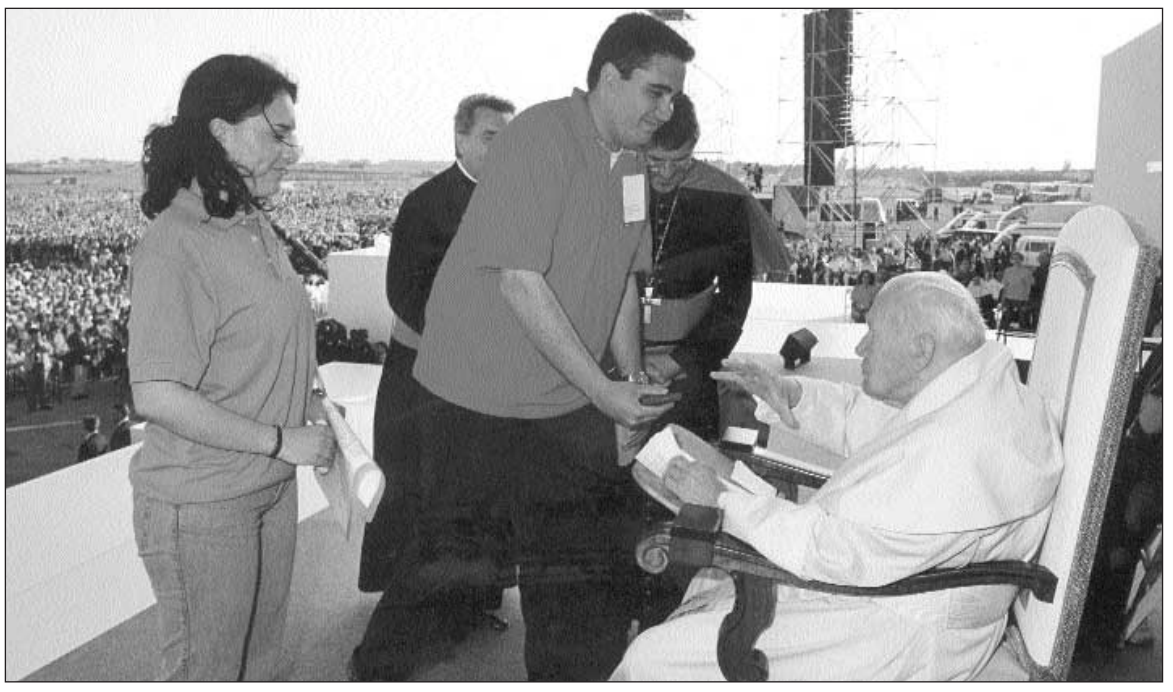
Cuatro Vientos ha marcado mi vida. En aquel momento, vi al Papa a mi lado, y lo vi como una persona de carne y hueso igual que yo; pensé que, si él podía, por qué yo no, pensé que todos los que estábamos allí podíamos, y podíamos mucho… Me transmitió mucha fuerza. Al haber sido una de las respresentantes de los jóvenes en España, me sentí con una resposabilidad mayor, y la alegría de aquella gran fiesta se me contagió y me ha ayudado a seguir siendo coherente con lo que dije y sentí en aquel momento. Yo no estaba allí por casualidad, y hoy no puedo cambiar mi modo de ver las cosas. Los jóvenes nos hemos sentido queridos y acompañados. Muchas veces a los jóvenes sólo se nos critica y todo se enfoca desde lo que tenemos que hacer. Este hombre estaba allí con nosotros sin preguntarnos nada. Me quedo con su ejemplo de vida y testimonio del Evangelio hasta el final.

Margarita Ortega, *psicóloga*

Testigo fiel en mi vida

Estos días han sido muy serenos; cuando un hombre es tan de Dios, su muerte es una vida nueva. Para mí, el Papa ha significado una llamada muy fuerte. A raíz de escucharle en París aquel «No tengáis miedo», estas palabras han ido resonando en mí a lo largo de toda mi juventud. En Toronto di mi respuesta a la vocación, y él ha sido un testigo fiel de la llamada del Señor. En Cuatro Vientos, el Señor me hizo el regalo de darle la bienvenida en nombre de los jóvenes de España. No tengo palabras para expresar lo que sentí ante el Papa. Fue una confirmación clara de que el Señor quería que respondiese como hizo el Papa a la vida de sacerdocio.

José



Marga Ortega y José saludan al Papa en Cuatro Vientos

Defendió mi dignidad

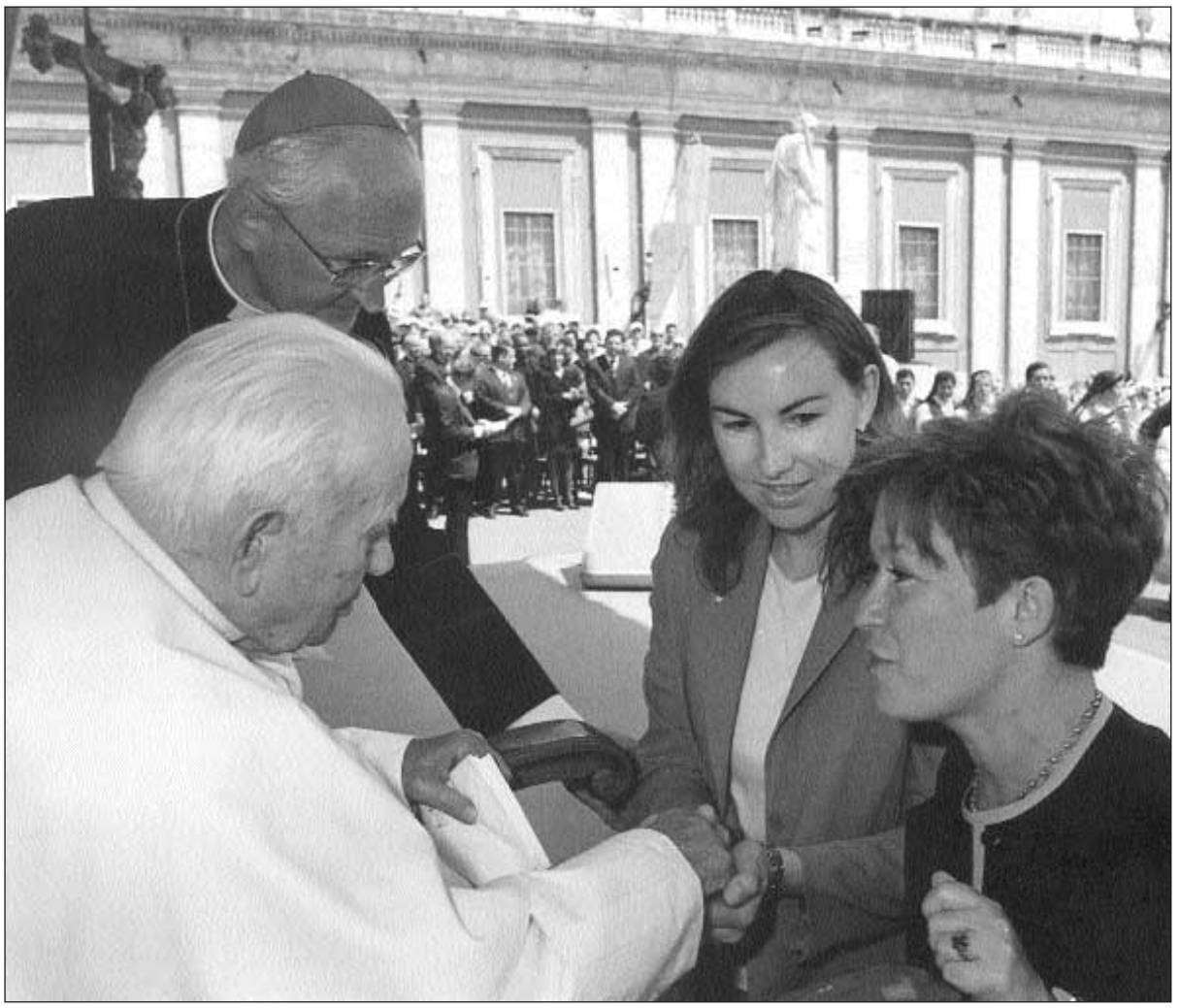
Como mujer, quiero resaltar su trabajo por defender del valor de la mujer dentro de la vida familiar. Recuerdo su Carta sobre la dignidad de la mujer. Las amas de casa estamos un poco infravaloradas, y más en esta sociedad de consumo. El Papa ha hecho mucho hincapié en la defensa de la dignidad de la mujer.

Esperanza Gómez, *ama de casa*

Deja una Iglesia joven

Conocer a Juan Pablo II, sostener su mano y mirarle a los ojos sabiendo que rezaba por mí, fue un privilegio inmerecido. Inmerecido porque hasta unos meses antes de aquel encuentro en Roma, en mayo de 2003, yo ni siquiera era creyente. Cuando en 2002 me acerqué a la Iglesia, esperaba encontrar algo en ella que me produciría rechazo. No fue así. Durante meses, leí encíclicas, Cartas apostólicas y mensajes escritos por el Papa, y sólo hallé respuestas a mis preguntas. Todas respuestas que satisfacían a la vez el corazón y la razón. Aquel mes de mayo viajé a Roma pensando que asistiría entre la muchedumbre a una Audiencia general, pero, por varias casualidades, pude saludar, con mi amiga Ana, a Juan Pablo II. Me cautivó, quise saber más de él, leí y viajé a Polonia. Recuerdo la emoción de entrar en su casa natal de Wadowice. Lo imaginaba por allí de niño correteando, ante la atenta mirada de su padre. Aunque me he perdido prácticamente todo su pontificado, me queda la alegría de haberlo descubierto con el tiempo suficiente como para comprender la bendición que ha supuesto para los católicos y para el mundo. ¿Quién más habría conseguido que el mundo entero se uniera en oración a su muerte? Jamás había visto tantos rosarios en televisión. Los medios de comunicación, que tantas veces lo vapulearon a él y a los católicos, sirven ahora de altavoz para su mensaje: que todos somos uno en Cristo. Deja una Iglesia joven, fuerte y llena de energía. Una Iglesia sin miedo. Y para los que llegamos tarde, la posibilidad de seguir aprendiendo de su riquísimo magisterio.

Victoria Martín, *periodista*



Victoria Martín y Ana Gonzalo (a la derecha), con Juan Pablo II

Me miraba a mí

Me llegó el mensaje y decidí que tenía que ir , entre otras cosas porque no había ido a ver al Papa en España, había ido a Roma. Cuando estaba en Colón, me evocó la primera vez que vi al Papa con 7 añitos, subido a los hombros de mi padre. Entonces, el Papa seguramente miró a todos, pero yo creí que me miraba a mí. Para mí es mi Papa, el único que recuerdo, es como si se hubiera ido una parte de mi vida, el Papa formaba parte de ella, era el Papa.

Camilo García, *economista*

Ha durado toda mi vida

En Inglaterra me he sentido un poco incomunicado, la cobertura no ha sido como la que se ha dado en otros países.Todos los periódicos británicos, desde los más serios a los más sensacionalistas, recogían la muerte del Papa. Hablaban de él más como persona que como líder religioso, y coincidían en su papel en la caída del comunismo, en su compromiso con los pobres, hablaban de sus viajes... Cuando me enteré, recé. Tengo 28 años y realmente ha sido el padre, el Papa, una persona que ha durado toda mi vida. Me asombra, cuando se muere alguien así, que se desvanezca todo el conocimiento: tantos viajes, tantas personas conocidas, tantas experiencias…, todo lo que acumula una persona con esa cultura y esa valía durante tantos años. Por eso a mí me parece que cada Papa es único, y siento que Juan Pablo II siempre va a ser mi Papa.

V. López, *financiero*

El hombre

Desde la visión de un agnóstico, que es en lo que me he convertido con el paso de la vida (envidio a los creyentes ...), Karol Wojtyla ha sido un ejemplo para todo el conjunto de la Humanidad, bandera de los mejores valores humanos, esperanza para los más desfavorecidos, firme acusador de las desigualdades de este nuestro mundo, ejemplo hasta el final, con su entereza personal, para los sufrientes de este mundo, que al final, somos todos. Juan Pablo II ha defendido a la familia, que hoy en nuestro país agoniza, a los jóvenes, que están perdidos en este *primer* mundo... Cuando el sábado supe que había muerto, no dudé en ir a la plaza de Colón para hacerle un pequeño homenaje, a este gran y buen hombre, las críticas que, desde los sectores más progres, llegan ahora a su papado, me parecen fuera de sitio, y algunas de ellas me parece que hacen un daño muy fuerte al mismo que las hace, por la estupidez, y falta de respeto, que encierran. Menos mal que el progresismo es otra cosa.

J. Ríos, topógrafo industrial

Un hombre humilde

Ha sido el mejor, ha sido siempre un hombre muy humilde. Se ha hecho querer por la juventud. A los jóvenes se los ha llevado de calle. Y con todo lo que ha sufrido, nos ha dado un ejemplo de fortaleza. No ha tenido una vida bonita, de color de rosa. Ha sido una vida muy complicada. El que venga ahora lo va a tener muy difícil.

Paloma Consuegra, *trabajadora*

¿Y ahora, qué?

Después del intenso fin de semana homenajeando al Papa, después de dar muchas gracias a Dios por su vida, después de recordar y tener presente todos los encuentros y Jornadas Mundiales de la Juventud, su último –e intensamente vivido por todos– viaje a España, lo primero que me viene a la mente es la pregunta: ¿y ahora, qué? Creo que el legado espiritual que nos ha dejado, traducido en un amor a Dios y a los demás, su coraje, su valentía, su fuerza de voluntad, su bondad, no puede pasar desapercibido. Ya noto en la tierra la presencia del Papa en el cielo, siento su amor, su ternura. Rezo porque siga siendo mi guía y padre espiritual, un referente, una ayuda. Ahora más que nunca le pido que, desde ese lugar privilegiado, nos vigile, y nos siga queriendo tanto, y encomiende desde el cielo a todas las personas enfermas que tenemos cerca y lejos, porque el Papa, de eso, sabe un rato.

Sonsoles de la Vega

Está vivo

Hace dos años y medio, mi esposa y yo tuvimos la inmensa suerte de ser recibidos por el Santo Padre, junto con una delegación de *Alfa y Omega*; anteriormente me dijeron que el Papa se encontraba muy mal y que seguramente no podría atendernos. Al acercarme y estrechar su mano, me fue imposible articular palabra, pero sí nos miramos, y descubrí que sus ojos despedían vida; esa mirada inundó todo mi ser para mientras viva.

Ahora he visto y oído por todos los medios de comunicación, la gente, todo el mundo, que el Papa ha muerto; yo no me lo creo porque sigo teniendo en mí su mirada. Por lo tanto está vivo.

José María Navidades Mota

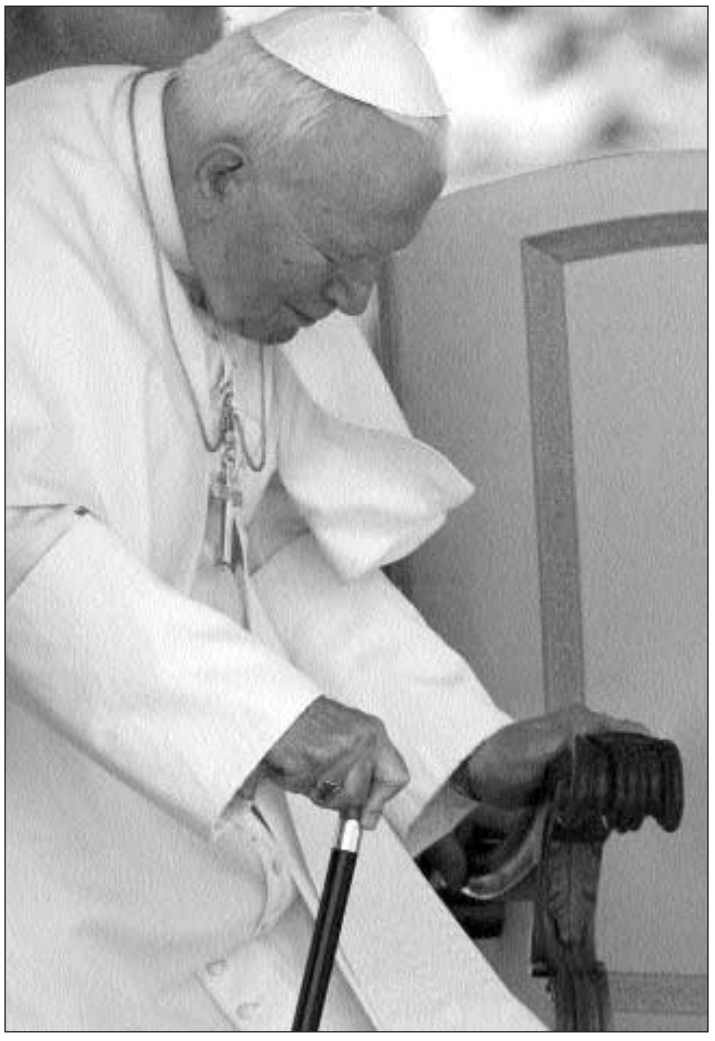
Ha dignificado el dolor

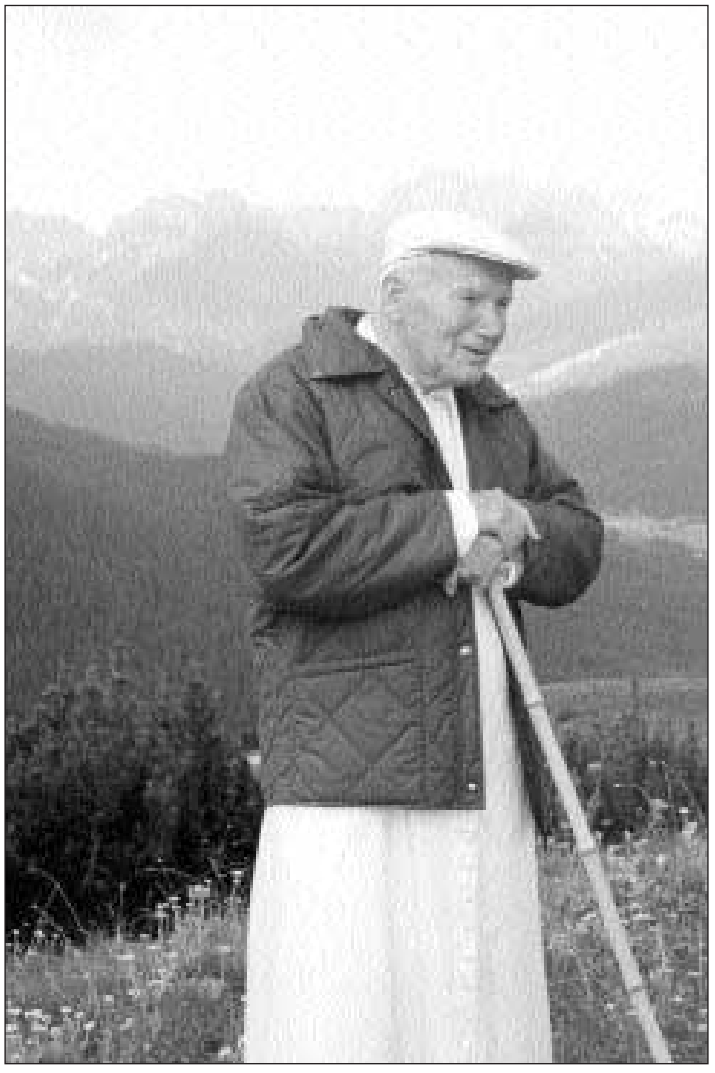
Ha llenado mi vida porque he compartido con él los veintiséis años de mi existencia. Ha dado constante testimonio de Cristo y, con su cercanía, ha enseñado que el amor de Dios está en la Humanidad. Me gustaría destacar su carisma de proximidad con la juventud. Cuando estaba entre los jóvenes, se crecía con la alegría y las muestras de cariño que recibía de nosotros.

Ha sido un Papa sufriente, que, con su ejemplo, ha dignificado el dolor. Ha llevado la Cruz de Cristo, y como un nuevo san Francisco ha vivido abrazado a ella. El Papa se ha encontrado con Aquel que da luz al mundo. Por ello, no es un momento de tristeza, sino de profunda alegría: su mirada, clavada en mi memoria, está gozosa: está viendo al Señor. A ti, mi Santo Padre, gracias. Te pido que no olvides a tus hijos, y ahora, en compañía de Nuestro Señor, sigas intercediendo por nosotros y por la Santa Madre Iglesia.

María Pazos Carretero

Desde el corazón





Me quedo con su debilidad

El sábado por la tarde, poco antes de que falleciese el Papa, don Rafael, uno de los curas de mi parroquia, decía en la homilía que cuando el Señor recibiese al Papa en el cielo, su alegría iba a ser como la que sintió el padre de la parábola del hijo pródigo. Estábamos celebrando la Eucaristía del segundo Domingo de Pascua, fiesta de la Divina Misericordia.

Estos días, todos los medios de comunicación han hablado del Papa, de su cercanía a los desheredados de la tierra, de su postura al defender cuestiones de tipo moral, de su vida de oración, de sus viajes apostólicos, de su capacidad de trabajo, de su coherencia –¡maldita palabra!– Yo me quedo con la debilidad del Papa. Decía él mismo, en su encíclica *Redemptor hominis* que Cristo muestra qué es el hombre al propio hombre. Yo creo que el Papa también ha mostrado a todo el mundo, con su dolor, cómo es el hombre. En sus últimos años –especialmente en los últimos meses– hemos asistido de cerca a su decadencia física. Creo que este sufrimiento no se puede entender sin los terribles acontecimientos que vivió en su niñez y juventud: la muerte de su madre, de su hermano, de su padre, la opresión nazi, la guerra, la dictadura comunista… *Varón de dolores* llama Isaías al Siervo sufriente, imagen de Cristo. Así ha sido también el Papa: hombre doliente. Una vez intenté leer su Carta sobre el sufrimiento, *Salvifici doloris*, pero no pude pasar de las primeras páginas. He aprendido mucho más viéndole apagarse despacio, estos últimos años. El Papa no ha sido para mí un héroe, ni un ejemplo de aguante estoico y voluntarista. El Papa ha sido un hombre profundamente enamorado de la vida, un buscador de tesoros, un amigo de Dios.

En estos días se le compara con tantos líderes mundiales carismáticos... A diferencia de ellos, él nunca quiso imponer a nadie su propia visión del mundo –«las ideas no se imponen, sino que se proponen», nos decía a los jóvenes en Cuatro Vientos–; nunca quiso vincular a nadie a sí mismo, no se ofrecía a sí mismo como salvador. Él sólo quiso llevar a los demás a Otro más grande: Cristo. Desde el principio lo presentó como el mejor amigo posible, nunca como una amenaza –«No tengáis miedo»–.

El Papa me ha enseñado a vivir en estos últimos años. Viéndole, he experimentado que sufrir es también bueno, que el dolor salva al hombre de sus limitaciones y le lleva a abrirse a Dios, a esperar de Él que le ayude y le consuele, a reconocerle como el Único que le puede salvar la vida entera. Con él, hemos aprendido a sufrir, hemos aprendido a vivir. Hoy ya no está con nosotros; el mundo se ha hecho más pequeño, pero su corazón se ha hecho más grande. Cuando era pequeño, mis padres me llevaron al encuentro con el Papa en el Santiago Bernabéu, en Madrid. Ver tanta gente aclamándolo y vitoreándolo hizo que, de vuelta a casa, dijese que yo quería ser el Papa. Hoy, años más tarde, sólo quiero ser como este Papa.

Juan Luis Vázquez

Artista de nuestro tiempo

A veces me pregunto si la serenidad y el recogimiento están reñidos con el ejercicio del periodismo. Cuestiono mi vocación cuando, en momentos históricos como el que vivimos, me cuesta salir a la calle a recoger sentires y me siento irremediablemente una más, sin autoridad para preguntar a nadie por la muerte de su padre. No es fácil informar sobre la antesala de la muerte de una persona, y sobre lo que va a suceder después; admiro profundamente a quien consigue hacerlo con la sensibilidad necesaria, porque, al fin y al cabo, hay alguien que se está muriendo, que se ha muerto, rodeado de gente querida.

Es difícil informar desde la falta de distancia, desde la falta de perspectiva que crea en uno el hecho de sentirse cerca de alguien en la lejanía. Por el ámbito periodístico en el que trabajo me he sentido cerca de Juan Pablo II en sus últimos años de pontificado, pero puedo decir que lo que me ha tocado el corazón de su vida y de su testimonio fue precisamente eso, su vida. La entrega con la que vivió su fe. Independientemente de las creecias que uno profese, siempre es admirable encontrarse con personas que dan su vida por la causa en la que creen. Juan Pablo II entregó su vida a la causa de Cristo, vivió coherentemente, con intensidad..., y eso me provoca una enorme alegría, porque hace que crezca mi confianza en el hombre y en la vocación de los seres humanos.

Nos equivocamos y acertamos cuando vivimos, y crecemos aprendiendo... La Iglesia crece aprendiendo, con los aciertos y con los errores... Dentro de todo lo criticable que alberga una persona con tanta personalidad y carisma, creo que Juan Pablo II ha tenido una capacidad extraordinaria para acercarse al mundo más allá de la fe profesada, fue un gran comunicador y, desde su origen humilde, supo exigir para los pobres y los desvalidos dignidad. Juan Pablo II fue un abanderado de la paz y enseñó al mundo lo que significa el perdón con aquel gesto maravilloso.

A veces recuerdo que fue actor cuando era joven; los que amamos el teatro sabemos que un verdadero artista no deja de serlo nunca. Fue artista de su tiempo, cambió el mundo con su vida, y con su legado es ya artífice de los tiempos venideros, mientras recordemos todo aquello por lo que trabajó y dio su vida.

Rosa Puga Davila

El Papa os quiere

Ha sido un Papa de la alegría y del dolor. De los jóvenes, pero también de los ancianos incapacitados por el parkinson, por los problemas respiratorios y los fallos del corazón. Ha sido el Papa, especialmente, de la música, del ritmo seguido inconscientemente con los pies, del teatro, del circo y de la risa. Ha sido el Papa de la paz, y de los niños no nacidos, y de los presos políticos, de la gente sin hogar. Ha sido el Papa de la exigencia, pero también de la ternura, el anciano que ya no pudo hablar, el que tuvo fuerza hasta el final, el Papa que se levantaba en misa aunque casi no pudiera sostenerse, el Papa de las nuevas tecnologías, el que improvisaba bromas en sus discursos.

Muchos periodistas han dicho, en sus encuentros con él, que cada frase que pronunciaba podría ser el titular de una noticia, por eso nos han quedado para la Historia frases eternas como «Merece la pena dar la vida por Cristo»; «Se puede ser moderno y profundamente fiel al Evangelio»; o «¡No tengáis miedo!» Nunca hubo una palabra de más, todo fue mesura y a la vez acción, frases certeras, que iban directamente al corazón del hombre.

Pero, como casi todo en la vida, fue la frase más sencilla la que se me quedó grabada para siempre. Estaba en Toronto, en la Jornada Mundial de la Juventud, del año 2002. Tras unas palabras en distintos idiomas, los hipanohablantes pudimos entender que, en medio del griterío, decía: «El Papa os quiere». Era una improvisación, y el Papa había decidido hacerla en castellano. Por eso, aquel día, las primeras palabras que escuché del Papa era que me quería, y lo cierto es que sentí que me lo decía a mí, personalmente, y que era sincero. Yo también le quiero, y le querré siempre por su ejemplo de vida, de valentía, de amor y entrega infinita al Señor y a la Providencia divina, por su atrevimiento y su seguridad al confiarnos a los más jóvenes ser la luz del mundo y la sal de la tierra, por tener tanto amor dentro de sí, por abandonarse tanto en manos de Dios. Estoy segura que, de ese abandono, provenía la fuerza que ha removido al mundo, que lo ha hecho estremecerse ante cada golpe de dolor de sus últimos días, y asistir, atónitos, a su último adiós, como un fuego que lo abrasa todo y se resiste a ser controlado.

Anabel Llamas

¡Gracias por quitarme el miedo!

Mientras grandes y chicos se daban cita en Roma para celebrar el Jubileo del año 2000, yo paseaba orgullosa mi ateísmo. Cuando los jóvenes se marchaban a Toronto, yo ya me había dado cuenta de que había algo en mi vida que fallaba, aunque aún no sabía qué era.

Un día, al pasar frente a una iglesia, vi tu foto en un gran cartel sobre el que se leía tu *No tengáis miedo*. «María, no tengas miedo», me dijiste con una claridad tal, con un tono tan seguro y tranquilizador, que sorprendió a los oídos de mi alma. Entré. Recordaba un tiempo, el tiempo de mi infancia en un colegio de monjas, en que había sido feliz. Sobre un papel, busqué las diferencias: ¿qué ha cambiado en mi vida que antes me hacía feliz y ahora siento haberlo perdido? *Dios*.

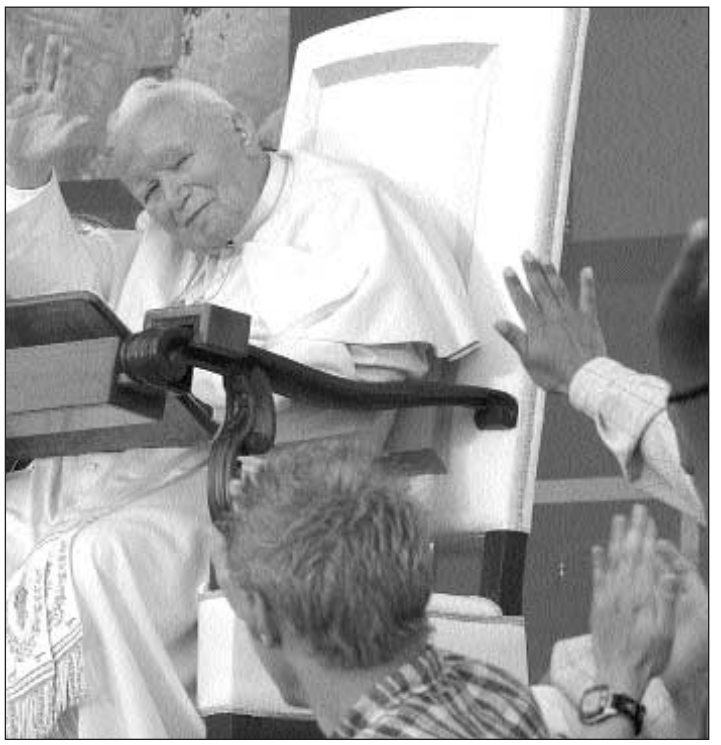
No te quiero engañar. A pesar de tu mensaje en el cartel, al principio tuve miedo, el miedo a sentirme diferente, a ser una católica en un mundo hostil, a ser descubierta, prejuzgada y marcada por la sociedad del relativismo extremo, del individualismo aislante, del pesimismo desesperanzado, de la tiranía de lo políticamente correcto.

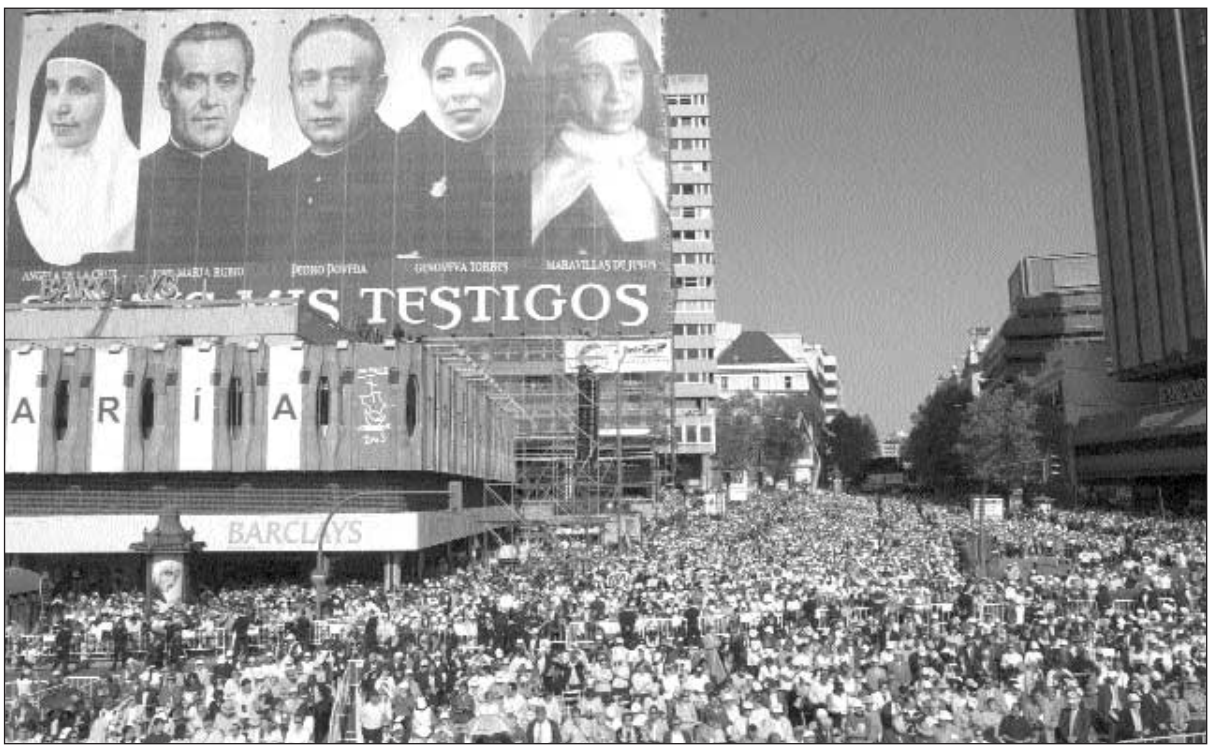
Pasó el tiempo y mi fe silenciosa y privada se fortalecía de la mano de Cristo con cada Eucaristía, y con la voz de las benedictinas que cantaban en misa cada mañana, a través de la palabra que nos has dejado como herencia en tus encíclicas, tus Cartas y tus libros. *Don y misterio*: ésa fue mi primera lectura. Descubrí en ti a un comunicador nato, de claridad periodística, un autor de esos al que no le sobra ni la falta una sola palabra.

Y quise conocerte cuando viniste a Madrid, en un momento en que tu mala salud parecía repuntar, quizá por la tan cacareada dieta de la papaya, quizá porque ver a tantos jóvenes reunidos en tu nombre y en el de Cristo era la mejor medicina. Recuerdo la mañana del domingo, cuando íbamos hacia Colón. Era tan temprano que, a pesar de ser mayo, hacía un poco de frío. Las calles estaban desiertas y yo sentía un miedo atroz. Muchas de las personas a las que conocía dormían plácidamente en sus casas. Para ellos, el Papa era sólo la cabeza visible –y enferma– de una Iglesia corrupta, enriquecida y salpicada de escándalos, una Iglesia descrita a base de tópicos de tertulia de café.

Fui a Colón con mi amiga Fátima y arropada por su familia, a la que nunca agradeceré suficiente que me acompañaran en mi primer día de reconocimiento público de mi recién recuperada fe. Sin embargo, mi sensación de bicho raro no me abandonaba. Hasta que, caminando, llegamos a Atocha. Allí, riadas –literales– de gente avanzaban por el Paseo de Recoletos hacia donde te esperamos durante horas de oración y compañerismo. Miraba a mi alrededor y pensaba: «Si yo soy un bicho raro, ¡cuántos bichos raros hay por aquí!» Apareciste, feliz, emocionado, orgulloso, fortalecido por el calor de los aplausos, del grito unánime: *Juan Pablo II, te quiere todo el mundo*. Tu rostro, tu resplandor, tu fuerza, tu expresividad lo llenaron todo. Y volviste a decirme: *María, no tengas miedo*. Entonces comprendí que la fe no es algo que dure el rato que dura una misa, que tenía que ser cristiana desde la mañana a la noche, que Jesús no me iba a abandonar jamás, que podría confiar ciegamente en Él, que no tenía que tener miedo. En vida no pude darte las gracias personalmente. Pero ahora que tenemos hilo directo contigo desde el cielo quería decirte, Santo Padre, ¡Gracias por quitarme el miedo!

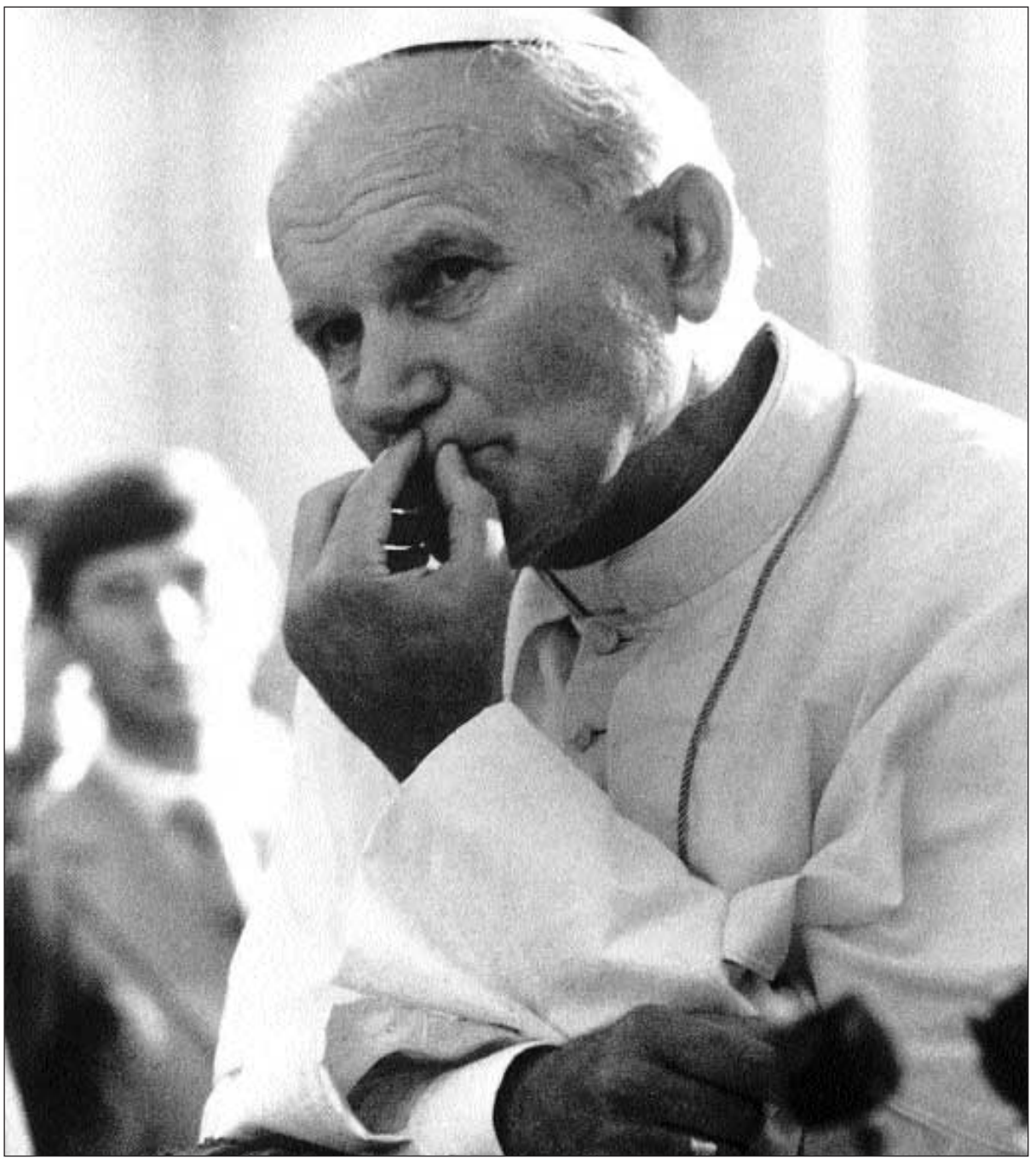
María S. Altaba





Una imagen de la misa celebrada por Juan Pablo II en la madrileña plaza de Colón el 4 de mayo de 2003

El estupor recobrado



«Ahora Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia». ¿Podemos imaginar en la mente y en el corazón de Juan Pablo II, en los últimos días de su peregrinaje en la tierra, otras palabras distintas de éstas de san Pablo a los cristianos de Filipos, escritas desde la prisión? Con el Apóstol de las gentes, no podía por menos que continuar: «Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siento apremiado por las dos partes: por una, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por la otra, quedarme en la carne es más necesario para vosotros… Lo que importa es que llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, que os mantengáis firmes en un mismo espíritu y luchéis acordes por la fe del Evangelio».

Habría quizás que callar tras estas palabras, pero el potente silencio, dolorido y lleno de amor, que con tanta fuerza llegaba al mundo entero desde la ventana del Papa sobre la Plaza de San Pedro, tan sólo seis y tres días antes de ser llamado a la Casa del Padre, en plena celebración de la Resurrección de Cristo, ha sido una fuerza arrolladora que no puedo detener. Se me agolpan las imágenes y las palabras del Papa venido *de un país lejano* que ha derribado el Muro del odio y llenado de esperanza, más allá de los propios católicos, como bien estamos comprobando estos días de su silencio clamoroso ya desde junto al Salvador, a la Humanidad entera. Su grito lanzado veintiséis años y cinco meses y medio atrás no ha cesado: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!» Ni ha cesado, ni ha dejado de multiplicar cada día su fecundidad. El poder infinito de la Divina Misericordia –¡qué detalle de exquisita ternura haberlo acogido para siempre, precisamente, en el día de su fiesta, que él mismo instituyó!– la seguirá, sin duda, multiplicando.

He aquí el secreto de toda fecundidad. Se llama Jesucristo. Los detractores, que nunca faltaron, de Juan Pablo II, cuando en pleno vigor de su potente figura atraía multitudes de jóvenes, decían que era «por el atractivo del cantante, no por la letra», tachada de anticuada y deplorable. Se han quedado sin argumentos ante el seguimiento al Papa de los jóvenes, más creciente aún, si cabe, a medida que iba creciendo el deterioro del *cantante*. ¿Cabe mayor transparencia de Cristo en la vida entera de su último Vicario en la tierra? No ha dejado siquiera un instante, de principio a fin, hasta su última Semana Santa tan fuertemente clavado a la Cruz –de la cual, lógicamente, no podía bajarse–, de remitir a Jesucristo.

Su predecesor, el Papa de tan sólo 33 días, describió de modo insuperable, que bien puede llenar un pontificado entero, la tragedia de los católicos de nuestro tiempo, y en definitiva toda tragedia de todo tiempo: el hecho de «cambiar el estupor ante la presencia de Cristo por normas y reglas». Juan Pablo II ha hecho pedazos la tragedia. Precisamente él, el Papa del nuevo Código de Derecho Canónico, es decir, de las normas y las reglas, lo que ha hecho resplandecer, curiosamente, de modo más insuperable aún, es ese *estupor* que parecía perdido. No se trataba de ninguna alternativa. Sencillamente, sin Cristo en el centro, en el principio y en el fin, todo se convierte en nada, y hechos una sola cosa con Cristo todo se llena de vida y de sentido pleno. El «¡Abrid las puertas a Cristo!» del inicio de su pontificado, ¿no era la inequívoca proclamación de ese *estupor* que nos salva? Lo expresó con meridiana claridad en su primera encíclica, la llamada, y con toda razón, *programática:* «El profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizá aún más, *en el mundo contemporáneo.* Este estupor, y al mismo tiempo persuasión y certeza, que en su raíz profunda es la certeza de la fe, pero que de modo escondido y misterioso vivifica todo aspecto del humanismo auténtico, está estrechamente vinculado a Cristo».

También se lo pude escuchar la primera vez, hace justamente veinte años, que tuve la gracia de sentir sus manos estrechando las mías y bendiciéndome. Llegaba precipitadamente, sudoroso –ese día tenía examen en la universidad y había sido adelantada la hora de la audiencia papal a los más allegados al recién creado cardenal Suquía–, y mirándome a los ojos me dijo: «¿De dónde vienes?» –«De hacer un examen, Santo Padre». –«¡Qué, ¿de conciencia?!» Tras explicar que se trataba de la lengua aramea, alabó lo importante de conocer bien la Sagrada Escritura, y añadió: «Pero más importante es la conciencia, no lo olvides». No lo he podido olvidar. Sus gestos y sus palabras no han dejado de recordármelo. La conciencia de quién soy, del valor sagrado de toda vida humana, imagen viva de Cristo, de la Presencia que me llena cada día más de ese estupor recobrado, fuente inagotable de esperanza, de alegría y de libertad.

Alfonso Simón

Tercer Domingo de Pascua

¡Quédate con nosotros, Señor!

Le reconocieron al partir el pan. Sin duda, como siempre que narramos un hecho decisivo en nuestra vida, también aquí los cristianos que contaron aquella aparición de Jesús resucitado ya sabían que la Eucaristía era el momento privilegiado de la presencia de Cristo entre nosotros. Y dejaron que el aroma de esa certeza se insinuase levemente en el relato. También tenían muy clara la conciencia, por el testimonio de los apóstoles y por lo que ellos mismos habían vivido junto al Señor, de que lo más importante –en realidad, lo único necesario– era esa presencia de Cristo, «el único nombre que nos ha sido dado bajo el cielo para que podamos ser salvos». Y por eso también resuena ese dramatismo en la súplica de aquellos dos que le encontraron, sin esperanza y sin darse cuenta al principio de lo que estaba pasando, camino de Emaús: «¡Quédate con nosotros, porque atardece, y el día va de caída!»

¡Qué difícil es no escuchar estas palabras, y todo este Evangelio, a la luz de lo que la Iglesia está viviendo! En los miles de vigilias, de celebraciones, de gestos espontáneos de oración, en las incontables lágrimas de gratitud y de súplica que ha suscitado en todo el mundo la muerte de Juan Pablo II, hay latente una súplica similar, si no idéntica, a la de aquellos dos discípulos de Emaús: «¡Quédate con nosotros, Señor!» Huérfanos, ésa es la palabra. Afloraba en los labios, se podía leer en mil rostros. Huérfanos, ésa es la experiencia humana inmediata, para millones de hombres, de la pérdida de Juan Pablo II.

Juan Pablo II ha sido –y mucho más allá de las fronteras visibles de la Iglesia– un icono vivo de Cristo, el Hijo de Dios. De ese modo hacía experimentable la paternidad de Dios, esa paternidad que hace del mundo un hogar, y cuya ausencia lo convierte en una jungla inhóspita. Hasta en su enfermedad y en su muerte, Juan Pablo II nos daba su vida. Como hace un padre. Y en su vida, nos daba a Cristo. Y ese don, esa presencia, daba confianza y energía para acometer la Historia. Por ello su ausencia, por un momento, da vértigo. Porque sin Cristo todo hace agua. La vida de cada uno, la vida cotidiana, su sentido y su dirección, parecen volverse inciertos. La súplica expresa el anhelo y la necesidad de Cristo: «¡Quédate con nosotros, Señor!»

Y, sin embargo, no estamos huérfanos. «Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo». Dios es fiel, y no deja de cumplir sus promesas. Mientras damos gracias a Dios Padre por Juan Pablo II, y mientras le pedimos por el nuevo Papa, para que su ministerio nos sostenga a todos en la comunión y en la fe, hoy y siempre, está *la fracción del pan*. Está la Eucaristía, el don del cuerpo y de la sangre de Cristo, de cuya verdad, por medio de la sucesión apostólica, también el Papa es garante. A través del Papa, como en la Eucaristía, es Cristo quien hace nacer y crecer, y quien sostiene, a este pueblo, nacido de su costado abierto. Es Cristo quien guía la nave de la Iglesia.

+ Javier Martínez
arzobispo de Granada

Evangelio

Dos discípulos iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación traéis?» Uno de ellos, Cleofás, le replicó: «¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabes lo de Jesús el Nazareno, que fue profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, y no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron». Entonces Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?» Y les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: «Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Lucas 24, 13-35

Esto ha dicho el Concilio

El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades de la vida encuentren en Cristo su fuente y su corona. El que es *imagen de Dios invisible* es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega ibérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: «El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí». Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido.

Constitución *Gaudium et spes*, 22

Cuando un amigo se va...

Ésta es la página que jamás hubiera querido escribir: lo hago con lágrimas en los ojos y en el corazón. Juan Pablo II ha muerto; mejor dicho, ha llegado a la plenitud de la vida en las manos misericordiosas de Dios, nuestro Padre. A las 21:37 del primer sábado pascual de abril, su grandioso y resistente corazón ha dejado de latir. Ha emprendido el viaje más importante y definitivo, no sólo de su pontificado, sino de su vida: el viaje gozoso y confiado hacia la Casa del Padre. El querido Juan Pablo II, que forma parte de nosotros, de nuestra vida, ya se ha encontrado, *Totus tuus*, con nuestra Madre y Señora, la Virgen María. La humanísima e irreprimible tristeza por el adiós temporal a este maravilloso padre y amigo que se ha ido, pero que queda para siempre en la Iglesia, cede el paso, en este momento, a la más sincera y rendida acción de gracias a Dios por el regalo insuperable que ha sido para todos su vida, su persona, su altísimo magisterio espiritual, su inexhaurible capacidad de querer y de darse a los demás, de ser tan grande y a la vez tan cercano a todos cada día.

Lúcido, consciente, sereno, fuerte hasta el último aliento, Juan Pablo II ha combatido ejemplarmente su última batalla, que naturalmente, providencialmente, ha ganado también, y ya, para siempre. Bien puede decir con san Pablo: «He combatido la batalla, he concluido la carrera, he mantenido la fe». Su alma prodigiosa ha llegado ya a las manos del Creador y a la caricia y al regazo acogedor de la Virgen. A la vez que un indescriptible sentimiento de orfandad invade los corazones de los seres humanos de toda raza, religión, edad y condición en todos los rincones de este mundo que tanto amó, una sensación confortadora de serena y firme esperanza consuela también a todo hombre de buena voluntad.

No puedo menos de recordar, en este momento, la última vez que, personalmente, pude mirarle a los ojos y besar sus manos: recibía al equipo de *Alfa y Omega*, con ocasión de nuestro décimo aniversario. Hubiera querido decirle, tantas cosas, pero sólo pude articular, profundamente conmovido, estas palabras: «Santo Padre, gracias por su vida...» No pude decir más. Son palabras que espontáneamente resurgen ahora más sentidas que nunca, en este día, en el que el mundo ha perdido sin duda a la persona de mayor autoridad moral universal. El mundo de hoy es mucho más indigente y menesteroso que el de ayer. Decía un muchacho que rezaba, a las 4 de la mañana, en la Plaza de San Pedro, mirando hacia arriba: «No sé siquiera cuál es su ventana, pero he sentido la necesidad ineludible de venir aquí, a rezar, a estar cerca de él. Sin él, nuestro mundo va a estar mucho más necesitado...» Un gran faro se ha apagado.

Juan Pablo II, el Magno, amó a la Iglesia y al mundo. Vivió con la misma ejemplar dignidad su fortaleza y su debilidad. Engrandeció y enriqueció al mundo y a la Iglesia, a la que puso en hora conciliar verdadera. Recuerdo la muerte de Juan XXIII, de Pablo VI, de Juan Pablo I. La de Juan Pablo II –¡cómo supo ser, a la vez, Juan y Pablo!– crea una inmensa expectación: todos los continentes, todas las culturas certifican la grandeza del privilegiado, inconmensurable espíritu de este gigante de nuestro tiempo que ha afrontado tres grandes desafíos planetarios: el abatimiento del Muro (hubiera querido abatir todo muro, convencido de que lo que hace falta son puentes, no muros); la reducción de la brecha Norte-Sur (*No hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón*); y el logro de evitar una lucha de civilizaciones. Sin Juan Pablo II la historia del siglo XX y XXI hubiera sido otra: y la Iglesia católica, también. En aquel trágico 11-S de Nueva York fue el único que alzó la voz para evitar que se confundiera a todo el Islam con el terrorismo, y en la guerra de Iraq, el único que hizo saber al mundo islámico que aquella no era una guerra de Occidente contra el Islam.

El Papa del «¡No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo!», el Papa del esplendor de la Verdad, el Papa del hombre, el Papa de la mujer, el Papa de la familia, el Papa del trabajo y de la doctrina social, el Papa de la fe y de la razón, el Papa que jamás rechazó un reto, el Papa de María, el que quiso y no pudo estar en Pekín y en Moscú, pero estuvo en el resto del mundo, el Papa mediático, el Papa líder natural de los jóvenes, el Papa de la civilización del amor y de la nueva evangelización, el atleta inmovilizado, el políglota enmudecido, el Papa de los derechos humanos, el Papa de la vida y de la libertad, el Papa para quien España era su madre espiritual, el Papa de los niños, el Papa de los ancianos («La vejez no es un tiempo para encerrarse en sí mismo»), el Papa del diálogo, el Papa del sufrimiento, el Papa de todos que se entregó incondicionalmente sin reservas al servicio de todos, se nos ha ido en esta inolvidable Pascua florida del 2005. Jamás nunca ser humano alguno dio la mano, a tantos seres humanos como él. Jamás Papa alguno fue tan andariego, tan testigo y tan maestro a la vez. ¡Qué ridículos aparecen, en esta hora, los escuálidos clichés conservador-progresista! Su grandeza ridiculiza tantas mezquidandes miserables sobre él y contra él.

Desde que la temida noticia de su muerte sacudió como un latigazo de emoción contenida la columna vertebral de la Iglesia y del mundo, una riada humana afluye minuto a minuto a la Plaza Mayor de la cristiandad; es como un goteo incesante y agradecido de lágrimas: hay matrimonios ancianos cogidos de la mano, jóvenes que se abrazan llorando, religiosas, cardenales, sacerdotes, niños con sus padres y abuelos, la Iglesia universal en sintonía formidable con su padre y maestro; y también judíos, musulmanes, budistas, no creyentes. Hay una oleada incontenible de gratitud a este ser humano excepcional, que, hasta su último día, quiso concelebrar la Eucaristía, rezar el *Vía Crucis*, santiguándose a cada estación y abrazándose a su Cruz salvadora. En su lenta y conmovedora agonía, nos ha dicho: «Os he buscado. Ahora vosotros habéis llegado hasta mí. ¡Gracias! y amén». Es maravilloso que su

última palabra, en la víspera del Domingo de la Divina Misericordia, haya sido *gracias*. La nuestra hacia él no puede ser otra por haber sido un batallador montañero que ha luchado y nos ha enseñado a luchar con el arma menos convencional y más poderosa de la tierra: el amor.

Morir, querido Juan Pablo II, sólo es morir. Morir se acaba. Ya se ha acabado. El *Algo se muere en el alma cuando un amigo se va*, que tanto le gustaba a este Papa escuchar en Sevilla o en Roma, se convierte para siempre en *Algo renace en el alma cuando un amigo se va. ¡What a wonderful day!*, le han cantado los negros en sus *spirituals*. Que la paz del descanso eterno en Cristo inunde a este Papa del «Jamás la guerra será santa; sólo la paz es santa». Y que la luz perpetua de la Pascua brille siempre para él. El Papa ha muerto. Cristo ha resucitado, y también Karol Wojtyla resucitará con él. Ante el estupor del misterio sólo cabe el silencio y la plegaria. Es lo que, conmovido, en esta hora histórica para la Iglesia, hace un mundo que, como él decía, «necesita el dolor del Papa». Siento, en esta hora inolvidable, la misma serena tristeza, y la misma esperanzada ternura que cuando murió mi padre. ¡Gracias, querido Juan Pablo II, por haberme confirmado en la fe y en la esperanza! Gracias por habernos dicho con tu palabra y con tu vida, al cruzar el umbral de la esperanza y llegar al esplendor de la verdad, «¡No tengáis miedo!»

Miguel Ángel Velasco

Un *Hasta luego* a Juan Pablo II: así lo ven los niños

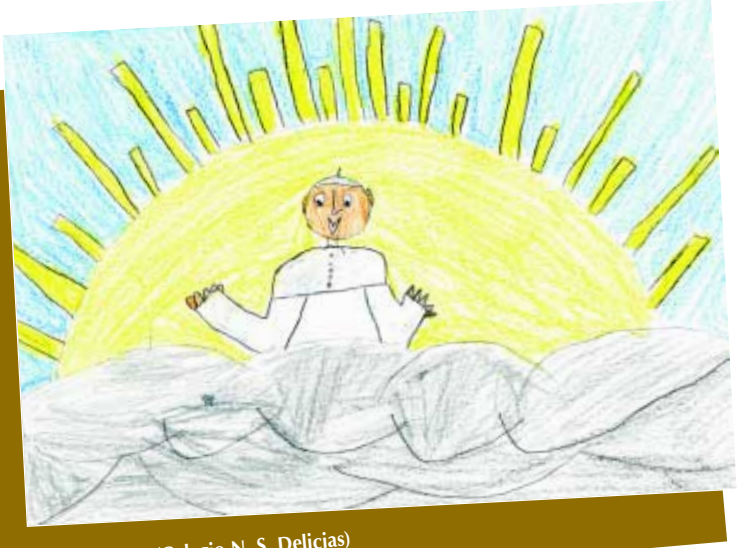
Gracias; Te queremos; Nunca te olvidaremos...

Gracias; Te queremos; Nunca te olvidaremos… son los sentimientos que los niños han querido expresar en estos momentos. Estos dibujos pertenecen a niños de edades comprendidas entre los que cursan 1º y 6º de Educación Primaria, de los colegios Nuestra Señora de las Delicias, de Madrid, y Colegio Internacional Kolbe, de Villanueva de la Cañada (Madrid)

Pilar Pérez García, 5º EP (Colegio N. S. Delicias)

María Uruburu, 5º EP (Colegio N. S. Delicias)

Lourdes Mel Ramírez, 5º EP (Colegio Internacional Kolbe)



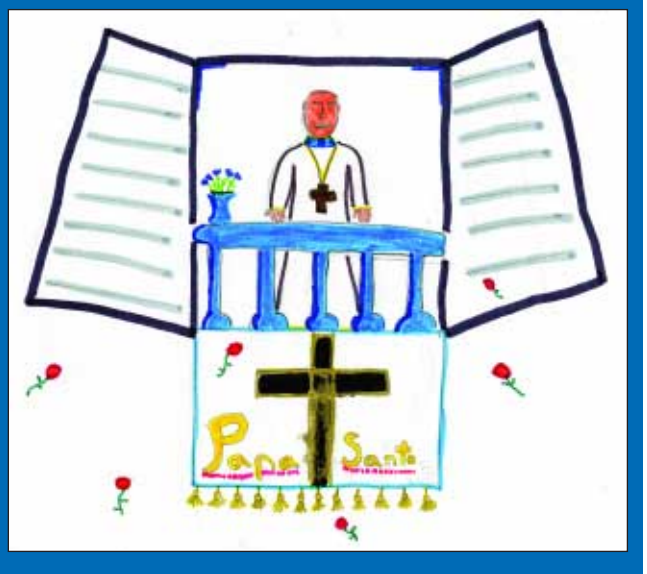
Alberto Serrano, 1º EP (Colegio N. S. Delicias)

Pablo Baamonde Soengas, 5º EP (Colegio Internacional Kolbe)

Gonzalo Hernández, 5º EP (Colegio Internacional Kolbe)

Mónica Llabrés, 5º EP (Colegio Internacional Kolbe)

Nuria Lozano Navarro, 5º EP (Colegio N.S. Delicias)



Ana Cordón de León, 5º EP (Colegio Internacional Kolbe)

Cristina Pérez Rivas, 6º EP (Colegio N. S. Delicias)

Padre nuestro que

estás en el cielo...

El Papa que vino del Este

Con motivo del viaje que realizó Juan Pablo II a Tierra Santa, en el año 2000, un rabino americano afirmó: «Será un viaje extraordinario por ser quien es. Es un hombre que ha hecho más contribuciones a las relaciones entre católicos y judíos que ningún otro Papa de la Historia, corrigiendo dos mil años de historia torcida, y ha sido capaz de hacerlo única y simplemente por ser quien es». Una afirmación que se puede aplicar a todo lo que hizo. El Papa, además de Vicario de Cristo, era un hombre cuya historia personal condicionó, como le ocurre a todo el mundo, sus obras. Juan Pablo II no se puede entender sin Lolek y sin Karol Wojtyla; pero, ¿quiénes eran ellos?

Juan Pablo II, en los Alpes Dolomitas (Italia), en el verano de 1996

El nombre de Karol Wojtyla sí nos resulta familiar: un joven sacerdote polaco que ascendió rápidamente por la jerarquía eclesial para, más tarde, ser elegido Papa para sorpresa de muchos. Lolek, hijo de un militar, nació el 18 de mayo de 1920 en un país, Polonia, que acababa de renacer como nación moderna tras la primera guerra mundial. Pasó su infancia entre su casa, un hogar profundamente católico, que pronto quedó marcado por la muerte de su madre y de su hermano mayor; el colegio, donde siempre destacó por su inteligencia, su afán de saber y su inclinación a la filosofía; y las calles de su ciudad natal, Wadowice, una ciudad medieval rodeada de montañas y de campo, en cuyas calles solía jugar al fútbol con sus amigos, católicos y judíos. Pues bien, Lolek, Karol y Juan Pablo son la misma persona, para quien el papado no supuso una ruptura de aquella historia que se empezó a forjar en un hogar humilde, desde cuyas ventanas se veía la iglesia de Santa María.

A pesar del clima que se estaba empezando a vivir en Europa, tanto sus padres como su párroco siempre enseñaron a Lolek que el antisemitismo no era cristiano, algo que quedó grabado a fuego en él. Un amigo suyo, que lo fue durante toda su vida, contaba cómo siempre que jugaban al fútbol católicos contra judíos, y no había suficientes niños judíos, Lolek se ofrecía voluntario para rellenar los huecos. En otra ocasión, cuando este amigo, que era judío, entró a buscarle a la iglesia donde era monaguillo, y una mujer le reprochó su presencia allí, Lolek le tranquilizó más tarde diciéndole: «No debería haberte dicho eso. Todos somos hijos del mismo Dios». Por esa misma razón aceptaba las invitaciones de sus amigos a acompañarles a la sinagoga.

La familia: su *primer seminario*

Asimismo, asimiló de forma natural la profunda religiosidad que se vivía en su casa, donde, como en toda Polonia, la Virgen ocupaba un lugar primordial. Con tan sólo ocho años perdió a su madre, y sorprendió a los profesores cuando, después de sacarle de clase para darle la mala noticia, respondió: «Era la voluntad de Dios». Tres años después, su hermano, que era médico, se contagió de la escarlatina mientras intentaba salvar a un paciente, y murió. Desde que se había ido a estudiar fuera, Lolek pasó a dormir en la misma habitación de su padre, a quien él mismo definiría más tarde como *un hombre profundamente religioso*. «Yo solía despertarme por la noche –dijo más tarde–, y le encontraba de rodillas, rezando. Su ejemplo fue, de alguna forma, mi primer seminario, una especie de seminario doméstico». Lolek crecía, y nunca dejó de conseguir las mejores notas en clase. Con el tiempo, y a pesar de no haber sido nunca el típico *empollón*, su espíritu curioso, su inclinación a la filosofía y su facilidad para la oratoria le hicieron destacar. Empezaron a surgir voces que le animaban a ingresar en el seminario, incluidas la de su padre y la de Adam Stefan Sapieha, arzobispo de Cracovia, que, impresionado por un discurso que pronunció el joven durante una visita suya al colegio, pidió conocerle. Más tarde, Sapieha se convertirá en su mentor.

Vocación en la clandestinidad

Sin embargo, los planes de Karol Wojtyla iban por otros derroteros. Había entrado en un grupo de teatro, actividad que le apasionaba, y se trasladó con su padre a Cracovia para comenzar sus estudios universitarios de Filosofía y Literatura. Un año después de entrar en la universidad, los nazis invadieron Polonia y comenzó la segunda guerra mundial. Para evitar la deportación a un campo de trabajos forzados, Karol empezó a trabajar, primero en una cantera y luego en una fábrica de sosa cáustica. Mientras veía cómo muchos de sus amigos judíos desaparecían, y poco antes de la muerte de su padre, entró a formar parte de un grupo de teatro clandestino. Paradójicamente, después de todos los consejos que había recibido, fue en este período de peligro en el que, no sólo los judíos, sino también los sacerdotes católicos y los intelectuales, eran perseguidos y eliminados, cuando la vocación sacerdotal del joven Karol Wojtyla comenzó a tomar forma. Pidió en tres ocasio-

Al igual que durante su pontificado, los jóvenes siempre ocuparon un lugar primordial en su agenda. Incluía marchas por las montañas y debates

El sacerdote Karol Wojtyla, hacia 1950

nes que se le permitiera entrar en un monasterio de vida contemplativa, permiso que le fue denegado, porque el arzobispo Sapieha, consciente de sus dotes, juzgaba más conveniente otro camino. En octubre de 1942 fue uno de los diez primeros jóvenes que ingresaron en el seminario clandestino, y en la también clandestina Facultad de Teología de la Universidad de Cracovia. No había elegido un camino fácil, y no olvidará aquel *Domingo Negro*, en el que 8.000 hombres y muchachos fueron apresados y enviados a campos de concentración, o ejecutados. Sólo la Providencia impidió que los soldados nazis, que recorrieron la ciudad casa por casa, dejaran una casa en particular sin entrar en el sótano, donde un joven seminarista, llamado Karol, rezaba temblando de miedo. Sin embargo, siguió adelante y recibió las dos primeras Órdenes menores en diciembre de 1944, apenas un mes antes de que los rusos liberaran Cracovia. En diciembre de 1945, recibió las otras dos Órdenes menores. Un año después, y con un intervalo de doce días, fue ordenado diácono (20 de octubre) y sacerdote (1 de noviembre de 1946).

Casi inmediatamente dejó Polonia para continuar sus estudios en Roma. En poco más de dos años, terminó la licenciatura en Teología, el doctorado en Filosofía y, ya de vuelta en Polonia, el doctorado en Teología. También había recibido su primer encargo como sacerdote, la parroquia rural de Niegowic, sin agua corriente ni electricidad. Algunos de sus amigos creyeron que monseñor Sapieha quería hacerle pasar por una prueba de fuego, pero nunca hizo nada que dificultase o impidiese su carrera. Durante los siete meses que duró su estancia allí, además de encargarse de la parroquia, viajaba de una aldea a otra para visitar las escuelas, y consiguió organizar un grupo de teatro para jóvenes.

El sacerdote y los jóvenes

Al igual que durante su pontificado, los jóvenes siempre ocuparon un lugar primordial en su agenda. En su siguiente destino, la parroquia de san Florián, trabajó de forma regular con jóvenes universitarios, trabajo que incluía marchas de hasta tres semanas por las montañas y debates sobre religión, filosofía y ética de la sexualidad y el matrimonio. Con la llegada del comunismo a Polonia se había prohibido a los sacerdotes dirigir grupos de jóvenes, por lo que, en sus actividades con ellos, vestía como un seglar y los jóvenes le llamaban *tío* en vez de *padre*. Al endurecerse la persecución contra los sacerdotes católicos, el padre Wojtyla recibió el encargo de interrumpir sus deberes sacerdotales durante dos años para continuar sus estudios. El arzobispo Baziak, a quien el difunto arzobispo Sapieha había encargado que siguiera la carrera del sacerdote, promocionaba así su carrera, al tiempo que le protegía, en parte, de la persecución. Durante los años siguientes compaginó los estudios –otra vez clandestinos a partir de 1954–, la escritura, el deporte y las actividades con jóvenes. Al poco tiempo empieza a dar clases de Ética en la Universidad Católica de Lublin, otra vez cerca de los jóvenes.

En una convivencia con jóvenes estaba cuando, el 4 de julio de 1958, el arzobispo Baziak le pidió que volviera a Cracovia para comunicarle su nombramiento como obispo auxiliar. Una vez recibida la noticia, pidió permiso para volver a la convivencia. La ordenación episcopal se celebró el 28 de septiembre del mismo año. Es el primer paso de una rápida ascensión, a la cual, incomprensiblemente, los líderes comunistas no pusieron ningún obstáculo, a pesar de que en ningún momento ocultó sus ideas. Su época de obispo no es más que un preludio, una vez más, de lo que será su pontificado. Un aspecto muy claro es el de los viajes. Todo el mundo sabe que Juan Pablo II ha sido el Papa que más ha viajado. Lo que quizá no sepan tantos es que, antes de ser Papa, ya había estado en siete países europeos (incluidas las dos Alemanias), y en Tierra Santa, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Guinea y Filipinas.

El cardenal Wojtyla

Cuando Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, el obispo Wojtyla recibió la noticia con entusiasmo. Fue de los primeros en enviar una orden de trabajo a Roma, y también uno de los catorce obispos polacos que asistieron (el régimen comunista impidió que otros once salieran del país). Durante las sesiones de trabajo, se alineó en muchos aspectos con los reformistas, y sorprendió la presencia de varias mujeres entre sus ayudantes. Karol Wojtyla contribuyó decisivamente al desarrollo del Concilio: colaboró en la redacción de la Constitución *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo; promovió cambios en la política de censura de la Iglesia –gracias a los cuales las obras de Kant y Defoe, entre otros, dejaron de estar prohibidas–; defendió una Iglesia en la que el papel de los laicos estuviera más reconocido y alentado; fue uno de los autores de la sección del Decreto *Nostra aetate* en la que se exculpaba al pueblo judío de la responsabilidad en la muerte de Jesús; y, asimismo, invitó a la Iglesia a involucrarse en la defensa de los derechos humanos y a buscar solución a los problemas del mundo, y no sólo a los de los católicos, para evitar convertir su mensaje en el *soliloquio de una Iglesia aislada*. No es de extrañar que, ya siendo Papa, uno de sus mayores empeños haya sido realizar, consolidar y recordar el legado del acontecimiento eclesial más importante del siglo. Esta labor también hizo que comenzara a ser conocido entre la jerarquía eclesial, aunque para el gran público siguiera siendo uno más.

A lo largo del pontificado de Pablo VI, de quien fue amigo y confidente, y a quien ayudó a redactar la encíclica *Humanae vitae*, su carisma se fue haciendo evidente y su prestigio iba en aumento. El 28 de junio de 1967, ese mismo Papa le crea cardenal de la Santa Iglesia católica y, nueve años más tarde, fue el elegido para dirigir en Cuaresma los Ejercicios espirituales del Papa en Semana Santa. Durante esos años, su vida transcurrió entre Roma, Polonia y los luga-

El Papa con Lech Walesa, en julio de 1983

res a los que le llevaban sus visitas pastorales –ya mencionados antes–. Además, también se dedicó a estudiar idiomas, llegando a dominar ocho, lo que le fue tremendamente útil después. Sin embargo, nunca dejó de sentir a Polonia como su hogar, ni aun después de su traslado definitivo a Roma como Papa. Uno de los viajes más importantes al Vaticano fue el que realizó en agosto de 1978, para participar en el Cónclave que eligió a Albino Luciani, Juan Pablo I, como sucesor de Pablo VI. Aunque su pontificado duró sólo 33 días, una de las pocas cosas que tuvo tiempo de hacer fue elegir al cardenal Wojtyla como consejero.

Poco después se produjo un viaje todavía más importante a Roma. El entonces cardenal Wojtyla, cuando murió Juan Pablo I, se encontraba en la República Federal de Alemania, país que tuvo que dejar para asistir al funeral del Papa y formar parte del Cónclave. Tras la problemática etapa final del pontificado de Pablo VI y la prematura muerte de Juan Pablo I, un cambio se fue gestando entre los cardenales presentes en el Cónclave. Por mera estadística, era fácil de suponer que el nuevo Papa sería conocido de los cardenales italianos, que eran mayoría, aunque no tan amplia como se pudiera pensar. Sin embargo, a lo largo de las ocho votaciones, repartidas en dos días, un obispo joven y vital, procedente de Europa del Este, se fue perfilando como el mejor candidato, hasta que, finalmente, alcanzó la mayoría necesaria para ser elegido: dos tercios de los votos más uno.

El Papa que vino del Este

Cuando, tras la aparición de la fumata blanca, se pronunció un nombre extranjero, la multitud reunida en la Plaza de San Pedro quedó sumida en el desconcierto. Sin embargo, éste desapareció cuando, en sus primeras palabras como Papa, Juan Pablo II –nombre que escogió como homenaje a sus tres predecesores inmediatos– pidió, en perfecto italiano, que le corrigieran si cometía algún error lingüístico, a la vez que lanzó ese grito lleno de esperanza que no dejaría de repetir a lo largo de su pontificado: «¡No tengáis miedo!... ¡Abrid las puertas a Cristo!»

Aun así, poco se sabía de él. La revista *People* le nombró una de las 25 personas más intrigantes del año 1978. Luego, poco a poco, se empezó a saber más de él: era un hombre deportista, con una capacidad de trabajo asombrosa. Siempre combinó perfectamente la seriedad y el buen humor, y aunque quería ser *testigo de esperanza*, no por ello dejó de decir nunca las cosas claras y de expresar sin reparos la posición de la Iglesia. Pronto también destacó como intelectual, aunque quienes lo conocieron afirman que combinaba esta faceta racional, rigurosa y cultivada, con la fe sencilla del pueblo. Con el tiempo, ha llegado a ser el Papa más viajero, más mediático, el primero cuyo mensaje ha sido verdaderamente global, y el que ha llevado a los altares a más Beatos y santos –más que en los cuatrocientos años anteriores–.

Un pontificado para la Historia

A quien haya leído hasta aquí no pueden sorprenderle las distintas direcciones que tomó el pontificado de Juan Pablo II: implicación en la defensa de la dignidad y los derechos humanos y en la solución de los problemas del mundo trabajando intensamente en favor de la paz, esfuerzo continuo por mantener y extender el legado del Concilio Vaticano II, apuesta decidida por el ecumenismo, afán de visitar y llevar la Buena Noticia a todos los rincones de la tierra, y una dedicación especial a los jóvenes; sin olvidar,

El Papa de las primeras veces

Juan Pablo II ha sido el primer Papa no italiano en 455 años, y el más joven desde 1846. Un inicio más que prometedor para un Papa que no ha dejado de hacer cosas que ningún Papa antes había hecho.. Juan Pablo II ha sido…

- el primer Papa eslavo;
- el primer Papa en visitar la Casa Blanca;
- el primer Papa en hacer público un informe financiero de la Santa Sede (el del año 1986, publicado en marzo de 1988);
- el primer Papa en enviar a una mujer como cabeza de una delegación de la Santa Sede (fue en septiembre de 1995, a la IV Conferencia de la ONU sobre la Mujer);
- el primer Papa en firmar un documento importante fuera del Vaticano (la Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Africa*);
- el primer Papa en mandar un documento por correo electrónico (la Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Africa*);
- el primer Papa que ha beatificado a un gitano, a un mártir del comunismo, a un matrimonio y a un indígena;
- el primer Papa que, en un mismo año, celebra tanto la Misa del Gallo de Nochebuena, como el mensaje de Navidad y la bendición *urbi et orbi* en la Plaza de San Pedro (con motivo del Jubileo del año 2000);
- el primer Papa en cruzar el umbral de una mezquita, y de una sinagoga
- el primer Papa que ha rezado en la basílica de San Pedro con dos obispos luteranos, desde la Reforma.

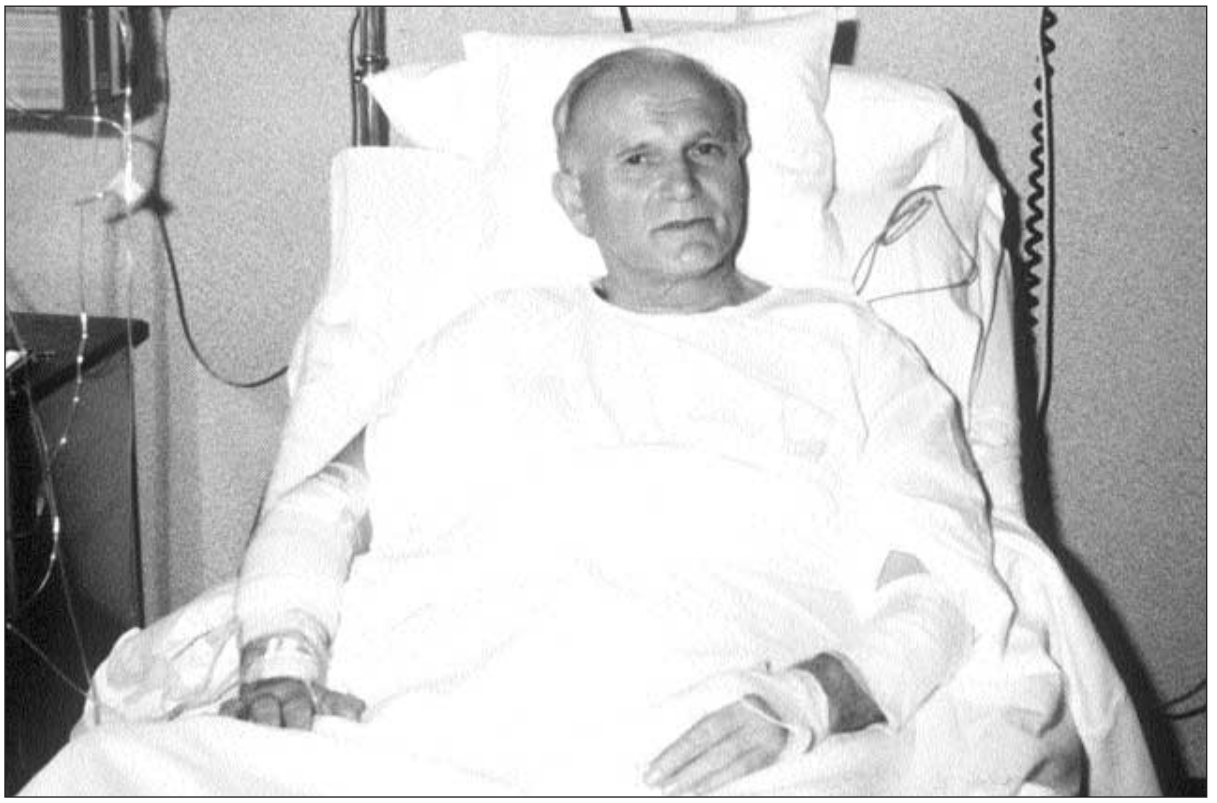
por supuesto, su magisterio –catorce encíclicas, más Cartas y Exhortaciones apostólicas, Constituciones, Bulas y discursos leídos en sus viajes y actos públicos–. Afrontar del modo que lo hizo todo este inmenso campo de acción explica muy bien el hecho de que estuviera especialmente consagrado y se encomendara plenamente al ser humano que más cerca estuvo de Jesús en su vida terrena y que, después, también oró y recibió el Espíritu Santo con el primer Papa y el resto de los Apóstoles: la Virgen María. La devoción por Ella la trajo el Papa de Polonia, y se encomendó a ella con su lema *Totus tuus*, y también en junio de 1981, apenas un mes después de sobrevivir a un atentado.

Como defendió en el Vaticano II, no sólo se preocupó de ser pastor de los católicos, sino que, además, quiso hacer oír la voz de la Iglesia en defensa de la justicia y los derechos humanos de todos, en nombre de la sagrada dignidad del hombre, creado *a imagen de Dios*. Siempre denunció cualquier ataque contra los derechos humanos –tanto los del comunismo y el nazismo como los cometidos por el capitalismo salvaje–. Santiago Martín, que escribió una de las múltiples biografías sobre el Papa, señaló claramente cuáles habían sido sus mayores preocupaciones en este sentido: «Cuando pasen los años y él ya no viva en medio de los hombres, convendrá recordar, para decir a unos y a otros: el Papa Wojtyla, Juan Pablo II, aquel Pontífice que contribuyó a derribar el Muro de Berlín y que tanto hizo por ayudar a los pobres, decía esto sobre el aborto, aquello sobre la clonación terapéutica, habló así sobre la eutanasia, puso estos límites al capitalismo, exhortó a defender los derechos de la mujer, rechazó con estas palabras el terrorismo, advirtió sobre los nacionalismos exacerbados, y todo lo demás».

Paz, justicia, perdón

Especial protagonismo tuvo en la defensa de la justicia y la paz. Todo ello se realizó de las más diversas formas, desde sus apariciones públicas hasta los múltiples encuentros con los protagonistas de la política internacional, pasando por sus mensajes, personales o a través de delegaciones, ante organismos internacionales como la Asamblea General y varias cumbres de la ONU, la UNESCO, la Conferencia Internacional de Trabajadores y la sede europea en Estrasburgo. Y en esto, como en todo lo demás, nunca dejó de acudir a Dios y a la Virgen para solicitar su ayuda y protección. Siempre recordó en la oración las zonas del mundo que más lo necesitaran en ese momento, además de consagrar y encomendar el mundo entero al Inmaculado Corazón de María, el 13 de mayo de 1982, al cumplirse un año del atentado contra su vida. Además, convocó cinco jornadas mundiales y encuentros de oración por la paz, el último de ellos, ecuménico, el 14 de febrero de 2002, tras el atentado contra las *Torres gemelas* de Nueva York y la guerra en Afganistán y Oriente Medio.

Siempre defendió que la paz sólo se puede conseguir con perdón, realidad que no fue sólo teórica, sino que también predicó con su vida. El día de la Virgen de Fátima, 13 de mayo de 1981, el turco Ali Agca consiguió disparar al Papa en la Plaza de San Pedro. Aunque el Pontífice estuvo muy grave, a los pocos días anunció que había perdonado a su atacante y pidió oraciones por él. No terminó ahí su relación. En enero de 1984 le visitó en la cárcel, y manifestó su alegría cuando el Gobierno italiano anunció su indulto con motivo del Jubileo del año 2000. Otro ejemplo de la importancia que dio al perdón y la reconciliación se produjo también con motivo de dicho Jubileo. Esta vez, en cambio, fue él quien pidió perdón, en nombre de la Iglesia, por los errores que más se le han reprochado a ésta a lo largo de la Historia. A la máxima que siempre ha propuesto el Magisterio de que «no hay paz sin justicia», añadió con especial vigor: «ni justicia sin perdón».



Juan Pablo II, convaleciente tras el atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981

Ecumenismo y diálogo interreligioso

Otra constante del pontificado de Juan Pablo II fue la gran importancia que tuvo para él acercar a todas las religiones del mundo, especialmente a las de Abraham –cristianismo, judaísmo e Islam–. Por ello dedicó una de sus encíclicas, *Ut unum sint*, al compromiso por el ecumenismo. Aparte de los numerosos encuentros con comunidades y líderes de otras religiones, declaraciones conjuntas, celebraciones y oraciones ecuménicas, misas celebradas por ritos orientales en San Pedro y otras muestras de buena voluntad, se han dado pasos más allá. Por ejemplo, se han resuelto las principales controversias ideológicas con los ortodoxos y se ha firmado, junto a la Federación Mundial Luterana, un documento sobre la doctrina de la justificación, uno de los principales escollos en la relación con los protestantes. Diversos líderes luteranos y anglicanos no se opusieron a que el Papa actuara como portavoz de los cristianos. También se consiguió un diálogo más estrecho con los protestantes evangélicos. En cuanto a las religiones no cristianas, se vivió el mejor momento en trece siglos de convivencia con los musulmanes, y se reconoció una especial importancia a las relaciones de la Iglesia con el pueblo judío.

Significativamente, el número de encuentros aumentó a medida que se acercaba el año 2000. Para Juan Pablo II fue muy importante guiar a la Iglesia en el cambio de milenio, y quiso que fuera algo significativo. A este evento dedicó dos Cartas apostólicas, una para su preparación y anuncio (*Tertio millennio adveniente*, el 10 de noviembre de 1994), y otra al comenzar el milenio (*Novo millennio ineunte*, el 6 de enero de 2001). A los tres años de preparación –uno dedicado a cada Persona de la Santísima Trinidad–, bajo la protección de la Virgen, se unieron, ya en el Año Jubilar 2000, todas las celebraciones. El Pontífice puso un gran empeño en acercarse con este motivo a todos y cada uno de los católicos, dedicando celebraciones especiales a todas las edades, sectores profesionales y situaciones posibles. Como muestra, un botón: hubo, entre otros, Jubileo de los trabajadores, de los sacerdotes, de los presos, de los jóvenes, de los obispos, de los niños, de las familias, de los periodistas, de los Jefes de Gobierno y los políticos, de los profesionales de la salud… Aunque no fuera de los actos relativos al cambio de milenio, también se recordará que fue durante su pontificado (para ser más exactos, en octubre de 1992) cuando se publicó la nueva edición del *Catecismo de la Iglesia católica*, a la que más tarde se añadiría la versión oficial latina, en agosto de 1997. Por otra parte, Juan Pablo II promulgó el nuevo Código de Derecho Canónico, el 25 de enero de 1983.

Es imposible recoger en unas páginas lo que fue la vida y obra de este gran hombre, que nunca se rindió ante sus limitaciones físicas –cada vez más evidentes en los últimos años de su vida–, en su afán por salvar al mundo de sí mismo y acercarle al reino de Dios. Nadie permaneció indiferente a él, y, si bien tuvo sus detractores, es igual de cierto que levantó pasiones de afecto y de adhesión inmensos, y no sólo entre los católicos, ya que muchos fuera de la Iglesia católica lo consideraron también punto de referencia, con una autoridad moral indiscutible.

María Martínez

Así será elegido el sucesor de Juan Pablo II

Imagen del Cónclave de octubre de 1978, en el que fue elegido Juan Pablo II

«¿Aceptas tu elección canónica para Sumo Pontífice?» Ésta es la pregunta que presentará el Decano del Colegio cardenalicio al elegido en el Cónclave como sucesor de Juan Pablo II. Pocos momentos después, una vez dado su consentimiento, responderá a la pregunta: «¿Cómo quieres ser llamado?»

Quién será el próximo Papa es imposible saberlo –a pesar de las muchas quinielas que se hacen al respecto–. Lo que sí podemos saber es cómo será elegido el próximo Papa. El mismo Juan Pablo II respondió a esta pregunta al publicar, el 22 de febrero de 1996, la Constitución apostólica *Universi Dominici gregis. Sobre la vacante de la Sede apostólica y la elección del Romano Pontífice*, en la que, por una parte, confirma los elementos fundamentales que constituyen la tradición del Cónclave, y, por otra, introduce novedades significativas a esta reunión para elegir al sucesor del apóstol Pedro.

La Constitución, que fue promulgada en el año decimoctavo de su pontificado, quince años después de que un terrorista turco tratara de asesinarle, trece años después de la reforma del Código de Derecho Canónico y ocho años después de la reforma de la Curia romana, tiene en cuenta tanto la experiencia del mismo Pontífice en los dos Cónclaves de 1978 (el que eligió a Juan Pablo I y el que le eligió a él mismo), así como el análisis realizado durante treinta años de aplicación del Concilio Vaticano II.

Al igual que pasadas Constituciones sobre los Cónclaves, ésta se divide en dos partes: en primer lugar, afronta las normas que regirán la Iglesia durante la Sede vacante (en la ausencia de un Papa); y, en segundo lugar, ofrece la normativa para la elección del Romano Pontífice.

Sede vacante

Tras la muerte de un Pontífice, la primera pregunta que, espontáneamente, viene a la mente de cualquiera de los mil millones de católicos del mundo es: «Y, ahora, ¿quién va a gobernar la Iglesia?»

Juan Pablo II confirmó la norma de que, a la muerte del Pontífice, todos los jefes de los organismos de la Curia romana cesen en el ejercicio de sus cargos. Los únicos que mantienen sus funciones son el cardenal Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, y el Penitenciario Mayor.

El cardenal Camarlengo, que habrá comprobado oficialmente la muerte del Pontífice, tiene por competencia «cuidar y administrar los bienes y los derechos temporales de la Santa Sede, con la ayuda de los tres cardenales asistentes, previo el voto del Colegio de los cardenales». Las funciones del Penitenciario Mayor, eminentemente espirituales y de conciencia, no afectan al gobierno administrativo de la Iglesia.

Según establece el documento, durante la vacante de la Sede Apostólica, los asuntos ordinarios internos de la Iglesia son despachados por el Sustituto de la Secretaría de Estado, en estos momentos el arzobispo argentino Leonardo Sandri, mientras que las cuestiones internacionales son tratadas por el Secretario para las Relaciones con los Estados, el arzobispo italiano Giovanni Lajolo.

Ahora bien, el Papa deja muy claro que «el Colegio de los cardenales no tiene ninguna potestad o jurisdicción sobre las cuestiones que corresponden al Sumo Pontífice en vida o en el ejercicio de las funciones de su misión». En este período –añade el documento–, «el gobierno de la Iglesia queda confiado al Colegio de los cardenales solamente para el despacho de los asuntos ordinarios o de los inaplazables, y para la preparación de todo lo necesario para la elección del nuevo Pontífice».

Juan Pablo II estableció en el documento que, en todos los días que preceden al Cónclave, se tenga una reunión del Colegio de los cardenales para tratar estos asuntos, y establecer los detalles para las exequias del Pontífice, que se celebrarán durante nueve días consecutivos, teniendo en cuenta que el entierro tendrá lugar «entre el cuarto y el sexto día después de la muerte». El Colegio de cardenales deberá, asimismo, «fijar el día y la hora del comienzo de las operaciones de voto».

Vista panorámica del Vaticano

Convocatoria del Cónclave

Por lo que se refiere a la celebración del Cónclave de elección del futuro Papa, la Constitución emanada por Juan Pablo II confirma, ante todo, que los electores del obispo de Roma son los cardenales, descartando propuestas que habían surgido durante el Concilio Vaticano II de hacer de los obispos el cuerpo electoral.

El Papa Karol Wojtyla confirmó la novedad introducida por Pablo VI de excluir del Cónclave a los cardenales que hayan cumplido los ochenta años el día en que quede vacante la Sede Apostólica. Recuerda, además, que el número de cardenales electores no debería superar los 120, a no ser que el mismo Papa haya dispensado de esta norma nombrando a un número superior de purpurados.

La Constitución apostólica establece, a continuación, que el Cónclave deberá comenzar entre 15 y 20 días después de la muerte del Papa o del inicio de la Sede vacante (en caso de que fuera por renuncia).

Todos los cardenales están obligados a viajar a Roma para participar en el Cónclave, a no ser que se lo impidan motivos de enfermedad u otro impedimento grave, que deberá ser reconocido por el Colegio de los cardenales. Si algún cardenal llegara al Cónclave después de su comienzo, deberá ser admitido, independientemente del estado en que se encuentre el proceso de elección.

Normativa del Cónclave

Ante todo, Juan Pablo II confirmó uno de los aspectos exteriores más conocidos del Cónclave: la Capilla Sixtina como lugar establecido para la elección del obispo de Roma, bajo cuyos frescos «todo contribuye a hacer más viva la presencia de Dios, ante el cual cada uno deberá presentarse un día para ser juzgado».

Una de las novedades más vistosas aportadas por Juan Pablo II al desarrollo del Cónclave es la decisión de establecer que todos los cardenales se alojen en la Casa *Santa Marta*, una residencia construida recientemente en un costado del territorio del Vaticano. Sin duda, esta medida se debe a la experiencia vivida por el cardenal Karol Wojtyla en sus dos Cónclaves, en particular en el que se celebró en agosto de 1978 para la elección de Albino Luciani, Juan Pablo I, en el que cien cardenales y otros cien conclavistas tuvieron que soportar un calor asfixiante viviendo en habitaciones antiguas, situadas en torno a la Capilla Sixtina, que en su mayoría carecían de servicios fundamentales, como duchas o lavabos.

La nueva disposición introduce un elemento nuevo: dos o tres autobuses que servirán como medio de transporte a los purpurados entre la Capilla Sixtina y Santa Marta. Sin embargo, la misma Constitución indica que estos lugares y edificios «deben estar cerrados a las personas no autorizadas», y que nadie debe acercarse a los cardenales durante sus traslados.

Entre los pocos que estarán en contacto con los cardenales, se encontrarán el Secretario del Colegio cardenalicio, que es el Secretario de la asamblea electiva; el Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias, con dos ceremonieros y dos religiosos adscritos a la Sacristía Pontificia; un eclesiástico asistente del cardenal Decano; un enfermero personal tan sólo para el cardenal que lo necesite; dos médicos para eventuales emergencias; algunos religiosos de varias lenguas para las confesiones; y personas adscritas a los servicios

Juramento de inicio del Cónclave

El Cónclave comenzará con el juramento establecido por la Constitución apostólica *Universi Dominici gregis*, de Juan Pablo II, para la elección del sucesor de Pedro, que será pronunciado en un primer momento por el cardenal Decano. A continuación, cada uno de los cardenales electores, tocando los Santos Evangelios, lo ratificará. Éste es el texto del juramento:

«Todos y cada uno de nosotros, cardenales electores presentes en esta elección del Sumo Pontífice, prometemos, nos obligamos y juramos observar fiel y escrupulosamente todas las prescripciones contenidas en la Constitución apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II *Universi Dominici gregis*, emanada el 22 de febrero de 1996. Igualmente, prometemos, nos obligamos y juramos que quienquiera de nosotros que, por disposición divina, sea elegido Romano Pontífice, se comprometerá a desempeñar fielmente el *munus petrinum* de Pastor de la Iglesia universal y no dejará de afirmar y defender denodadamente los derechos espirituales y temporales, así como la libertad de la Santa Sede. Sobre todo, prometemos y juramos observar con la máxima fidelidad y con todos, tanto clérigos como laicos, el secreto sobre todo lo relacionado de algún modo con la elección del Romano Pontífice y sobre lo que ocurre en el lugar de la elección concerniente, directa o indirectamente, al escrutinio; no violar de ningún modo este secreto, tanto durante como después de la elección del nuevo Pontífice, a menos que sea dada autorización explícita por el mismo Pontífice; no apoyar o favorecer ninguna interferencia, oposición o cualquier otra forma de intervención con la cual autoridades seculares de cualquier orden o grado, o cualquier grupo de personas o individuos, quisieran inmiscuirse en la elección del Romano Pontífice».

A continuación, cada cardenal elector, según el orden de precedencia, prestará juramento con la fórmula siguiente:

«Y yo, N. Cardenal N. prometo, me obligo y juro –y, poniendo la mano sobre los Santos Evangelios, añadirá–: así Dios me ayude y estos Santos Evangelios que toco con mi mano».

Después que haya prestado juramento el último de los cardenales electores, el Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias pronunciará el *extra omnes* (*afuera todos*), y todos los ajenos al Cónclave deberán salir de la Capilla Sixtina.

Plaza de San Pedro del Vaticano

de comedor y de limpieza. Los cardenales están obligados a mantener *estricto secreto* con cualquier persona ajena al Colegio de los cardenales electores. Al mismo tiempo, la nueva disposición establece que, antes del comienzo del proceso de la elección, presten juramento de secreto perpetuo. La violación del secreto del Cónclave implica la excomunión *latae sententiae*, reservada a la Sede Apostólica. Los cardenales electores deberán abstenerse igualmente de recibir o enviar cualquier tipo de mensajes fuera de la Ciudad del Vaticano, de recibir prensa diaria y periódica de cualquier tipo, así como escuchar programas radiofónicos o ver transmisiones televisivas. La Constitución no habla de Internet, pero se da por entendido. En particular, está prohibido a los cardenales electores revelar a cualquier otra persona noticias que, directa o indirectamente, se refieran a las votaciones, como también lo que se ha tratado o decidido sobre la elección del Pontífice en las reuniones de los cardenales, tanto antes como durante el tiempo de la elección.

La normativa establece que los cardenales conserven el secreto sobre la manera en que ha tenido lugar la elección del Papa, incluso después de la elección del nuevo Pontífice, «recordando que no es lícito violarlo de ningún modo, a no ser que el mismo Pontífice haya dado una especial y explícita facultad al respecto».

Durante el Cónclave, los cardenales electores, según prevé la Constitución, «deben abstenerse de mantener correspondencia epistolar, telefónica o por otros medios de comunicación con personas ajenas al ámbito del desarrollo de la misma elección», con el objetivo de evitar influencias externas o la violación del secreto. Asimismo, se prevé que los cardenales hagan juramento de abstenerse de hacer uso de cualquier instrumento de grabación, audición o visión de cuanto, durante el período de la elección, se desarrolla en torno al Cónclave.

Dado que prohibir el que una institución (Gobierno, medio de comunicación, etc.) espíe el Cónclave es comprensible, pero no necesariamente eficaz, la Constitución establece que se realicen precisos y severos controles, con la ayuda de personas de plena confianza y probada capacidad técnica, para que, en los locales en que convivirán los cardenales, no sean instalados dolosamente medios audiovisuales de grabación y transmisión al exterior.

El escrutinio

Juan Pablo II ha introducido normas importantes por lo que se refiere al escrutinio para la elección del Pontífice. Ante todo, en la Constitución apostólica suprime formalmente algunos métodos de elección que la tradición había conservado, a pesar de que ya no eran utilizados. Cancela definitivamente la elección por aclamación (o por inspiración) –por considerarla «inadecuada para interpretar el sentir de un colegio electoral tan extenso por su número y tan diversificado por su procedencia»–, y la elección por compromiso (cuando en circunstancias especiales, en general para no alargar el Cónclave, los cardenales conferían a tres, cinco o siete de los padres conclavistas la potestad de elegir). Con este método «se podría poner en duda la responsabilidad personal de cada uno de los cardenales que votan», afirma el Papa.

Establece, por tanto, que el único modo de elección del Papa sea el *escrutinio secreto*, pues «ofrece las mayores garantías de claridad, nitidez, simplicidad, transparencia y, sobre todo, de efectiva y constructiva participación de todos y cada uno de los Padres cardenales llamados a constituir la asamblea electiva del sucesor de Pedro».

Para la elección del Pontífice, Juan Pablo II establece que «se requieren los dos tercios de los votos, calculados sobre la totalidad de los electores presentes. En el caso en que el número de cardenales presentes no pueda dividirse en tres partes iguales, para la validez de la elección del Sumo Pontífice se requiere un voto más».

A continuación, Juan Pablo II estableció que las votaciones tengan lugar por ciclos. En la tarde del primer día del Cónclave, tendrá lugar un solo escrutinio, que debería dar una idea sobre los nombres con mayores preferencias. En los tres días sucesivos, si la elección no ha tenido lugar, se deben realizar dos votaciones tanto en la mañana como en la tarde.

Después de este primer ciclo de 13 votaciones (Juan Pablo II fue elegido a la octava), se prevé un día de pausa de oración y de libre coloquio. A continuación, se pueden realizar otros 7 escrutinios (uno solo en el primer día, durante la mañana, y seis antes de la noche del día siguiente). La secuencia *día de pausa-7 escrutinios* se repite otras dos veces, creando así cuatro ciclos de votaciones. Agotado este espacio de tiempo (la Iglesia llevaría ya 30 ó 35 días sin Papa), Juan Pablo II estipuló que la mayoría absoluta (la mitad de los votos más uno) sea suficiente para la elección del obispo de Roma. Esta serie agotadora de votaciones parecería que no debería tener lugar, pues desde hace más de dos siglos no han sido necesarios tantos escrutinios. Sería, por tanto, una situación extrema la que llevaría a la elección de un Papa sin contar con dos tercios de los votos.

El único modo de elección del Papa es el *escrutinio secreto*, pues «ofrece las mayores garantías de claridad, nitidez, simplicidad, transparencia y, sobre todo, de efectiva y constructiva participación de todos y cada uno de los Padres cardenales llamados a constituir la asamblea electiva del sucesor de Pedro»

Jesús Colina
Roma

Los electores del Papa

¿Quiénes eligen al nuevo Romano Pontífice? Son los cardenales electores, –hoy 117, más uno *in pectore,* cuyo nombre, al cierre de esta edición, todavía no ha sido revelado– aquellos miembros del Colegio Cardenalicio que aún no han alcanzado los 80 años. He aquí los artículos del Código de Derecho Canónico relativos al Colegio Cardenalicio

He aquí los artículos más significativos del Código de Derecho Canónico, promulgado por Juan Pablo II en 1983, sobre los cardenales de la Santa Iglesia Romana, a quienes les queda asignada una iglesia de la ciudad de Roma:

349 - Los cardenales de la Santa Iglesia Romana constituyen un Colegio peculiar, al que compete proveer a la elección del Romano Pontífice, según la norma del Derecho peculiar; asimismo, los cardenales asisten al Romano Pontífice tanto colegialmente, cuando son convocados para tratar juntos cuestiones de más importancia, como personalmente, mediante los distintos oficios que desempeñan ayudando sobre todo al Papa en su gobierno cotidiano de la Iglesia universal.

350 - § 1. El Colegio cardenalicio se divide en tres órdenes: el episcopal –al que pertenecen los cardenales a quienes el Romano Pontífice asigna como título una iglesia suburbicaria, así como los Patriarcas orientales adscritos al Colegio cardenalicio–, el presbiteral y el diaconal.

§ 2. A cada cardenal del orden presbiteral y diaconal el Romano Pontífice asigna un título o diaconía de la urbe.

§ 3. Los Patriarcas orientales que forman parte del Colegio de los cardenales tienen como título su sede patriarcal.

§ 4. El cardenal Decano ostenta como título la diócesis de Ostia, a la vez que la otra iglesia de la que ya era titular.

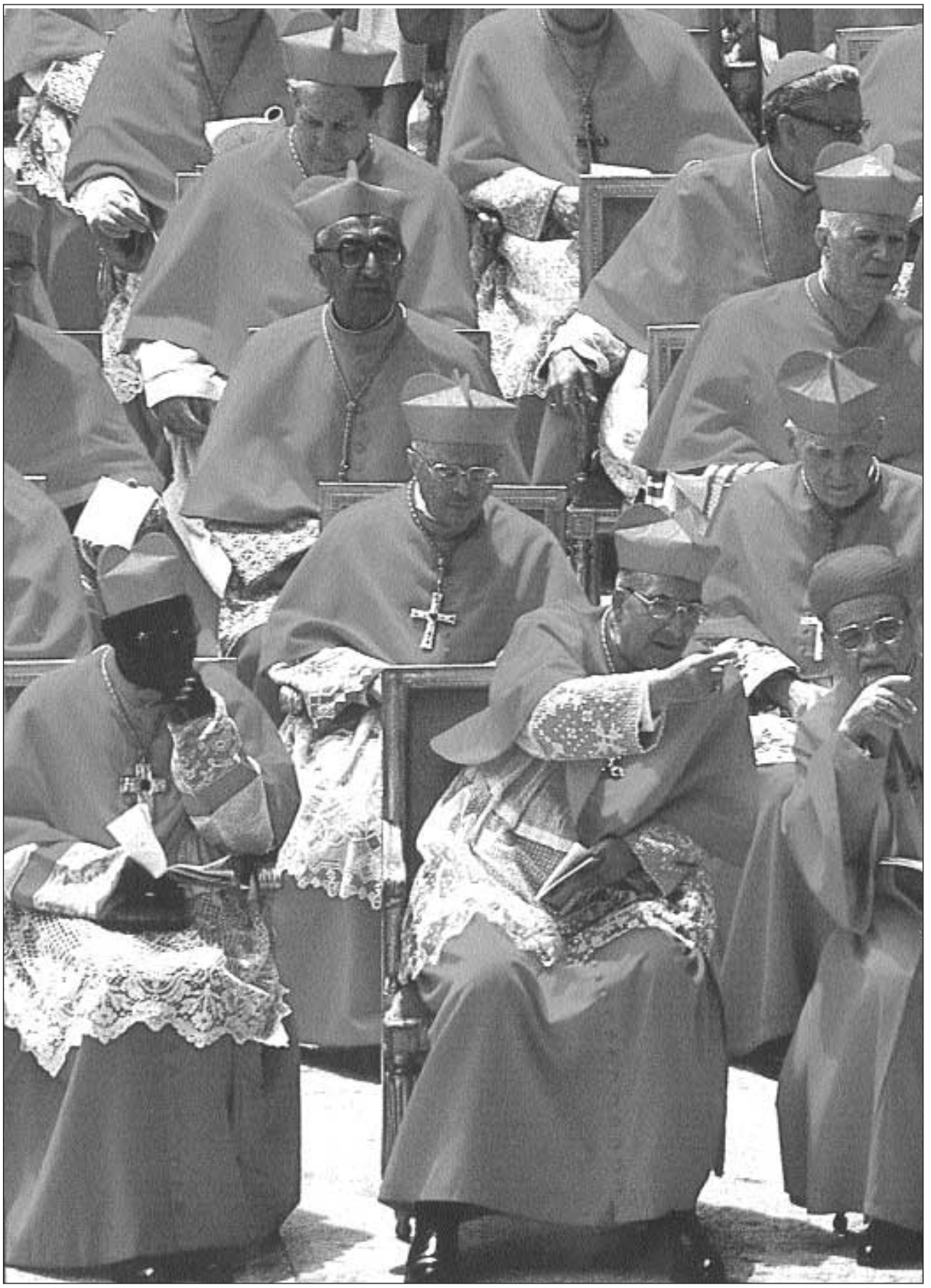
§ 5. Respetando la prioridad de orden y de promoción, mediante opción hecha en Consistorio y aprobada por el Sumo Pontífice, los cardenales del orden presbiteral pueden acceder a otro título y los del orden diaconal a otra diaconía, y, después de un decenio completo en el orden diaconal, pueden también acceder al orden presbiteral.

§ 6. El cardenal del orden diaconal que accede por opción al orden presbiteral precede a los demás cardenales presbíteros elevados al cardenalato después de él.

351 - § 1. Para ser promovidos a cardenales, el Romano Pontífice elige libremente entre aquellos varones que hayan recibido al menos el presbiterado y que destaquen notablemente por su doctrina, costumbres, piedad y prudencia en la gestión de asuntos; pero los que aún no son obispos deben recibir la consagración episcopal.

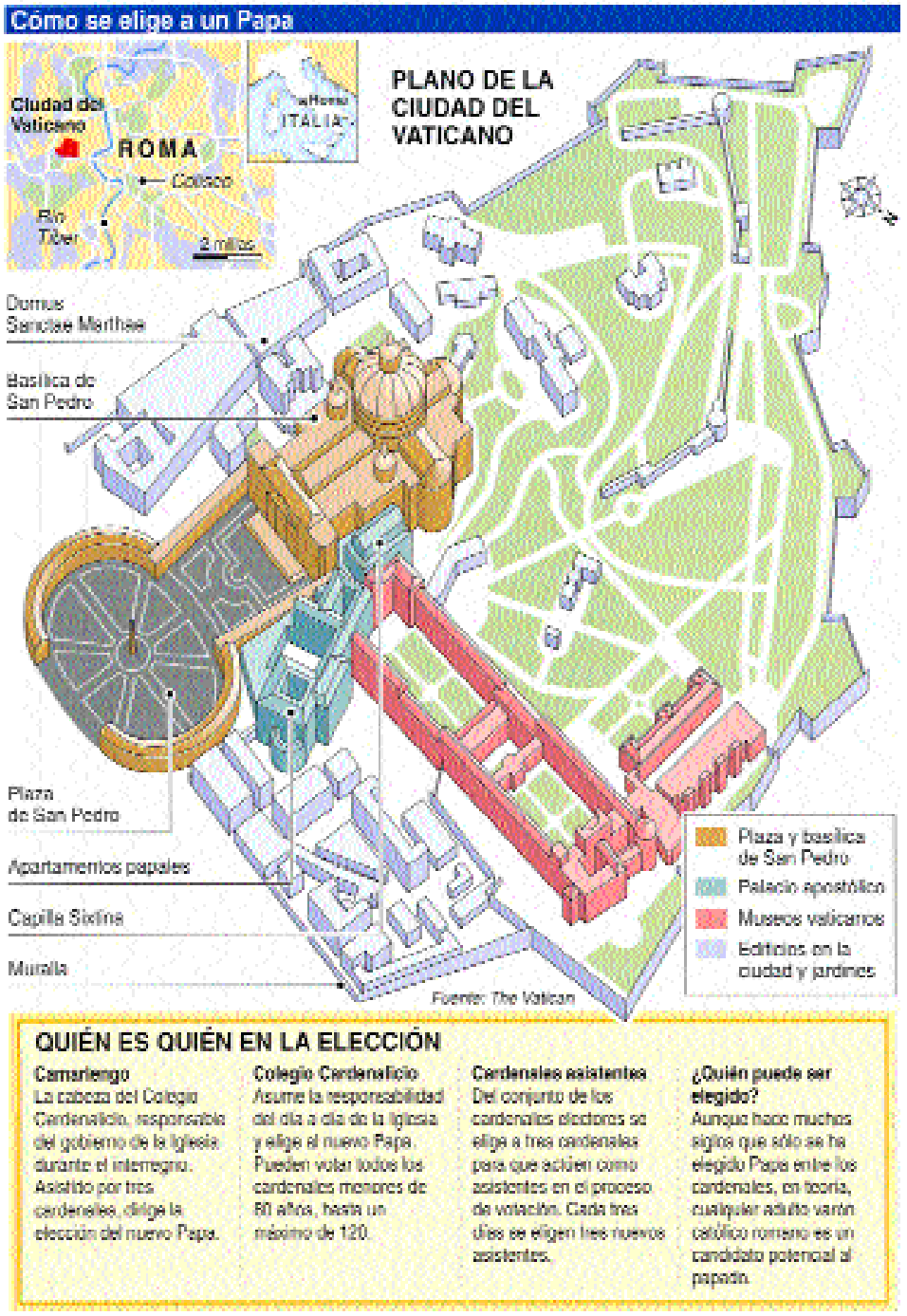
§ 2. Los cardenales son creados por Decreto del Romano Pontífice, que se hace público en presencia del Colegio cardenalicio; a partir del momento de la publicación tienen los deberes y derechos determinados por la ley.

§ 3. Sin embargo, quien ha sido promovido a la dignidad cardenalicia, anunciando el Romano Pontífice su creación pero reservándose su nombre *in pectore*, no tiene entretanto ninguno de los deberes o derechos de los cardenales; adquiere esos deberes y esos derechos cuando el Romano Pontífice haga público su nombre, pero, a efectos de precedencia, se atiende al día en el que su nombre fue reservado *in pectore*.



352 - § 1. El Decano preside el Colegio cardenalicio y, cuando está impedido, hace sus veces el Subdecano; sin embargo, ni el Decano ni el Subdecano tienen potestad alguna de régimen sobre los demás cardenales, sino que se les considera como primero entre sus iguales.

§ 2. Al quedar vacante el oficio de Decano, los cardenales que tienen en título una iglesia suburbicaria, y sólo ellos, bajo la presidencia del Subdecano, si está presente, o



Fuente: *Juan Pablo II, el Papa que traspasa fronteras.* Reuters

del más antiguo de ellos, deben elegir uno dentro del grupo que sea Decano del Colegio; presentarán su nombre al Romano Pontífice, a quien compete aprobar al elegido.

§ 3. De la misma manera establecida en el § 2, bajo la presidencia del Decano se elige el Subdecano; también compete al Romano Pontífice aprobar la elección del Subdecano.

§ 4. El Decano y el Subdecano, si no tuvieren domicilio en la urbe, lo adquirirán en la misma.

353 - § 1. Los cardenales ayudan todos ellos colegialmente al Pastor supremo de la Iglesia, sobre todo en los Consistorios, en los que se reúnen por mandato del Romano Pontífice y bajo su presidencia; hay Consistorios ordinarios y extraordinarios.

§ 2. Al Consistorio ordinario se convoca al menos a todos los cardenales presentes en la urbe, para consultarles sobre algunas cuestiones graves, pero que se presentan sin embargo más comúnmente, o para realizar ciertos actos de máxima solemnidad.

§ 3. Al Consistorio extraordinario, que se celebra cuando lo aconsejan especiales necesidades de la Iglesia o la gravedad de los asuntos que han de tratarse, se convoca a todos los cardenales.

§ 4. Sólo el Consistorio ordinario en el que se celebran ciertas solemnidades puede ser público, es decir, cuando, además de los cardenales, son admitidos prelados, representantes diplomáticos de las sociedades civiles y otros invitados al acto.

354 - A los Padres cardenales que están al frente de dicasterios u otros institutos permanentes de la Curia Romana y de la Ciudad del Vaticano se les ruega que, al cumplir setenta y cinco años de edad, presenten la renuncia de su oficio al Romano Pontífice, el cual proveerá, teniendo en cuenta todas las circunstancias.

355 - § 1. Corresponde al cardenal Decano ordenar de obispo a quien ha sido elegido Romano Pontífice, si el elegido careciera de esa ordenación; en caso de estar impedido el Decano, compete este derecho al Subdecano, e impedido éste, al cardenal más antiguo del orden episcopal.

§ 2. El cardenal Protodiácono anuncia al pueblo el nombre del nuevo Sumo Pontífice elegido; y asimismo, en representación del Romano Pontífice, impone el palio a los Metropolitanos o lo entrega a sus procuradores.

356 - Los cardenales tienen el deber de cooperar diligentemente con el Romano Pontífice; por tanto, los cardenales que desempeñen cualquier oficio en la Curia y no sean obispos diocesanos, están obligados a residir en la urbe, los cardenales a quienes se ha confiado una diócesis en calidad de obispo diocesano, han de acudir a Roma cuantas veces sean convocados por el Romano Pontífice.

357 - § 1. Los cardenales a quienes se ha asignado como título una iglesia suburbicaria o una iglesia en la urbe, una vez que hayan tomado posesión de la misma, han de promover el bien de esas diócesis e iglesias con su consejo y patrocinio, pero no gozan de potestad alguna de régimen sobre ellas, y de ningún modo deben inmiscuirse en lo que se refiere a la administración de sus bienes, disciplina o servicio de las iglesias.

§ 2. Por lo que se refiere a su propia persona, los cardenales que se encuentran fuera de Roma y de la propia diócesis están exentos de la potestad de régimen del obispo de la diócesis en la que se hallan.

358 - Al cardenal a quien el Romano Pontífice encomienda el encargo de que le represente en alguna celebración solemne o reunión como *Legatus a latere*, es decir, como si fuera *él mismo*, y también a aquel a quien encarga el cumplimiento de una determinada tarea pastoral como enviado especial suyo, compete únicamente aquello que el mismo Romano Pontífice le haya encargado.

359 - Al quedar vacante la Sede Apostólica, el Colegio cardenalicio sólo tiene en la Iglesia aquella potestad que se le atribuye en la ley peculiar.

El Colegio cardenalicio

Los cardenales, surgidos de los presbíteros de los 25 títulos o iglesias cuasiparroquiales de Roma, de los 7 (luego 14) diáconos regionales y 6 diáconos palatinos, y de los 7 (en el siglo XII, 6) obispos suburbicarios, fueron consejeros y colaboradores del Papa. A partir del año 1150 formaron el Colegio cardenalicio con un Decano, que es el obispo de Ostia, y un Camarlengo en calidad de administrador de los bienes. Desde el año 1059 son electores exclusivos del Papa.

En el siglo XII se comenzaron a nombrar cardenales también a los prelados que residían fuera de Roma. Desde el siglo XII, preceden a los obispos y arzobispos; desde el siglo XV también a los Patriarcas (Bula *Non mediocri*, de Eugenio IV, año 1439); y, aun siendo simples sacerdotes, tienen voto en los Concilios. El número de los cardenales, en los siglos XIII-XV, ordinariamente no superior a 30, fue fijado por Sixto V en 70: 6 cardenales obispos, 50 cardenales presbíteros, 14 cardenales diáconos (Constitución *Postquam verus*, del 3 de diciembre de 1586). En el Consistorio secreto del 15 de diciembre de 1958, Juan XXIII derogó el número de cardenales establecido por Sixto V y confirmado por el Código de Derecho Ca-

nónico de 1917. También Juan XXIII, con el Motu Proprio *Cum gravissima*, del 15 de abril de 1962, estableció que todos los cardenales fueran honrados con la dignidad episcopal.

Pablo VI, con el Motu Proprio *Ad Purpuratorum Patrum*, del 11 de febrero de 1965, determinó el lugar de los Patriarcas Orientales en el Colegio cardenalicio. El mismo Sumo Pontífice, con el Motu Proprio *Ingravescentem aetatem*, del 21 de noviembre de 1970, dispuso que, con el cumplimiento de los 80 años de edad, los cardenales: cesan de ser miembros de los Dicasterios de la Curia romana y de todos los organismos permanentes de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano; y pierden el derecho de elegir al Romano Pontífice y, por ende, también el derecho de entrar en Cónclave. En el Consistorio secreto del 5 de noviembre de 1973, el mismo Pablo VI estableció que el número máximo de cardenales que tienen la facultad de elegir al Romano Pontífice se fijara en 120. Juan Pablo II, en la Constitución Apostólica *Universi Dominici gregis*, del 22 de febrero de 1996, ha reiterado dichas disposiciones.

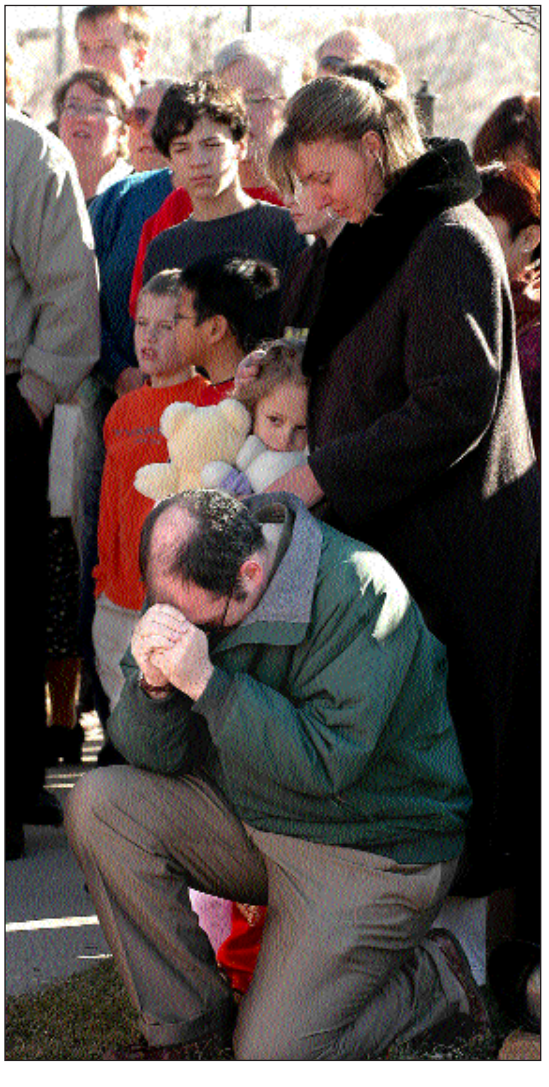
Los cardenales pertenecen a las distintas Congregaciones romanas: se les considera Príncipes de la sangre –«*Recibid el birrete rojo*, les dice el Papa en el momento de crearlos cardenales, *como signo de la dignidad cardenalicia, para mostrar que sois capaces de estar dispuestos a comportaros con fortaleza hasta el derramamiento de la sangre, para el crecimiento de la fe cristiana*»–, con el título de *Eminencia*; los que residan en Roma, incluso fuera de la Ciudad del Vaticano, son ciudadanos de la misma para todos los efectos.

Alfa y Omega

Un momento del cónclave de 1978 en el que salió elegido Karol Wojtyla

Un pueblo en oración

Las disposiciones que Juan Pablo II escribió para la celebración del Cónclave no sólo afectan a los cardenales electores, sino que ofrecen indicaciones para cada uno de los mil millones de católicos del mundo. Durante la Sede vacante, y sobre todo mientras se desarrolla la elección del sucesor de Pedro, la Constitución apostólica *Universi Dominici gregis* establece que toda la Iglesia se una «de modo particular con los pastores, y especialmente con los cardenales electores del Sumo Pontífice», y pida «a Dios un nuevo Papa como don de su bondad y Providencia. De esta manera, la elección del nuevo Pontífice no será un hecho aislado del pueblo de Dios que atañe sólo al Colegio de los electores, sino que, en cierto sentido, será una acción de toda la Iglesia»



Juan Pablo II estableció «que en todas las ciudades y en otras poblaciones, al menos las más importantes, conocida la noticia de la vacante de la Sede Apostólica, y, de modo particular, de la muerte del Pontífice, después de la celebración de solemnes exequias por él, se eleven humildes e insistentes oraciones al Señor para que ilumine a los electores y los haga tan concordes en su cometido que se alcance una pronta, unánime y fructuosa elección, como requiere la salvación de las almas y el bien de todo el pueblo de Dios».

En particular, la normativa prevé que los cardenales que, por haber cumplido los 80 años, no gozan ya del derecho a participar en la elección del Sumo Pontífice, se pongan «al frente del pueblo de Dios, congregado particularmente en las basílicas patriarcales de la ciudad de Roma y también en los lugares de culto de las otras Iglesias particulares, para que con la oración asidua e intensa, sobre todo mientras se desarrolla la elección, se alcance del Dios Omnipotente la asistencia y la luz del Espíritu Santo necesarias para los hermanos electores, participando así eficaz y realmente en la ardua misión de proveer a la Iglesia universal de su Pastor».

La petición de Juan Pablo II a su sucesor

Juan Pablo II ha dejado una petición personalísima a su sucesor, formalizada en la constitución apostólica *Universi Dominici gregis*, que establece las normas del Cónclave. Al que sea elegido por los cardenales electores, el Papa Karol Wojtyla le pidió «que no renuncie al ministerio al que es llamado por temor a su carga, sino que se someta humildemente al designio de la voluntad divina». Y aclara: «En efecto, Dios, al imponerle esta carga, lo sostendrá con su mano para que pueda llevarla; al conferirle un encargo tan gravoso, le dará también la ayuda para desempeñarlo y, al darle la dignidad, le concederá la fuerza para que no desfallezca bajo el peso del ministerio».

El otro Juan Pablo

El Papa Juan Pablo I saluda al entonces cardenal Karol Wojtyla

En estas páginas, lógicamente llenas de la vida y obra de Juan Pablo II, recordemos al cardenal que le precedió en el pontificado y de quien el Papa Wojtyla quiso tomar el nombre.

Frente al largo pontificado de su sucesor, el de Juan Pablo I sólo duró 33 días, desde el 26 de agosto de 1978 hasta su inesperado fallecimiento, en la madrugada del 28 de septiembre. Había tenido apenas tiempo de dirigir por radiotelevisión su primer Mensaje *urbi et orbi* y de empezar el estudio de los documentos sobre los que, más tarde, habría debido tomar decisiones no siempre fáciles.

Tuvo quien esto escribe la fortuna de conocerlo pocos meses antes, durante una visita oficial a Venecia como Embajador de España en Italia. Fue una charla grata, afectuosa y distendida con quien era Patriarca de Venecia y cardenal de la Santa Iglesia, además de un pastor que ejercía con sumo cuidado la cura de almas en un ambiente social más complicado de lo que parece, porque, junto a la bellísima ciudad de los canales, la diócesis patriarcal comprende la gran zona industrial de Mestre, donde no faltan las tensiones laborales. Mucho preocupaba al futuro Papa el destino de un buen colegio que el Patriarcado había construido allí para familias obreras, con ayuda de los patricios venecianos; tan alta era la calidad de las enseñanzas impartidas en el nuevo centro que muchos de aquellos donantes deseaban utilizarlo para sus propios hijos, lo que, naturalmente, reducía el número de plazas para los niños a quienes estaba destinado. El señor Patriarca encontraba difícil compatibilizar ambos fines, aunque aceptaba el razonable criterio de dar preferencia a los mejores talentos naturales, al margen de su cuna.

Un dato revelador lo señala su biografía oficial: cuando nació, en 1912, el futuro Papa Luciani hubo de ser bautizado por la comadrona con el agua de socorro, «por correr su vida grave peligro». Luego, sin embargo, su vida fue saludable, cursó los más altos estudios, se doctoró con una tesis sobre los orígenes del alma, fue nombrado obispo de Vittorio Veneto por Juan XXIII, Patriarca de Venecia y cardenal por decisión de Pablo VI y, por fin, Papa elegido en el segundo día del Cónclave. Había publicado varios libros, entre los que me parece delicioso el titulado *Ilustrísimos Señores. Cartas a una cuarentena de personajes*; conmueve entre ellas su *Carta a Jesús*, que escribió «temblando…, como un sordomudo que se esfuerza en ser comprendido».

Cuando, inesperadamente, Juan Pablo I murió con placidez mientras dormía, algunas repulsivas hipótesis imaginaron causas conspiratorias, que el tiempo ha desvanecido. Para quien esto escribe, valen dos explicaciones: la natural, del hombre bueno enfrentado a inmensas responsabilidades que seguramente agobiaban al *Papa de la sonrisa*; y la sobrenatural: después de casi cinco siglos con Papas italianos, era precisa una gran sacudida para que ese pueblo aceptara con serenidad a un Pontífice llegado de otra nación, otra cultura y otro mundo, que sería además Obispo de Roma. Y así, Dios ha escrito derecho con renglones torcidos.

Carlos Robles Piquer

A ti
que nos has enseñado
a buscar la verdad

Gracias

SAN PABLO-CEU

UNIVERSIDAD ABAT OLIBA-CEU

UNIVERSIDAD CARDENAL HERRERA-CEU

UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

COLEGIO JESÚS MARÍA CEU ALICANTE
COLEGIO SAN PABLO-CEU DE CIUDAD CORELLA
COLEGIO SAN PABLO-CEU MONTEPRÍNCIPE
COLEGIO SAN PABLO-CEU MURCIA
COLEGIO SAN PABLO-CEU VALENCIA
ESCUELA UNIVERSITARIA DE MAGISTERIO SAN PABLO-CEU VIGO
INSTITUTO DE ESTUDIOS TECNOLÓGICOS Y PROFESIONALES SAN PABLO-CEU

San Pablo-CEU
Escuela de Negocios

Homenaje a Juan Pablo II desde la economía

Juan Pablo II saluda a los obreros que trabajaban en un nuevo garaje en el Vaticano, en el Jubileo del año 2000

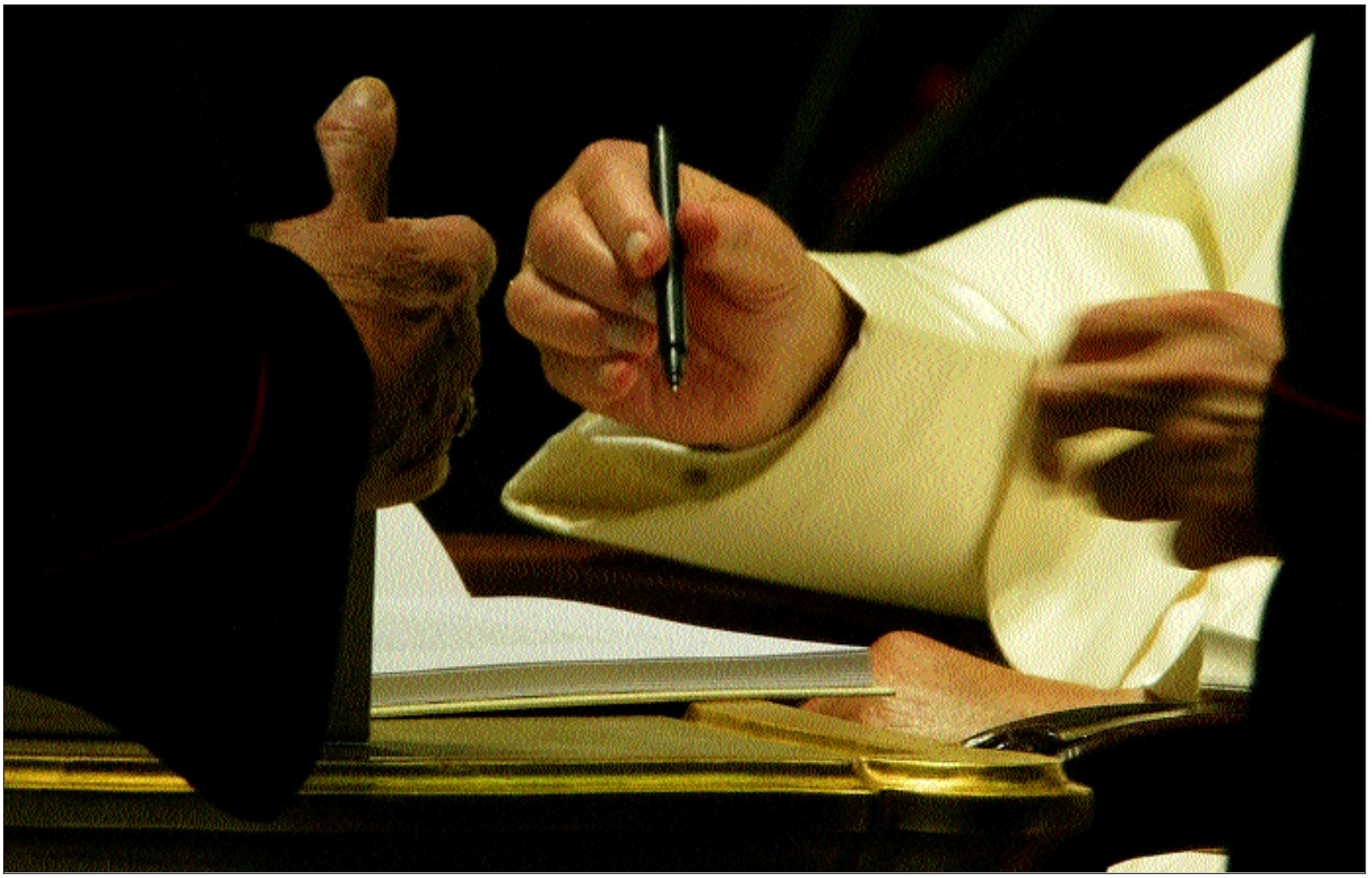
Para comprender las reacciones que tiene Juan Pablo II ante la economía, creo que es preciso plantear la cuestión con dos coordenadas. La primera parte del hecho de que el fallecido Pontífice era un centroeuropeo; concretamente, el sacerdote Wojtyla, como saben todos los filósofos y teólogos hispanos que se prepararon en Munich, fue un polaco con una fuerte formación intelectual germánica. Recordemos su diálogo sobre Husserl con nuestro Millán Puelles. La segunda, que resolvió una seria polémica en la doctrina social de la Iglesia. Por eso, todo esto es preciso ligarlo con el fenómeno del retroceso de la cultura latina en su proyección filosófica, desde el siglo XIX y hasta hoy, a favor de las culturas germana y anglosajona.

Esta cultura germana y anglosajona llega al pensamiento económico católico, en su vía ortodoxa, a través del mensaje de Eucken, en la Universidad Católica de Friburgo. En la heterodoxa, a través de la Escuela de Berlín o neohistoricista, así como a través de la *Verein für Sozialpolitik*, que, con el obispo Ketteler, explican buena parte de la primera orientación de la doctrina social de la Iglesia, la que va de León XIII y su *Rerum novarum* a Pío XI y su *Quadragesimo anno*; e incluso de la segunda, que transcurre desde los mensajes de Pío XII a las Constituciones del Concilio Vaticano II, colocados en lo que es la pura técnica de la economía, bajo el mensaje de Keynes.

El papel de Eucken en todo esto pasa a ser muy importante. No se entiende, si eliminamos a este gran economista, al que acompañan otras figuras señeras –sin ir más lejos, la de von Stackelberg, que a su vez es clave para comprender los puntos de vista españoles de la Escuela de Madrid–, la política económica iniciada en 1948 por Erhard, que no sólo produjo el milagro económico alemán, sino que sustituyó, en el centro de Europa, toda añoranza por el mensaje económico keynesiano, que poseía evidentes relaciones neohistoricistas, como admitía el propio Keynes en su prólogo a la traducción alemana de la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, fechado en diciembre de 1936. También así se liquidaba el mensaje económico nacionalsocialista, tan relacionado con el neohistoricismo –basta, por ejemplo, citar a Werner Sombart– y que había evolucionado hacia radicalismos anticristianos evidentes. Sustituyó asimismo al mensaje socialdemócrata, que venía del revisionismo marxista de Bernstein, y que le llegaba a Erhard de la mano de su maestro Oppenheimer. En cambio, se enraizaba con una serie de pensadores muy relacionados con las posturas de la Iglesia católica. La relación Friburgo-Munich parece bastante evidente, y más de un artículo de Müller-Armarck o de alguna realidad derivada de la economía social de mercado germana se encaja muy bien con las raíces del pensamiento de Juan Pablo II, que así escapó de las tentaciones, no ya del neohistoricismo y sus secuelas, sino del keynesianismo y sus consecuencias preocupantes.

La culminación de todo esto se encuentra en la encíclica *Centesimus annus*. Por supuesto, también, no sólo en sus reticencias ante los planteamientos marxistas, porque éstos podían haberse derivado de la contemplación de la penosa situación de su patria, sino ante los de la teología de la liberación. El evidente impacto en ésta tanto del marxismo como del estructuralismo económico latinoamericano, a su vez influido con fuerza por el neohistoricismo, el marxismo y en alguna medida por el keynesianismo –basado a su vez en la ética de Moore–, crea, en lo económico, un conjunto colosal de incongruencias que, una y otra vez, rechazará Juan Pablo II. Este mensaje parece reposar sobre aquello que Karl Popper señalaba en su *The poverty of historicism*: «Nos encontramos a menudo con que el historicismo se alía precisamente con aquellas ideas que son típicas de la ingeniería social holística o utópica, como la idea de modelos para un Nuevo Orden o la de la planificación centralizada».

Así es como Juan Pablo II escapó de las tentaciones heterodoxas en lo económico, que tantas veces se deslizaron en documentos eclesiásticos, y encajará, de modo grandioso, la doctrina social de la Iglesia con la ortodoxia económica más depurada. Toda una serie de cuestiones –concretamente, la tolerancia con el historicismo– quedan así superadas. Sin ir más lejos, las críticas de Friedman a Keynes, o el recuerdo del combate de hayekianos y keynesianos, engarzan de modo perfecto con esta encíclica de 1991. El problema que agobiaba al gran economista francés, Paul Leroy-Beaulieu, sobre la imposibilidad de ligar el neoclasicismo con la doctrina social de la Iglesia, se ha esfumado. Pío XII ya había liquidado corporativismos peligrosos, a pesar de las áncoras de salvación arrojadas a los mismos por el gran Schumpeter, siempre respetuoso con las posturas de la Iglesia católica. Desde Juan Pablo II se entiende perfectamente que los miembros, la mayor parte no católicos, de la famosa *Mont Pelerin Society*, acudiesen al convento salmantino de San Esteban a poner una corona de flores en la tumba de Domingo de Soto, porque la Escuela de Economía de Salamanca, compuesta so-



bre todo por discípulos, en el terreno de la teología moral, de Francisco de Vitoria, vuelve a tener un puesto importante en el pensamiento social de la Iglesia. A Juan Pablo II se debe esa cómoda situación intelectual. La famosa *Methodenstreit* –o batalla del método–, que centra buena parte de la epistomología de la ciencia económica, queda así cerrada definitivamente, con el triunfo de la ortodoxia de los Marshall o de los Friedman, también en el seno de la doctrina social de la Iglesia.

Recordemos que cuando Juan Pablo II decidió conmemorar el centenario del inicio de la doctrina social de la Iglesia por León XIII y su encíclica *Rerum novarum*, a su compañero de clase, el obispo Jorge Mejía, del Consejo Pontificio Justicia y Paz, el Papa le dijo: «Quizá convenga ver lo que dicen unos cuantos economistas». Los convocados, varios Premios Nobel de Economía, todos de gran altura, acudieron al Vaticano el 5 de noviembre de 1990. Como se señala en la biografía de George Weigel sobre Juan Pablo II *Testigo de Esperanza*, «después de una sesión matutina en la sede del Consejo, los economistas fueron llevados al Palacio Apostólico, donde Juan Pablo II ejerció de anfitrión en un almuerzo de trabajo. El obispo Mejía desempeñó el papel de moderador, pidiendo comentarios a cada uno de los economistas invitados. El profesor Robert Lucas recuerda que Juan Pablo II formuló preguntas *con gran agudeza, aunque eso sí, educadamente*... Después de la comida-debate con el Papa, los economistas regresaron a la sede del Consejo Justicia y Paz para reanudar las discusiones».

En mi viejo ensayo *Reflexiones de un economista sobre la doctrina social de la Iglesia*, contenido en el volumen preparado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, acerca de la *Centesimus annus* (Colección Austral, Serie Pensamiento, 1999), recojo estas frases de la encíclica, que creo que son las que muestran la aceptación valiente por parte de Juan Pablo II del nuevo marco económico que había surgido: «En años recientes se ha afirmado que el desarrollo de los países más pobres dependía del aislamiento del mercado mundial, así como de su confianza exclusiva en sus propias fuerzas. La historia reciente ha puesto de manifiesto que los países que se han marginado han experimentado un estancamiento y retroceso; en cambio, han experimentado un desarrollo los países que han logrado introducirse en la interrelación general de las actividades económicas a nivel internacional».

Esta vinculación con el pensamiento ortodoxo serio se ve palpitar en la que podríamos denominar segunda acción definitoria del Papa Juan Pablo II: el eliminar esa fuente de caos religioso, cultural, político y económico que para toda la Europa central y oriental constituía la Unión Soviética. He ahí algo vinculado con la ideología, pero también con la praxis. Era fundamental el hundimiento de tan siniestra realidad, en la que, desde Lenin a Chernenko, se jugó con los seres humanos como si de cobayas se tratase, al experimentar con ellos la creación de una nueva realidad socioeconómica de signo colectivista. Por supuesto que mucho tiene que ver con ese final la guerra de las galaxias de Reagan y, derivado de ello, el informe de Basov a Chernenko de la imposibilidad material de seguir la galopada de ciencias y tecnología de los Estados Unidos, pero mucho también el alzamiento de pueblos y naciones sojuzgados por la Unión Soviética, al ser movidos por el talante de Juan Pablo II frente al mensaje comunista.

Claras ideas sobre economía y la destrucción de una quimera abominable se unen a la llegada al Vaticano de un Papa no italiano, del mundo eslavogermánico europeo. Desde la caída del Muro de Berlín, en torno a esta realidad se construye la Unión Europea. Disminuye en ella el peso de Francia; el británico siempre será secundario, y se alza, a pesar de su crisis, el germano. Eso es lo que significa el Tratado de Maastricht. Desde ahí es desde donde se construye la nueva Europa. El combinar la ortodoxia económica y sus complementos con el ingreso de los PECO (Países de Europa Central y Oriental) en el seno de la Unión Europea es algo que coincide con la culminación del pontificado de Juan Pablo II –un Papa polaco, no hay que olvidarlo–. Europa se está construyendo política, monetaria y económicamente en torno a estas ideas. Juan Pablo II las ha respaldado más de una vez y las negociaciones para la incorporación de su patria en ese ámbito de unión de Europa terminaron por dar un sentido nuevo a esta realidad comunitaria.

Entre los numerosos sellos indelebles que dejará este Papa no será precisamente lo menos importante el aclarar con nitidez la postura de la Iglesia ante estos importantes problemas económicos. Tampoco será posible ya volver a caminar en dirección a heterodoxias económicas dentro del ámbito de la ortodoxia de Roma. Fue un Pontífice de los que marcan una era.

Juan Velarde Fuertes

Juan Pablo II: un hombre de una pieza

Un pensador para el siglo XXI

Una de las sesiones del Concilio Vaticano II

En la vida y en la obra de Juan Pablo II se entrelazan las dimensiones que pertenecen a su incomparable personalidad intelectual y humana, por una parte, y las que corresponden a su ministerio como cabeza de la Iglesia católica. Considerada esta doble perspectiva en su auténtica realidad –es decir, con la mirada de la fe–, ambos aspectos vienen a coincidir. Y me parece que Karol Wojtyla, hombre de una fe arrolladora, no dedicó muchas horas de su tiempo a trazar la frontera que teóricamente separaría al pensador del Sumo Pontífice. Lo primero que se debe decir de él es que era un hombre de una pieza. Su riqueza vital no aboca acomplejidades ni laberintos. Hablemos, pues, de su pensamiento sin excesivos distingos.

El temple intelectual de Wojtyla viene marcado inicialmente por su condición de filósofo. Y esta configuración *profesional*, por así decirlo, no le abandonará a lo largo de toda su apasionante y fecunda labor intelectual. Donde quiera que miremos, nos encontramos con un hombre de letras, interesado en el teatro, la poesía y la Historia. A la filosofía llega, como otros, por la radicalización de sus aproximaciones culturales a la realidad del hombre contemporáneo, y de su patria polaca. Y tal radicalidad no es extraña a su vocación sacerdotal. Él mismo nos informa de que el estudio de un manual de metafísica tomista –en latín y muy poco apetecible a primera vista– es una de las claves de su fidelidad a la llamada recibida de Dios. Lo lee cuando era un seminarista clandestino, durante la ocupación nazi, en la segunda guerra mundial

Aquí ya tenemos un hilo conductor a través de su odisea intelectual: es capaz de descubrir la vitalidad de la tradición a través del rigor conceptual con el que todavía se nos ofrece. Con lo cual es perfectamente congruente su temprano interés por san Juan de la Cruz, un místico tomista, aunque la conjunción de estos dos términos parezcan a algunos una contradicción interna

La tradición se abre al futuro

No es extraño que Karol Wojtyla se encontrara con la fenomenología en la siguiente singladura filosófica. Baste pensar en santa Edith Stein que, de discípula de Husserl y colega de Heidegger, pasa, con los años y tras su conversión, a escribir sobre la metafísica de Tomás de la Cruz, ya cerca de la mística del propio san Juan de la Cruz. El ambiente de la filosofía europea de entre guerras facilita estos movimientos. No olvidemos que Roman Ingarden, polaco, es uno de los principales representantes de esa fenomenología de orientación realista que le acercaba, también intelectualmente, a su amiga Edith Stein. Éste será el camino elegido por Wojtyla cuando decide estudiar, no sin enfoques críticos, a Max Scheler. Su campo temático, siendo ya profesor en la Universidad de Lublin, es la acción humana. Su preocupación pastoral, su cuidado por las almas, aflora enseguida. Se encamina hacia una ontología del espíritu, que constituya la base sólida para replantear la ética en una tesitura histórica en la que los cimientos de la moral clásica comienzan a resquebrajarse en la mente desorientada de quienes han asistido al derrumbamiento de casi todas las esperanzas puestas en la modernidad ilustrada. *Persona y acción* y *Amor y responsabilidad* son dos libros paralelos y complementarios. El primero es una impecable monografía filosófica de gran aliento, mientras que el segundo constituye una guía para la juventud estudiosa, perpleja ante el mundo que está surgiendo entre las ruinas de toda una civilización. Puestos a confrontar a Wojtyla con otros fenomenólogos y analistas del lenguaje de esos años, la impresión que se puede obtener es la de las ventajas que, para la propia fenomenología, depara la teoría de la acción de cuño aristotélico. Ésta será una ventaja especulativa y práctica de la que el futuro Papa sacará un gran rendimiento para bien de cuantos le hemos escuchado y leído. Es un pensador certero, apasionado por la verdad y totalmente de espaldas a la popularidad que deparan las modas intelectuales.

La llegada de un filósofo así equipado a la Sede de Pedro es un acontecimiento en la historia intelectual contemporánea. La Iglesia católica, como Newman vislumbró en su momento, estaba necesitada de una mayor atención a las tareas del pensamiento, y nadie mejor que un Papa, que era él mismo un pensador, podía hacerse cargo de ese reto. El tránsito de Juan Pablo II hacia la teología es completamente natural y se produce –se había producido ya– sin sobresalto ni violencia alguna. Años después, en la encíclica *Fides et ratio*, nos hará ver que la separación entre filosofía y teología –ajena a la tradición y consustancial al racionalismo– es la mayor tragedia del actual ejercicio metódico de la inteligencia. Cuando el nuevo Papa sale del Cónclave en el que fue inesperadamente elegido, lleva ya en su cartera un borrador de lo que será la *Redemptor hominis*, impresionante documento en el que se contiene el núcleo conceptual de todo su pontificado.

Las preocupaciones más íntimas de Juan Pablo II como pensador asoman por todos lados en *Gaudium et spes*, la Constitución más característica y quizá más brillante del Vaticano II. No importa tanto saber en qué tramos está presente la pluma o la intuición del entonces arzobispo Wojtyla. Porque todo el texto responde a una metodología fenomenológica, que acude a la realidad social misma, y a una inspiración ontológicamente

clásica, según se revela en la precisión conceptual y en la estricta continuidad con una tradición doctrinal de siglos. Pero el mensaje de fondo del Concilio calaba más hondo, y en esa profundidad se encontraba ya el nuevo Papa. Es la teología trinitaria. La gran llamada de atención del Vaticano II consiste en la incitación a desarrollar la entera teología con una inequívoca inspiración en el misterio central de nuestra fe: la Santísima Trinidad. Tarea que estaba en buena parte por hacer y que el Papa Wojtyla ha impulsado de manera decisiva. A la Trinidad de Dios están dedicadas las tres encíclicas medulares de Juan Pablo II. En este momento, me viene a la mente, en primer lugar, *Dives in misericordia*, la encíclica dedicada al Padre. No deja de ser significativo que el segundo Domingo de Pascua fuera dedicado por Juan Pablo II a la Misericordia divina, siguiendo la revelación recibida por la religiosa polaca Faustina Kowalska, a quien él mismo canonizó. Si de algo está necesitado un tiempo implacable como el nuestro es precisamente de una misericordia cuyo único hontanar posible es la relación filial con Dios nuestro Padre. *Dominum et vivificantem* nos ofrece el camino –el Espíritu– para poder intentar siquiera la comprensión de esa hondura de plenitud por la que clama nuestra hondura de miseria. Y todo converge en Cristo, el Redentor, a quien estaba dedicada aquella encíclica inicial.

Amor humano, plano divino

Desde Agustín de Hipona, la sabiduría cristiana no tiene más que dos preocupaciones temáticas: Dios y el hombre esencial. Por otra parte, nuestro tiempo ha redescubierto al hombre como ámbito de desvelación del ser. De manera que la antropología seguía siendo un territorio de imprescindible dedicación para el fenomenólogo que, entre tanto, ha releído con fe y rigor la Biblia. Los ya famosos discursos del miércoles, en los que se comentan los primeros capítulos del Génesis, constituyen un tratamiento insólito y extraordinariamente interesante de la sexualidad humana, el punto más controvertido de la antropología contemporánea. A través de esos desarrollos, Juan Pablo II estudia el amor humano en el plano divino, con la vista puesta en la crisis actual de la familia en no pocos lugares, y el impacto –siempre ilustrativo y a veces disolvente– que la psicología inspirada en Freud opera en la mentalidad contemporánea.

Juan Pablo II es un competente y magnífico defensor de la fe. Punto por punto, recorre en sus documentos y alocuciones –miles y miles de páginas de la edición oficial– todas y cada una de las regiones conflictivas del pensamiento y la praxis de nuestro tiempo. No ha faltado quien tratara de caracterizarle como una especie de Jano bifronte: conservador en cuestiones dogmáticas y morales; avanzado y hasta progresista en materias sociales y culturales. Nada más apartado de la realidad. Con toda su riqueza de articulaciones y matices, la fuente inspiradora del pensamiento de Juan Pablo II, como antes apuntaba, es una sola. En primer lugar, su fe inconmovible y profunda. E inseparable de ella, su concepción de la trascendencia de la persona humana, de la que brota una alta valoración de su dignidad y de su libertad. La doctrina social de la Iglesia encuentra en Juan Pablo II un brillante renovador. Especialmente significativa es la encíclica *Laborem exercens*, en la que utiliza –de manera implícita pero clara– su teoría de la acción, inspirada en la fenomenología y en la tradición aristotélica.

La dimensión subjetiva del trabajo es la clave de su dignidad, de su irreductibilidad a la cosificación y a todo fetichismo. Sobre esta base, se replantea en clave positiva la economía de mercado, que en la *Centesimus annus* encuentra, por primera vez, amplia acogida en la enseñanza social católica, al tiempo que se advierten las limitaciones del economicismo neoliberal y los riesgos que el consumismo entraña para la propia democracia en los países del Occidente desarrollado. Juan Pablo II ve en el materialismo la raíz de la falta de solidaridad que aqueja a la civilización globalizada. La abundancia de bienes materiales, y la falta de generosidad para su distribución, es la causa más notoria de la ceguera espiritual que aqueja a las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Los sufrimientos que Juan Pablo II ha tenido que padecer en todos los momentos de su largo pontificado deben no poco a este talante egoísta e injusto.

De personalidad atractiva y alegre, Juan Pablo II era temperamentalmente optimista, pero, sobre todo, espiritualmente esperanzado. Su visión de la Historia –tema central en todo su pensamiento– está lanzada hacia el futuro, con una vivísima percepción del *kairós*, del momento oportuno.

Para él, el tiempo histórico no es homogéneo, como el que marcan las agujas del reloj. Es un tiempo cualificado y diferenciado, en el que los propios números presentan un valor simbólico que, para él, no quiere decir ficticio o ideal, sino cargado de una realidad más profunda que la cotidianeidad superficial. Baste con recordar que él ha sido el único intelectual capaz de hablar de manera coherente y dar sentido profundo al cambio de milenio, hasta el punto de que se apropió, sin pretenderlo, del año 2000. Por eso cabe decir que Juan Pablo II es un pensador para el siglo XXI, es decir, para un arranque innovador y esperanzado del tercer milenio.

Para el Papa Juan Pablo II, Cristo es la meta y fin de la Historia, cuya consideración radical ha de ser escatológica. Pero esta clave definitiva se desgrana después en la historia de los pueblos, en los que adquiere perfiles definidos e inconfundibles. También en este punto, Juan Pablo II tiene mucho de agustiniano. Dios es el Señor de la Historia; pero ahora el campo para la libertad humana se ve más amplio y dilatado, porque la experiencia de la modernidad es, a la postre, una vivencia cristiana de la que ya no podemos ni queremos prescindir. John Henry Newman vuelve a ser reivindicado; porque él entendió mejor que nadie que tradición y progreso son las dos caras de una misma realidad. Wojtyla ha reinterpretado y ofrecido al mundo la historia de su patria polaca. Lo acabamos de leer en ese libro revelador, *Memoria e identidad*, que es como el recordatorio de su último viaje.

Se nos ha ido Juan Pablo II, que aún tenía tantas cosas que decirnos. Buena parte de ellas las encontraremos en sus libros, discursos y homilías: un tesoro casi inexplorado. Pero lo decisivo nos lo ha transmitido con su propia vida. Y de ello nos sigue hablando, sin rumor de palabras, mientras contempla cara a cara la Verdad que buscó con denuedo y difundió con entera libertad.

Alejandro Llano

Juan Pablo II, referente moral

Juan Pablo II se ha convertido en una referencia moral indiscutible en la cultura contemporánea. En un tiempo que ha sido definido por algunos como *era de la información*, y que ha generado un tipo de sociedades que hemos llamado *sociedades del conocimiento*, la figura de Juan Pablo II se ha convertido en una referencia moral no sólo para la comunidad de católicos, sino para todas las comunidades religiosas que componen un planeta que ahora llamamos aldea global.

En este tipo de sociedades, no es fácil precisar por qué decimos que Juan Pablo II es una verdadera referencia moral. Para algunos, desempeña un papel parecido al que desempeña un capitán en los equipos deportivos; no es un simple jugador, tiene más empuje, más tesón y fuerza, bien para minimizar la derrota, para sacar fuerzas de flaqueza, para evitar la desmoralización de las personas, o simplemente para conseguir una victoria imprevista. Para otros, su liderazgo tiene un alcance político, trasladan a la Iglesia los mismos parámetros que se aplican a la teoría política, y nos presentan su liderazgo como si la silla de Pedro se consiguiera después de una dura campaña electoral, y como si el líder estuviera hipotecado con todo el equipo de campaña que le ha facilitado el poder. Tampoco faltan quienes piensan que su liderazgo es similar al de las grandes estrellas del rock, al de los grupos musicales que movilizan a millones de personas porque su música, sus ritmos y sus puestas en escena son espectaculares, vibrantes y emotivamente seductoras.

Estos días nos cansaremos de observar cómo Juan Pablo II se nos presenta como el mejor capitán, el mejor líder político o la mejor estrella del espectáculo que han podido tener los católicos de las últimas décadas. Cuando no sólo los católicos, sino el resto de confesiones religiosas, han considerado a Juan Pablo II como un referente moral indiscutible, no lo hacen por razones estratégicas, políticas o culturales, lo hacen porque su testimonio ha conseguido reinventar la identidad del catolicismo como fuente de valor y sentido para numerosas personas, comunidades y pueblos. Un testimonio que no se ha limitado a renovar los códigos con los que la tradición de la Iglesia transmitía la fe, que tampoco se ha limitado a renovar el significado de los símbolos religiosos en una civilización tecnológicamente compleja. Ni siquiera se ha tratado de un testimonio con valor pragmático porque ha conseguido renovar las fuentes de las costumbres, la moral y la teología católica.

Se ha convertido en un referente moral porque ha conseguido que volvamos a hablar de todos los seres humanos como de una gran familia en la que no sobra nadie, porque ha conseguido que la paz y los derechos humanos se mantengan como ideales políticos, porque ha conseguido hacer de la responsabilidad el gran valor de la acción humana, porque ha propuesto que el valor de una sociedad abierta no se identifique con una sociedad atomizada, fragmentada y mercantilizada. Y, sobre todo, porque ha invitado a todos los cristianos y personas de buena voluntad a que no tengan miedo. Una y otra vez siempre nos ha recordado lo mismo: *¡No tengáis miedo!*

De esta forma, la fe cristiana ha dejado de ser un elemento arqueológico o marginal de la ética contemporánea. Se ha convertido en un elemento central porque no se ha quedado en la periferia de la experiencia humana, porque no se ha limitado a la dimensión externa –legalista o formalista– de las prácticas religiosas, porque se ha convertido en la fuente de nuevas experiencias de sentido protagonizadas por millones de personas que se han atrevido a tomarse la vida en serio, a creer en una ciencia que no tiene miedo a la deliberación pública de sus límites, y que han defendido una propuesta moral que no realiza ninguna concesión al escepticismo, el relativismo o el etnocentrismo. Jóvenes que no se avergüenzan de ser católicos en espacios culturales dominados por un vacío en tecnicolor, ancianos que han visto en el agotamiento del Papa una permanente invitación a la vida, enfermos que han encontrado en su sobria vitalidad un empuje decisivo para afrontar con serenidad cualquier dolor. Incluso científicos e intelectuales que reconocen en su trayectoria, sus textos y, sobre todo, su testimonio, una alternativa razonable ante el nihilismo.

Un nihilismo que expresa técnicamente la idea de una vida indecisa e insatisfecha, sin rumbo, en naufragio permanente, instalada en una cultura incapaz de llamar a las cosas por su nombre. Una cultura seducida por el *bien-estar* de unos pocos, que no se atreve a proponerse como ideal la libertad y el *bien-ser* o estar bien de todos. Frente a ella, la narrativa del cristianismo vivo que encontramos en Juan Pablo II no se nos presenta como la narrativa legitimadora del poder ancestral de la institución eclesial, tampoco como una narrativa resistente que se ampara en una identidad religiosa que anime siempre a nadar contra corriente.

Nos encontramos ante una narrativa moral transformadora, que no se limita a justificar los poderes establecidos, que tampoco se resigna a convertirse en marginal y que, ante todo, quiere convertirse en proyecto para luchar contra la desmoralización, el desánimo y el miedo ante toda iniciativa de humanización integral. En este sentido, se trata de una narrativa innovadora para que la memoria e identidad del catolicismo nos impulse a ser verdaderos sujetos de la Historia, para hacer frente a la naturalización que nos propone el mercado o la gregarización de las nuevas espiritualidades. En definitiva, una narrativa que auna la apertura de posibilidades con la terquedad de las realidades. Precisamente por eso decimos que éste, como todo verdadero liderazgo moral, es una puerta abierta a la esperanza.

Agustín Domingo Moratalla
Profesor de Filosofía Moral y Política, en la Universidad de Valencia

Encíclica *Veritatis splendor* (1993)

Para sanar al hombre

La *Veritatis splendor*, décima encíclica de Juan Pablo II, fue el documento que más tiempo tardó en salir. El Papa había anunciado su publicación en agosto de 1987, y hasta el 5 de octubre de 1993 no se presentó oficialmente. Había una gran expectación para conocer la posición de la Iglesia ante la crisis ética de nuestro tiempo, que se refleja en la grave situación de inmoralidad pública.

La desorientación contemporánea en las cuestiones morales, que afectan a la supervivencia de la Humanidad, requería la precisión de «algunos aspectos doctrinales decisivos». La encíclica, para ello, se remonta a los fundamentos de la ética, acudiendo a la enseñanza moral de la Iglesia y principalmente a la exposición que hizo santo Tomás de Aquino. Desde ellos, con audacia y claridad, se establecen los criterios para responder a la objecciones que algunos moralistas de nuestro tiempo han hecho a la moral católica, basándose en teorías *teleológicas*, *consecuencialistas* y *proporcionalistas*, negadoras de determinados preceptos morales prohibitivos, ignorando que está *al servicio del amor* al prójimo y a Dios.

Entre estos fundamentos, que, con esta encíclica, por primera vez el magisterio de la Iglesia los expuso amplia y ordenadamente, se pueden destacar cuatro. El primero es que la moral no es más que la respuesta a la pregunta básica de qué es el hombre. El gran olvido del hombre de hoy es el de sí mismo. Ya no sabe quién es. La moral es la respuesta a la «pregunta acerca del pleno significado de la vida».

El segundo, que la conciencia moral, guía y testigo del bien o mal de las acciones individuales de cada persona, es creativa, pero su fuerza y obligatoriedad deriva de la ley moral.

El tercero es que esta ley, por coincidir totalmente con las inclinaciones profundas del hombre, no es opuesta a su libertad individual. El deber moral coincide con el deseo humano. La ley no es límite de la libertad, sino su fundamento, porque lo mandado no solamente es lo deseado, sino también lo bueno del hombre, el bien humano que le hace feliz.

Por último, que la persona humana es un todo, en el que se encuentran unificadas todas sus partes, el cuerpo y el alma. De ahí que el cuerpo del hombre no sea igual al de los animales. El cuerpo humano es personal y, por tanto, tiene un significado moral.

La encíclica, que revela la preocupación constante de Juan Pablo II por el hombre –podría decirse que ha sido *el Papa de la humanidad*–, se enfrenta a la crisis actual con realismo. Y con la valentía de proclamar la verdad. No le dice al hombre que no tiene ningún mal. «No acepta que el hombre pecador sea engañado por quien pretende amarlo justificando su pecado». Tampoco le proporciona una satisfacción momentánea. «Las complacientes doctrinas filosóficas o teológicas» no liberan del mal, no pueden «hacer verdaderammente feliz al hombre». La mentira piadosa no remedia nada.

Por el contrario, la encíclica atiende al hombre moralmente enfermo de nuestra época de un modo mucho más positivo y consolador. Le diagnostica, por una parte, su mal y le anuncia que no es incurable. Por otra, le ofrece las medicinas para que libremente se cure. Su mensaje es optimista, porque afirma que «ningún pecado del hombre puede cancelar la misericordia de Dios, ni impedirle poner en acto su fuerza victoriosa, con tal que la invoquemos».

La desorientación contemporánea en las cuestiones morales requería la precisión de «algunos aspectos doctrinales decisivos». La moral no es más que la respuesta a la pregunta básica de qué es el hombre. El gran olvido del hombre de hoy es el de sí mismo. Ya no sabe quién es. La moral es la respuesta a la «pregunta acerca del pleno significado de la vida»

Eudaldo Forment
Catedrático de Filosofía
de la Universiadad de Barcelona

Karol Wojtyla, por encima de tradicionalistas y progresistas

Karol Wojtyla tomó partido contra quienes separan en exceso el orden de la naturaleza (en cuyo interior el hombre se realizaría como puramente natural) y el orden de la gracia, tan lejano entonces del orden de la naturaleza, que así las cosas parecería un accesorio superfluo y en el límite de un ornato innecesario, pues si se negara que la naturaleza del hombre se dirige hacia Dios y en Él se funda, entonces se admitiría la posibilidad de una *civitas hominis* atea.

Del mismo modo, si se admitiera que ya en el mero orden natural se cumpliría a la perfección la humana deificación del amor, ¿no habría que concluir que el hombre tendría un derecho tan natural a la Revelación, que convertiría a ésta en superflua?

Por lo demás, y según tales presupuestos, ¿no habría que hacer coincidir la historia de la salvación con la historia de la Humanidad, un tanto a la hegeliana, porque el creciente progreso de la Humanidad misma llevaría adelante por sí solo el progreso, volviendo otra vez superfluo el hecho de la Redención?

Rocco Butiglione ha resumido el estado de la cuestión: ciertos teólogos sostienen que en Cristo la naturaleza humana ha sido totalmente asumida en Dios y que, después de Cristo, no existe naturaleza humana, sino una única naturaleza humano-divina, de suerte que los últimos tiempos son aquellos en los que llega a su cumplimiento esta nueva naturaleza humano-divina. Esta posición es falsa, y queda expuesta a un retorcimiento materialista, si se supusiera que es el hombre quien se libera progresivamente de su alienación, reapropiándose para sí mismo de las cualidades que había inicialmente situado en Dios.

El Papa Juan Pablo II, en la celebración del Jueves Santo de 2001

Frente a quienes separaban en exceso o confundían el orden de la naturaleza y el orden de la gracia, Juan Pablo II reafirmó la doctrina trinitaria: la naturaleza humana y la naturaleza divina no se mezclan, sino que se unen en la persona de Cristo, y los hombres entran en la vida de Dios por la persona de Cristo, adhiriéndose a la Cruz

Contra esto reaccionó Wojtyla. Decir que el orden de la gracia y el de la naturaleza (o mejor, el de la Redención y el de la Creación) se encuentran en la Cruz de Cristo, significa reafirmar la doctrina trinitaria, según la cual la naturaleza humana y la naturaleza divina no se mezclan, sino que se unen en la persona de Cristo, y los hombres entran en la vida de Dios por la persona de Cristo, adhiriéndose a la Cruz de Cristo. Precisamente por esto, la historia del mundo no puede ser representada mediante un proceso rectilíneo, en el que el hombre progrese continuamente hacia el reino de Dios. El Reino está ya en la historia del hombre, y sin embargo de forma misteriosa, y, hasta el fin, el tiempo de la Historia es un tiempo de decisión a favor o en contra de Dios y a favor o en contra de la verdad del hombre. De aquí igualmente la observación de Wojtyla, según la cual el texto conciliar corría el riesgo de ser demasiado unilateralmente optimista, al confundir el progreso material con su perfeccionamiento moral.

El error de la posición tradicionalista, como el de la progresista, es no comprender el orden personalista, incapaces de pensar que el hombre pueda ser creado por Dios sin por ello tener un derecho sobre Dios. El orden de la naturaleza, por el contrario, se halla en función de la gracia, y es reinterpretado a partir de la experiencia del hombre salvado, y sólo en esta perspectiva muestra toda su riqueza. Cristo, en efecto, aporta al hombre no sólo la vida eterna, sino también el céntuplo en esta vida, esto es, la sanación y la reorientación de la existencia natural, excluyendo de este modo la pretensión de que el hombre pueda regular su vida adecuadamente desde el punto de vista simplemente natural, exlcuyendo de su propia existencia tanto a Dios como la apertura hacia la trascendencia. Por consiguiente, en la conciencia cristiana, Creación y Redención están estrechamente vinculadas: se cierra así el camino a toda pretensión de imponer una ruptura entre cristianismo y religión, que impusiera un cristianismo no religioso o posreligioso.

Carlos Díaz
Profesor de Filosofía
de la Universidad Complutense
de Madrid

De la Eucaristía, a la Trinidad

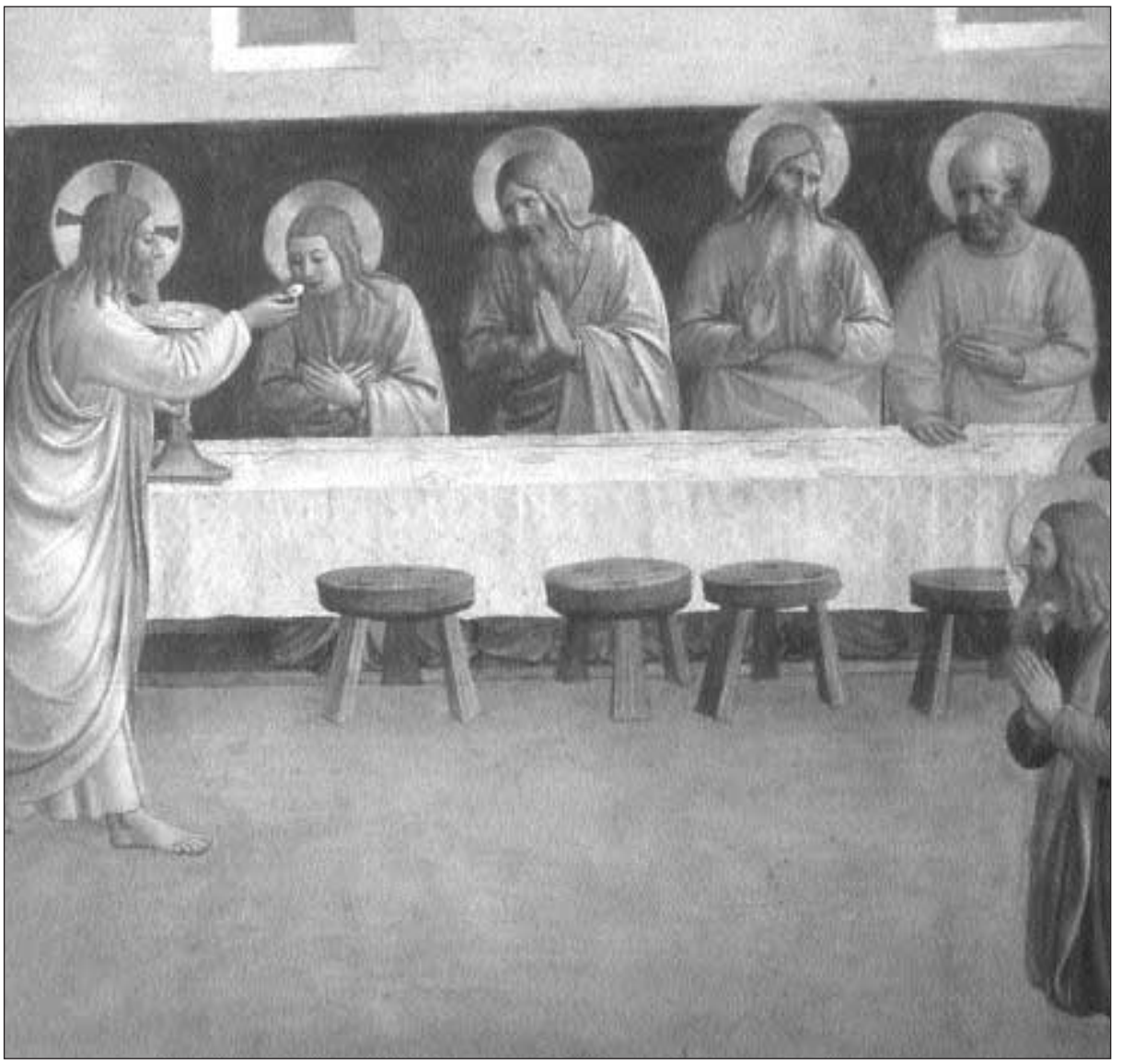
Escribe sobre Juan Pablo II ante el misterio de Dios el director del Secretariado de la Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe, de la Conferencia Episcopal Española

El título del conocido libro de M.V. Bernadot bien puede describir el itinerario pastoral del Papa Juan Pablo II visto con la hondura que sólo la fe puede ofrecer. La fe no inventa la realidad, sino que la desvela en su sentido último. A la pincelada rápida de las pocas palabras necesario es unir el óleo multicolor de una fe que dibuje los trazos maestros de un pontificado cuya misión no es otra que servir a *la unidad de fe y de comunión*. La muerte hace de la fe visión, de la esperanza encuentro, del amor posesión.

Al querer abrazar en mirada unitaria la figura del Santo Padre, bueno es no olvidar en Quién ha creído, a Quién ha esperado, en Quién sigue amando. *Confirmar en la fe a los hermanos* no es posible sin la contemplación del verdadero rostro de Dios, revelado por Jesucristo con el don del Espíritu Santo. En el ejercicio del ministerio recibido como sucesor de Pedro, tres encíclicas de Juan Pablo II han ocupado un lugar singular: *Redemptor hominis*, sobre Jesucristo redentor del hombre, *Dives in misericordia*, sobre la misericordia divina, y *Dominum et vivificantem*, sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y el mundo. Decir unas palabras sobre cada una de ellas nos permitirá asomarnos al corazón de un Papa que nos ha enseñado a vivir en Dios.

No se habían cumplido cinco meses de pontificado, cuando el Papa publicó su primera encíclica, *Redemptor hominis*. En ella señala «la pregunta fundamental que el nuevo Pontífice debe plantearse», a saber, ¿qué hay que hacer para que la Iglesia nos acerque al Padre sempiterno? Y él mismo ofrece la respuesta: «La única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, redentor del hombre; hacia Cristo, redentor del mundo. A Él nosotros queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación». Mostraba así la orientación principal de un pontificado, que él mismo quiso abrir con las palabras: «No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo». La preocupación por el hombre, la defensa continua de su dignidad, resultan incomprensibles en Juan Pablo II sin esta mirada dirigida a Cristo, el único que revela plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación. Se comprende entonces que el programa trazado por el Santo Padre a la Iglesia al entrar en un nuevo milenio no sea otro que contemplar, con María, el rostro de Cristo.

La segunda encíclica, *Dives in misericordia*, concebida en continuidad con la primera, como «el segundo cuadro de un único díptico», tuvo como objetivo «recordar el amor del Padre, revelado en toda la misión mesiánica de Cristo, comenzando desde la venida al mundo hasta el misterio pascual de su cruz y de la resurrección» (*Angelus*, 30.11.1980). La misma exigencia que le llevó a proclamar que todo hombre es, en cierto sentido, el camino de la Iglesia le impulsa ahora a «descubrir en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es misericordioso y Dios de todo consuelo», pues «el hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor». La vida del Papa es memoria para el mundo del amor del Padre, fuente y meta de todo corazón humano.



La primera Comunión de María y los apóstoles. Beato Angélico. Fresco del convento de San Marcos, Florencia

La encíclica *Dominum et vivificantem*, quinta del Pontífice, completa la *trilogía trinitaria*. Con ella, deseaba el Papa «suscitar en los fieles una devoción cada vez más viva a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, a la que Cristo, antes de subir al cielo, encomendó la tarea de guiar a su Iglesia hacia la verdad completa». Al Espíritu Santo se dirige la Iglesia, «corazón de la Humanidad, para pedir para todos, y dispensar a todos, aquellos dones del amor que, por su medio, ha sido derramado en nuestros corazones». El Papa, entregado a la Iglesia hasta el último aliento, nos ha enseñado que el empeño de todos los creyentes se ha de poner en conformar su pensamiento y su acción a la voluntad del Espíritu Santo.

Padre, Hijo y Espíritu Santo. Verdad de Dios y verdad del hombre. Fe proclamada y transmitida. Fe celebrada. La Eucaristía nos introduce en el misterio de Dios. El *Cuerpo entregado* y la *Sangre derramada* nos hablan de un Amor que se ha hecho don. De ahí que el Papa no dude al señalarnos el camino a seguir: «Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?»

La orientación de la mirada del Papa Juan Pablo II ha sido Cristo, la memoria para el mundo de su vida ha sido el Amor del Padre, el aliento de sus empeños el Espíritu Santo, la compañía en su caminar la Virgen María, el solaz de sus trabajos la Eucaristía. Quien así ha vivido, dice verdad cuando promete: «Os llevo a todos en el corazón», tal como dijo el Santo Padre al despedirse de España en su último viaje. ¡No dejes de llevarnos ahora que pasas de la Eucaristía a la Trinidad!

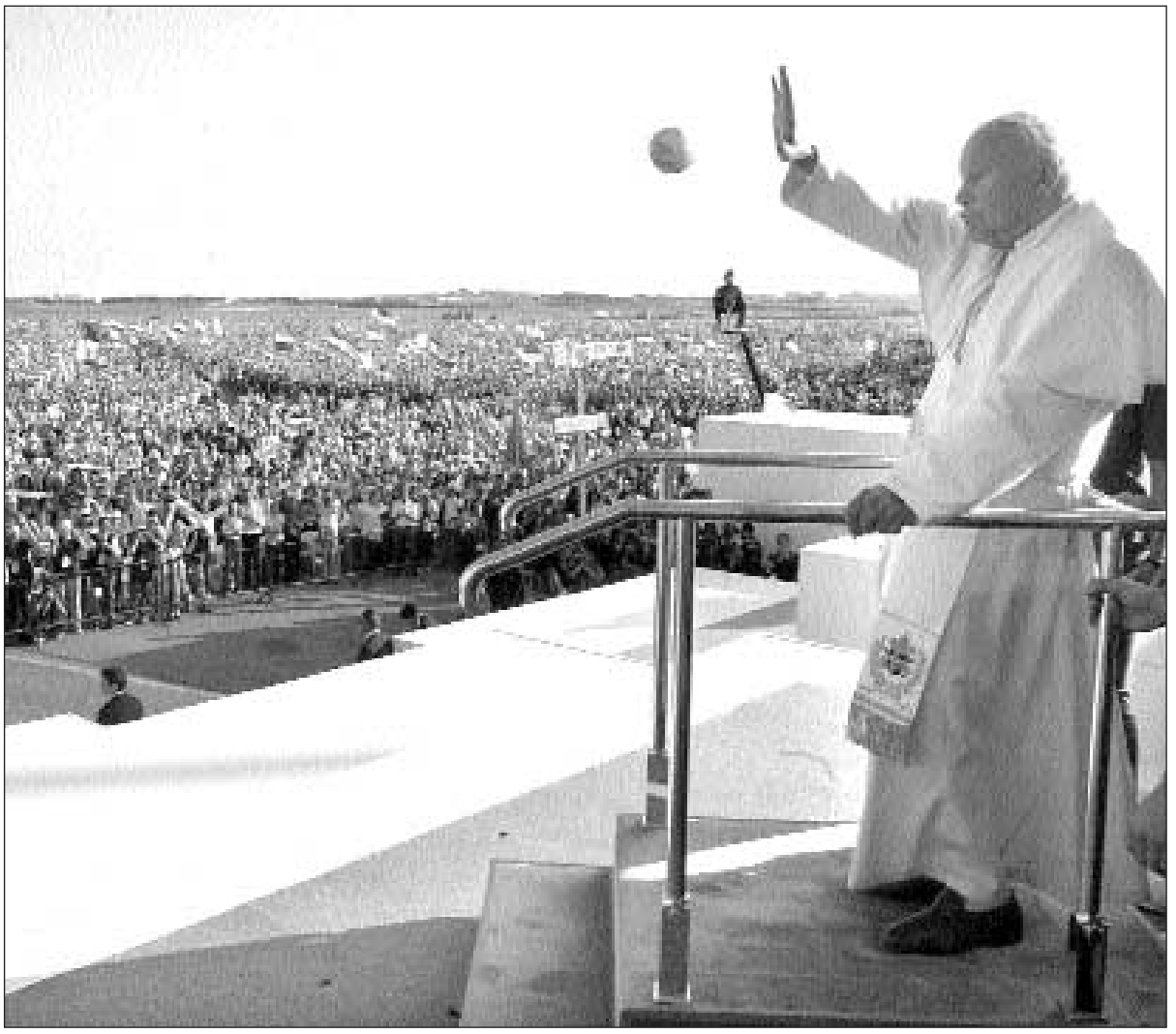
José Rico Pavés

Jóvenes ante el Papa

Cuando el cardenal Karol Wojtyla fue elegido Papa, en octubre de 1978, yo contaba con 19 años recién cumplidos. Estaba estudiando la carrera de Filosofía en Salamanca. Nadie de la Facultad, ni siquiera los profesores, habían oído hablar de este arzobispo. Elegir Papa a un polaco que durante años había sido catedrático de Ética en la Universidad de Lublín no dejaba de ser algo ciertamente curioso y sorprendente para aprendices de filosofía. Hoy, unos veinticinco años después de aquella grata sorpresa juvenil, me encuentro explicando Ética en la célebre Universidad de Salamanca. He leído con detenimiento casi todos los escritos filosóficos del pensador Karol Wojtyla, y con especial interés tres de las encíclicas de mayor calado ético y filosófico que su pontificado ha ofrecido al mundo católico, también al académico y cultural: *Veritatis splendor*, *Evangelium vitae* y *Fides et ratio*. En el trasfondo de mis clases y publicaciones tengo presente las tres encíclicas ético-filosóficas de Juan Pablo II. Desde ellas –explícita o implícitamente–, he pensado muchos de mis escritos, enseñado a centenares de estudiantes y fortalecido mi fe católica.

En 1987, el Papa convocó a los jóvenes a celebrar el Domingo de Ramos en Roma, lo que será el preludio de las Jornadas Mudiales de la Juventud. Allí me fui en autobús (con la que entonces era mi novia y ahora mi mujer), junto a decenas de chicos y chicas de la diócesis salmantina. Muchos estudiantes estábamos recorriendo en diversas parroquias las etapas de maduración de la fe propuestas por el Camino Neocatecumenal, y hacia Roma marchamos llenos de ilusión al primer encuentro juvenil con el Papa. Me impresionó la masa de jóvenes que *invadimos* la capital de Italia. La alegría, los cantos, los bailes, las solemnes celebraciones litúrgicas en las diversas iglesias y basílicas de Roma repletas de jóvenes venidos de todo el mundo, el anuncio del *kerigma* por parte de Kiko Argüello, ante miles de estudiantes, en un polideportivo romano a rebosar, todo ello permanecerá siempre en mi memoria como uno de los acontecimientos más relevantes de mi juventud. La fuerza de las palabras del Papa, llenas de ánimo e impulso evangelizador, los interminables aplausos y el gozo de sentir el amor de Cristo a través de la presencia siempre alegre y sonriente del –para mí, en aquel entonces– *Papa filósofo* me llamaron definitivamente a seguir a Cristo en mi matrimonio y a servir a la Iglesia. De aquel primer encuentro con el Papa –y de los que vinieron después– han surgido miles de vocaciones al presbiterado y a la vida consagrada.

¿Por qué millones de jóvenes nos hemos sentido durante años congregados y fortalecidos en la fe por este Papa, cada vez más anciano y enfermo? ¿Qué ha acontecido durante su largo pontificado para que también nuestros hijos y los de tantos matrimonios que participaron en numerosas Jornadas Mundiales de la Juventud estén ilusionados igualmente en viajar al encuentro con el sucesor de Pedro? ¿Es un mero fenómeno sociológico, o constituye un reflejo de que algo realmente *nuevo* está aconteciendo en la Iglesia y en el mundo? La masa juvenil exultante de alegría que peregrina desde todos los continentes, año tras año, con el anhelo de escuchar al Papa en directo y de seguir a Cristo (aunque los medios de comunicación procuran *silenciar* tales encuentros mundiales), me conduce a la siguiente consideración: Juan Pablo II ha impulsado de modo potente y sin complejos lo que denominó, al poco tiempo de ser elegido, la *nueva evangelización* de Europa y de otros continentes (que nada tiene que ver con una vuelta a la cristiandad). Esta ingente tarea, que se ha de emprender sin miedo, está iniciándose ya de modo sorprendente gracias a las nuevas realidades eclesiales, comunidades y movimientos católicos –que forman miles y miles de jóvenes– suscitados por el Espíritu Santo para hacer real el Concilio Vaticano II: la Iglesia, *luz de las gentes*.



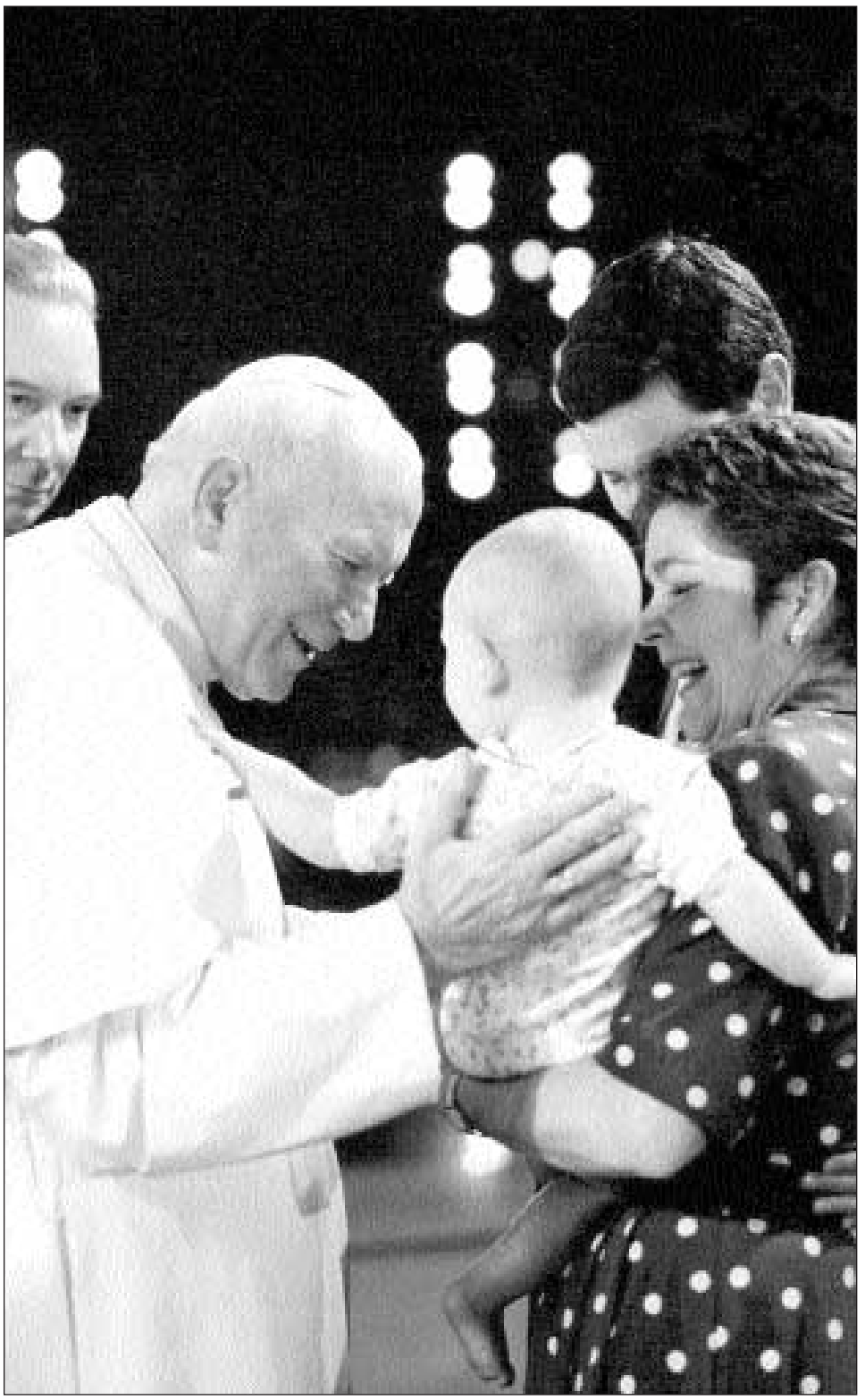
Juan Pablo II en su último viaje a España, se encuentra con los jóvenes en Cuatro Vientos, el 3 de mayo de 2003

La nueva evangelización necesita no sólo nuevos métodos, sino nuevas energías que sólo los jóvenes con corazón generoso y espíritu martirial son capaces de realizar en nuestro contexto cultural *postmoderno*, conducidos por el sucesor de Pedro, fortalecidos por el Espíritu y llamados por Cristo resucitado. Siempre unió Juan Pablo II la convocatoria de las Jornadas Mundiales de la Juventud con el impulso de la nueva evangelización. En su última Carta enviada a los jóvenes el agosto pasado para animarles a ir al XX encuentro de Colonia, encontramos estas proféticas palabras: «¡Jóvenes: no creáis en falaces ilusiones, en modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual. Rechazad la seducción del dinero, del consumismo, de la violencia solapada que, a veces, ejercen todos los medios de comunicación. La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de resistencia contra toda forma de idolatría. Adorad a Cristo: Él es la roca sobre la que construís vuestro futuro en un mundo justo y solidario… Queridos jóvenes: la Iglesia necesita auténticos testigos para una nueva evangelización, hombres y mujeres cuya vida haya sido transformada por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar su experiencia a los demás».

«¡Jóvenes: no creáis en falaces ilusiones, en modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual. Rechazad la seducción del dinero, del consumismo, de la violencia. Adorad a Cristo: Él es la roca sobre la que construís vuestro futuro»

Enrique Bonete Perales
Profesor de Filosofía
en la Universidad de Salamanca

El Papa de la familia



No es exagerado referirse a Juan Pablo II como *el Papa de la familia*. Es el que más ha hablado sobre la familia. Más que todos los demás Pontífices juntos. En los más variados contextos, y desde los más diversos ángulos, la familia ha ocupado siempre un lugar destacado en su magisterio. Y también en sus viajes apostólicos, en los que siempre buscaba momentos para encontrarse con las familias. «Entre los numerosos caminos de la Iglesia –decía–, la familia es el primero y más importante». Detrás de esas palabras estaba el amor tan profundo que sentía por los hombres, por Cristo y por la Iglesia.

Juan Pablo II amaba al hombre, porque amaba a Cristo. Era un hombre de fe. Conocía, como muy pocos, la realidad: las dificultades y los problemas que acechan a la Humanidad. Pero esa fe le hacía ver también que el mal, por grande que sea, no es capaz de vencer al bien. El hombre que vive, aunque es pecador y se mueve entre dificultades, ha sido ya redimido por Cristo; con la ayuda de la gracia puede superar todas las adversidades. Porque Cristo ha vencido al pecado y a la muerte. *¡No tengáis miedo a Cristo! ¡Abrid las puertas a Cristo!* Son expresiones que denotan bien a las claras y dan razón de la esperanza de Juan Pablo II en el hombre contemporáneo.

El amor a Cristo estaba en la raíz de su amor al hombre, y este amor era, a su vez, el motivo de su interés por la familia. Llevar la salvación al hombre es la misión confiada por Cristo a su Iglesia, y la familia es el primero y más importante de los *caminos* para realizarla.

Familia, sé lo que eres

El camino de la Iglesia para salvar al hombre es la familia, porque el hombre será lo que sea la familia. La familia es el marco natural de la formación de la personalidad humana y cristiana. En la familia nacen y se desarrollan los miembros de la sociedad y de la Iglesia. Es el lugar donde se orientan y consolidan los valores que moverán las conductas en la vida social, política, etc. Por eso, la necesidad de que la familia sea familia y de que, consciente de su misión, sea y actúe como tal. Está ahí la razón de que el Papa haya dirigido sus esfuerzos a proclamar la verdad de la familia, sobre qué es ser familia. Y también cómo ha de realizar la familia su misión.

El camino de la Iglesia para salvar al hombre es la familia, porque el hombre será lo que sea la familia. La familia es el marco natural de la formación de la personalidad humana y cristiana. En la familia nacen y se desarrollan los miembros de la sociedad y de la Iglesia

La convicción de que la proclamación de la verdad encuentra siempre eco en el corazón del hombre explica la constancia en proclamar el Evangelio de la familia y las características de este anuncio, particularmente el optimismo y la esperanza que impregnan su magisterio. «¡No tengáis miedo de los riesgos! ¡La fuerza divina es mucho más fuerte que vuestras dificultades!», decía el Papa. Son palabras que Juan Pablo II dirigía a las familias, exhortándolas a vivir en la verdad. Denunció, quizá como nadie, las falsificaciones de la institución familiar. Su afán, sin embargo, fue sobre todo mostrar la grandeza y dignidad de la familia. Sólo la verdad hace libres, y sólo el amor a la verdad es capaz de vencer al mal.

La familia, fuerte de Dios

A través de la familia discurre la historia del hombre, la historia de la salvación de la Humanidad. La familia se encuentra en el centro de la lucha entre la cultura de la vida y la de la muerte, del bien y del mal. De su misión forma parte el esfuerzo por hacer realidad la cultura del amor. Ser testimonio vivo y *fuerte de Dios* hacia dentro y fuera de sí misma. Para ello es necesario que viva de acuerdo con lo que es, en la verdad. Por eso, la invitación a *ser familia*, constantemente repetida por Juan Pablo II. A descubrir y testimoniar la grandeza de la familia. Una invitación dirigida, en primer lugar, a las familias. Y, después, a cuantos de una u otra manera pueden y deben ayudarlas en su misión: los obispos, los presbíteros, los movimientos y asociaciones de laicos, los religiosos, etc.

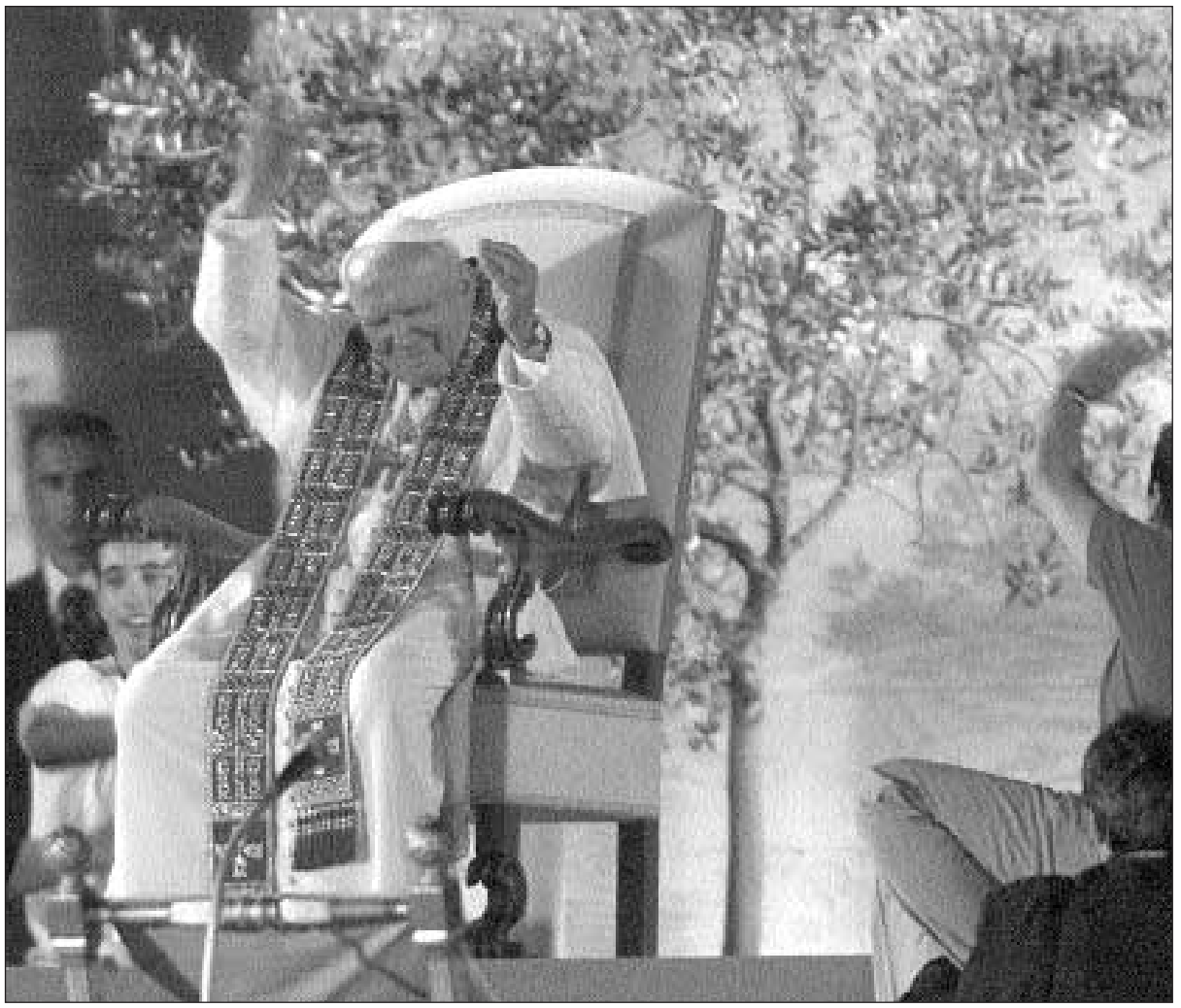
«El Buen Pastor está con nosotros en todas partes. El Buen Pastor está hoy con vosotros –decía a las familias–, como motivo de esperanza, fuerza de los corazones, fuente de entusiasmo siempre nuevo y signo de la victoria de la civilización del amor». Esta convicción hará que las familias no sucumban a los ataques que, desde ámbitos diversos y con formas variadas, puedan levantarse contra ellas. Y, sobre todo, dará razón del orgullo que debe caracterizar siempre el ser y vivir como familia. Es así como será el *fuerte de Dios*.

Augusto Sarmiento
Profesor de Teología
de la Universidad de Navarra

La encíclica Evangelium vitae

La vida es un don sagrado

En esta su undécima encíclica, firmada el 25 de marzo de 1995, sobre el valor y la inviolabilidad de la vida humana, Juan Pablo II expresa «una llamada apasionada a todos y cada uno en nombre de Dios» para respetar, defender, amar y servir a la vida humana. Está dirigida no solamente a los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y fieles laicos, sino también a todas las personas de buena voluntad, ya que la vida es un valor que cada ser humano puede comprender también a la luz de la razón



Juan Pablo II, durante la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Roma en el Año Jubilar 2000

En la *Evangelium vitae*, el Papa reafirma la grandeza y el valor de la vida humana en todos sus aspectos y en todos sus momentos, como vida corporal y espiritual al mismo tiempo, y en sus fases terrena y eterna, que alcanza su plenitud de significado en la participación de la misma vida de Dios. La encíclica contempla las amenazas contra la vida humana, que en este momento de la Historia se configuran con unos rasgos particulares, en consonancia con las ideas predominantes en la sociedad actual: concepto de libertad muy individualista y de carácter absoluto, que acaba por ser la libertad de los más fuertes contra los débiles; relativismo, negando la existencia de un verdad objetiva, que es sustituida por la opinión subjetiva del individuo haciendo que, al final, todo resulte convencional y negociable; por último, el predominio del secularismo, con la pérdida del sentido de Dios y del hombre, que lleva a la confusión entre el bien y el mal. El hombre, rechazando u olvidando su relación fundamental con Dios, cree ser criterio y norma de sí mismo.

Juan Pablo II consideró como una violación de la ley de Dios, y moralmente rechazable, la muerte deliberada de un ser humano, y se detuvo especialmente en los dos extremos de la vida: el nacimiento y la muerte, declarando el aborto directo y la eutanasia verdadera como desórdenes morales graves por sí mismos, por su propio objeto, independientemente de las circunstancias y de las intenciones de quien los realiza. Se trata de delitos que amplios estratos de la opinión pública justifican en nombre de los derechos de la libertad individual, reivindicando incluso su autorización estatal, mediante legislaciones inhumanas, y su cumplimiento con la intervención gratuita de los propios operadores sanitarios.

La encíclica confirma que el magisterio de la Iglesia enseña que el ser humano debe ser respetado y tratado como una persona desde su concepción hasta su muerte natural, y que la ciencia y la técnica deben estar ordenadas al hombre y a su desarrollo integral. Juan Pablo II confirma este juicio moral de la Iglesia fundamentado en la ley natural, en las Sagradas Escrituras, en la tradición viva de la Iglesia y en el Magisterio, que la ha afirmado en repetidas ocasiones.

La valoración moral del aborto es aplicada a otras formas nuevas de intervenciones sobre los embriones humanos, que comportan inevitablemente su muerte, como la experimentación con embriones, el uso de los fetos como suministradores de órganos o tejidos para transplantes y de las técnicas de diagnóstico prenatal con fines eugenésicos. Nos encontramos ante una *cultura de la muerte*, que se extiende a las diferentes responsabilidades y complicidades personales, sociales o culturales, en lo que Juan Pablo II considera *una estructura de pecado*.

Signos de esperanza

Pero la *Evangelium vitae* subraya la voz de la sangre de Cristo, que redime y salva, que revela luminosamente el valor inestimable de la vida y la grandeza de la vocación del hombre, que consiste en el don sincero de sí mismo, que da la fuerza para comprome-

Escoger la vida: un deber de los cristianos

En medio de la cultura de la muerte y la cultura de la vida, todos estamos llamados cada día a tener que elegir incondicionalmente a favor de la vida. Para los creyentes, esta elección tiene sus raíces y su estímulo en la fe en el Resucitado, que ha vencido a la muerte. En efecto, el *Evangelio de la vida* está en el centro del mensaje y de la misión de Jesús, que afirmó: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia». Sobre todo, el *Evangelio de la vida* es la persona misma de Jesús, que es el *Verbo de la vida*.

La vida es siempre un bien, incluso cuando está amenazada, ya que el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, y destinado a la comunión con Él, en su conocimiento y amor. Pero es en el Hijo encarnado donde encuentra plena respuesta la razón de que la vida humana es un bien. ¡Realmente es grande el valor de la vida humana si el Hijo de Dios la asumió y la convirtió en lugar en el que la salvación se realiza para toda la Humanidad!

El Papa invita a todos a *contemplar al que traspasaron*, a *mirar el espectáculo de la Cruz*, para poder descubrir en ese árbol glorioso la realización plena de todo el Evangelio de la vida.

Durante un bautizo en la Capilla Sixtina, en enero de 2002

terse a favor de la vida, con la seguridad de la victoria. La encíclica menciona algunos signos que anticipan esa victoria; son signos positivos de esperanza que están presentes y actúan en la Humanidad, en el ámbito de los esposos que acogen a los hijos; de las familias que acogen a niños abandonados y a ancianos solos; de los centros de ayuda a la vida; de los grupos de voluntarios; de los avances de la Medicina y asociaciones de médicos, que los llevan a los países más pobres; del crecimiento de la conciencia social sobre el valor de la vida, la oposición a las guerras y a la pena de muerte; de la atención creciente a la calidad de vida y a la ecología ambiental humana.

La vida del hombre proviene de Dios y, por tanto, Dios es el único señor de la vida, y de este señorío divino se derivan la sacralidad e inviolabilidad de la vida humana, que comprende tanto el *no* al homicidio, como el *sí* al amor al prójimo.

El primer compromiso de los cristianos consiste en anunciar el *Evangelio de la vida*, es decir, a Jesucristo mismo. El Dios que da la vida debe celebrarse en la oración cotidiana, individual y comunitaria, en los sacramentos, en la existencia diaria, vivida en el amor y el don de sí mismo a los demás. Además, el Papa propone que se celebre en las distintas naciones, cada año, una Jornada por la Vida, así como una Jornada Mundial del Enfermo.

Anuncio y celebración conducen al servicio al *Evangelio de la vida*, atendiendo al otro en cuanto persona y encontrando en él a Cristo, extendiéndose a toda la vida y a la vida de todos. La encíclica expresa la misión de servicio, en referencia a una serie de responsabilidades, desde la de los médicos y operadores sanitarios como guardianes y servidores de la vida, a la de los voluntarios, los animadores sociales y los comprometidos en la política, destacando especialmente el papel decisivo de la familia en cuanto *Iglesia doméstica* y *santuario de la vida*.

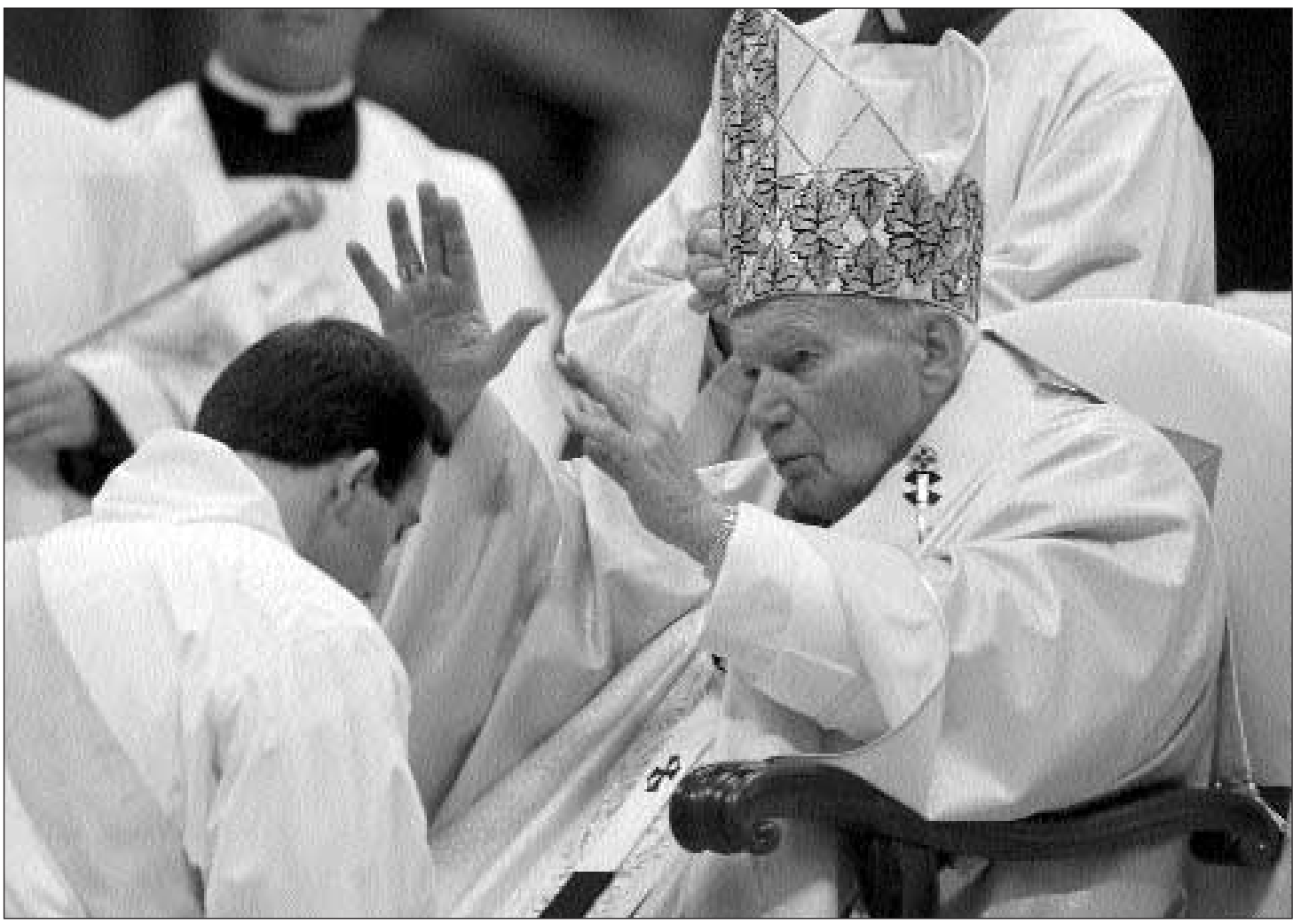
Subraya la urgencia de realizar un auténtico cambio cultural, que debe comenzar desde dentro de las propias comunidades cristianas; en primer lugar, mediante la formación de la conciencia sobre el valor e inviolabilidad de la vida humana; en segundo lugar, mediante la educación a favor de la vida, en relación con sus raíces (sexualidad y amor), con la procreación responsable (recurso a los métodos naturales de regulación de la fertilidad) y el significado humano y específicamente cristiano del dolor, el sufrimiento y la muerte. En síntesis, un nuevo estilo de vida que afirme la primacía del ser sobre el tener, y de la persona sobre las cosas, así como el paso de la indiferencia al interés por el otro, y del rechazo a la acogida.

El Papa asegura que trabajar a favor de la vida es contribuir a la renovación de la sociedad mediante la edificación del bien común, pues el respeto de la vida es fundamento de la democracia y de la verdadera paz. En este gran esfuerzo por una nueva cultura de la vida, nos sostiene y anima la confianza en la ayuda de Dios *para quien nada hay imposible*. Por eso, «es urgente una gran oración por la vida que abarque el mundo entero».

El primer compromiso de los cristianos consiste en anunciar el *Evangelio de la vida*, es decir, a Jesucristo mismo. El Dios que da la vida debe celebrarse en la oración cotidiana, individual y comunitaria, en los sacramentos, en la existencia diaria, vivida en el amor y el don de sí mismo a los demás

Juan Pablo II concluye la encíclica volviendo la mirada a María, la Virgen Madre, que acogió *la Vida* en nombre de todos y para bien de todos, y que tiene, por tanto, una relación personal estrechísima con el *Evangelio de la vida*, pues es Madre de aquella Vida por la que todos viven. Así, María se nos propone a toda la Iglesia como «modelo incomparable de acogida y cuidado de la vida», y como «señal de esperanza cierta y de consuelo».

Alfa y Omega



«Llamó a los que quiso…»

A propósito de la Carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis,* de Juan Pablo II

En la solemnidad de Pentecostés del año 1994, el Papa Juan Pablo II hacía pública la Carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis*, dirigida a todos los obispos y, a través de ellos, a la totalidad de la Iglesia católica. Obviamente, su alcance iba más allá de la católica, al suscitar distintas repercusiones en el diálogo ecuménico con otras Iglesias, sobre todo con la comunión anglicana y las Iglesias reformadas, en donde la admisión de la mujer al ministerio pastoral era ya un hecho consumado.

Nadie tiene derecho a ser sacerdote; sólo aquellos que reciben –siempre inmerecidamente– el don de la elección. No se trata de discriminar a la mujer, sino de fidelidad al libre y soberano designio de Jesucristo que, por su Espíritu, reparte sus dones como quiere. En este sentido, tampoco los varones no ordenados pueden ejercer el ministerio sacerdotal

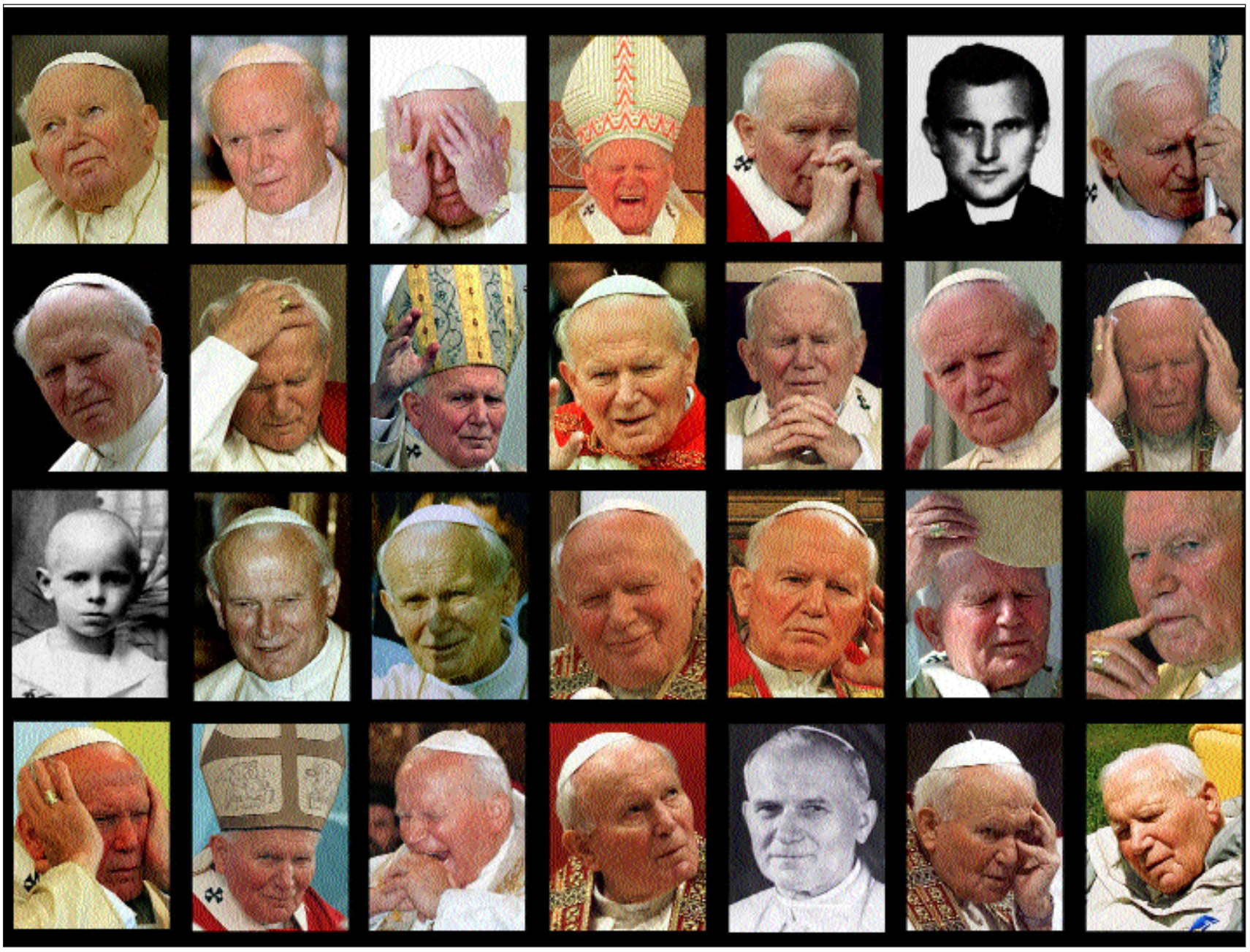
Ciertamente, esta importante cuestión ecuménica subyacía como motivación de la Carta del Papa, y a ella se refería al recordar las anteriores intervenciones de Pablo VI al respecto. Pero no solamente. El Santo Padre era consciente de que, «aunque la doctrina sobre la ordenación sacerdotal, reservada sólo a los hombres, sea conservada por la tradición constante y universal de la Iglesia, y sea enseñada firmemente por el Magisterio», de hecho, todavía y en algunos ambientes, seguía –y sigue– siendo una mera cuestión disciplinar que la Iglesia podría variar a su arbitrio, respondiendo así a las demandas de los tiempos actuales. En este sentido, los diferentes movimientos en pro de la liberación social servían de caldo de cultivo, sobre todo los de inspiración cristiana.

La finalidad de la Carta es, en consecuencia, «alejar toda duda sobre una cuestión de gran importancia, que atañe a la misma constitución divina de la Iglesia», y, con ello, esclarcer con su autoridad apostólica la cuestión de una eventual ordenación de la mujer. Apelando a aquella con sobria solemnidad –«...en virtud de mi ministerio de confirmar en la fe a los hermanos...»–, Juan Pablo II declara que «la Iglesia no tiene en modo alguna la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado definitivo por todos los fieles de la Iglesia».

En realidad, la primera parte de la declaración no supone novedad doctrinal alguna. El Papa hace suya la doctrina del Magisterio anterior, sobre todo la de Pablo VI, para ratificar con toda certeza la postura tradicional de la Iglesia vivida desde sus orígenes. Toda la Carta se sitúa, pues, no en el ámbito de la sociología y los derechos humanos, sino en el más puro servicio de Pedro a la integridad de la fe católica sobre el sacramento del Orden, tal y como se deduce de los datos del Nuevo Testamento, y se ha conservado de forma perenne en la tradición constante y universal de la Iglesia.

Un don, no un derecho

En el origen del sacerdocio ministerial se contempla como norma fundante y vinculante la actuación del Señor en la elección de los doce Apóstoles, varones todos ellos, fundamento de la Iglesia, y principio y forma de todo ministerio ordenado posterior. Cristo «llamó a los que quiso…» El ministerio apostólico, por tanto, es gracia, brota de su libre voluntad como un don que se perpetuará en la Iglesia de todos los tiempos. Nadie tiene derecho a ser sacerdote; sólo aquellos que reciben –siempre inmerecidamente– el don de la elección. No se trata de discriminar a la mujer, sino de fidelidad al libre y soberano designio de Jesucristo que, por su Espíritu, reparte sus dones co-



mo quiere. En este sentido, tampoco los varones no ordenados pueden ejercer el ministerio sacerdotal.

La médula del ministerio sacerdotal es de carácter sacerdotal. Solamente el don del Espíritu Santo, recibido en la imposición de las manos del obispo, capacita a los ordenados para la re-presentación ministerial de Jesucristo, configurándolos con Él y pudiendo actuar con su autoridad y en su nombre. Como afirma el Papa, «ellos no recibieron solamente una función que habría podido ser ejercida después por cualquier miembro de la Iglesia, sino que fueron asociados especial e íntimamente a la misión del mismo Verbo encarnado». Entra, pues, dentro de la lógica sacramental que la gracia y el servicio de poder representar históricamente al Verbo de Dios, encarnado en figura de varón, se reserve sólo a los varones.

Con toda delicadeza, Juan Pablo II insiste en que no se trata en modo alguno de discriminar a la mujer. Las alusiones a su Carta apostólica *Mulieris dignitatem* invitan a leer la *Ordinatio sacerdotalis* a la luz de aquélla. La figura luminosa de María, elegida para ser la Madre de Dios y de la Iglesia, se alza como ejemplo eminente de la dignidad de la mujer, aun cuando no recibiera en su vida la misión apostólica. Y junto a ella, la ingente cantidad de mujeres cristianas, «verdaderas discípulas y testigos de Cristo en la familia y en la profesión civil, así como en la consagración total al servicio de Dios y del Evangelio», cuya dignidad y vocación específicas honra y agradece la Iglesia, por cuanto su presencia y participación en la misión sigue siendo necesaria e insustituible, «tanto para la renovación y humanización de la sociedad, como para descubrir de nuevo, por parte de los creyentes, el verdadero rostro de la Iglesia».

Andrés García de la Cuerda
Rector del Seminario de Madrid

«Los más grandes en el reino de los cielos no son los ministros, sino los santos»

La naturaleza del sacerdocio como gracia incluye su ejercicio como servicio. No se puede aspirar a él ni puede ser ejercido al modo y manera de los poderes de este mundo. Cuando así sucede, se desvirtúa su contenido y se pervierte su finalidad. Su servicio específico se ordena a la santificación de la vida de los fieles cristianos, injertándolos en la caridad de Cristo por la Palabra y los sacramentos. Y siempre bajo la forma de siervo, como el Señor, que *no vino a ser servido, sino a servir y a entregar la vida en rescate por muchos*. A este propósito, el Papa recuerda la doctrina paulina sobre los carismas: «El único carisma superior que debe ser apetecido es la caridad», porque, según la escala de valores del Evangelio, «los más grandes en el reino de los cielos no son los ministros, sino los santos».

En la segunda parte de la declaración central, Juan Pablo II afirma: «Este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia». El Papa da por zanjada toda discusión sobe la eventual ordenación de la mujer: la Iglesia no está facultada para cambiar lo que ha recibido por voluntad de su Señor. Y lo que ha sido práctica constante en la tradición de la Iglesia se hace, por la autoridad apostólica del sucesor de Pedro, doctrina enseñada como definitiva y, por tanto, no reformable. A todos los católicos se nos pide el asentimiento pleno en la obediencia de la fe y, naturalmente, seguir progresando en el ejercicio de la propia responsabilidad en la vida y la misión eclesiales, cada uno según la vocación y los dones recibidos. Siempre con la gracia del Señor y en la comunión de la Santa Iglesia, en donde toda autoridad es servicio por amor.

A. G.

El magisterio mariano de Juan Pablo II

Juan Pablo II, en Lourdes, en agosto de 2004

La figura de María tenía que estar fuertemente presente en el magisterio de un Papa que, como Juan Pablo II, ha querido llevar en su escudo papal no sólo el anagrama de María, sino las palabras *Totus tuus*, que sintetizan el núcleo fundamental de su consagración personal de esclavitud mariana, hecha mucho antes de su pontificado y renovada ante la imagen de la Virgen de Czestochowa en su primer viaje como Papa a Polonia. Para limitarnos a sus documentos mayores, las encíclicas, es característico que inmediatamente después de la gran trilogía de encíclicas dedicadas a cada una de las tres Personas Divinas (*Redemptor hominis*, sobre el Hijo; *Dives in misericordia*, sobre Dios Padre; y *Dominum et vivificantem*, sobre el Espíritu Santo) –trilogía sólo interrumpida con una encíclica de tema social, *Laborem exercens*, postulada por el 90 aniversario de la publicación de la encíclica *Rerum novarum*, de León XIII–, Juan Pablo II haya querido hablar a la Iglesia sobre la Madre del Señor. Él mismo creó la ocasión para ello con la proclamación, en 1987, de un Año Mariano, como pórtico al gran Jubileo conmemorativo de los 2.000 años del nacimiento de Jesús. Pensó que había que recordar igualmente, unos años antes, el segundo milenario del nacimiento de su Madre.

Coherente consigo mismo, ya que el enfoque de su primera encíclica, su encíclica programática, había sido hablar de Jesucristo como *Redentor del hombre*, en su gran encíclica mariana el Papa presenta la figura de María como *Madre del Redentor*, es decir, tomando como punto de partida la relación de María con la obra redentora de Cristo. En función de este planteamiento, a la encíclica mariana de Juan Pablo II subyace el tema más antiguo de la fe de la Iglesia sobre María, el tema de María *nueva Eva*, asociada a Jesús, el nuevo Adán, en su obra salvadora, tema al que el Papa hace referencia tres veces a lo largo de su gran documento mariano. Si junto al primer Adán existió una figura de mujer, Eva, que cooperó en la obra de nuestra ruina en cuanto que, tras un diálogo con el demonio, su desobediencia trajo ruina y muerte al mundo, existe una figura señera de mujer que, en la plenitud de los tiempos, dialogó con el ángel Gabriel, y obedeciendo a Dios trajo al mundo al Salvador y, con Él, la salvación.

Comparando a la primera con la segunda Eva, ya Tertuliano comentaba: «Lo que aquélla pecó creyendo [a la serpiente], lo borró ésta creyendo [al ángel Gabriel]». A partir de este convencimiento, se comprende la centralidad que la encíclica da al tema de la fe de María. Ella fue Madre de Cristo como consecuencia de su respuesta de fe al ángel. María es proclamada por Isabel bienaventurada por haber creído. Y la proclamación de su bienaventuranza por todas las generaciones a lo largo de los siglos sigue viéndola como dechado de fe. Por cierto, se trata de una fe que no es una mera afirmación intelectual, sino que implica la donación total de sí que María supo expresar con toda sencillez y profundidad en su respuesta al ángel: «He aquí la esclava del Señor, hágase de mí según tu palabra».

En la encíclica se subraya que la entrega plena de María, expresada en la frase de respuesta que acabo de evocar, está en plena consonancia con las palabras del Hijo de Dios, que se hizo Hijo de la Virgen y que, según la *Carta a los Hebreos*, al venir al mundo, dice al Padre: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad». María en su *sí*, que va a ser vivido a lo largo de toda su vida, se une a la oblación de Jesús. Imitando a María, todos los cristianos hemos de realizar una entrega que nos una al ofrecimiento mismo de Jesús al Padre.

María aceptó su vocación a ser Madre del Mesías, que se le comunicó en la Anunciación. Aceptó igualmente vivir esa misión en la oscuridad y el dolor, como se le predijo en la profecía de Simeón, a la que el Papa llama significativamente la segunda anunciación. Abrazar las paradojas del Evangelio es el centro de la actitud espiritual que María nos ha dejado como camino a cuyo recorrido nos invita. Ella aceptó vivir el misterio de Jesús en la oscuridad de la fe, incluso cuando el velo se hizo especialmente denso, como sucedió en el Calvario.

En ese momento supremo de dolor para una Madre, que es la agonía del Hijo, especialmente cuando se trata de una muerte violenta en cruz, María es el contenido de lo que el Papa llama el *testamento de la cruz*. Al darnos a su Madre como Madre nuestra, Jesús moribundo nos da su última herencia. Cuando nos daba la vida, cuando ya no tenía ninguna otra cosa que darnos, nos dio a su Madre. Aceptar esta preciosa herencia será tarea para toda la vida de un cristiano. El Papa explicará que un cristiano acoge a María, y con Ella el *testamento de la cruz*, cuando se consagra a Ella

Cierro aquí este breve intento de espigar algunas de las ideas del Papa en su gran encíclica mariana. Soy consciente de no haber recogido todas sus riquezas. Mucho menos de haber reflejado adecuadamente el pensamiento riquísimo de Juan Pablo II sobre mariología, disperso en tantas y tantas alocuciones y predicaciones. Nótese, por poner un ejemplo, que, en el breve arco de tres años (1995-1997), el Santo Padre dedicó a la figura de María 70 bellísimas catequesis, que constituyen una mariología completa.

Cándido Pozo, S.J.

Juan Pablo II y el ecumenismo

Juan Pablo II con los representantes de las confesiones cristianas, en el Encuentro ecuménico de Asís, en 1987

Cuando Juan Pablo II estaba hospitalizado en Roma, entre las muchas personas que le aseguraban su oración fraterna, se encontraba también el Patriarca Ortodoxo de Moscú, Alejo II. No es de extrañar. Pocos meses antes, en el verano de 2004, el Papa había decidido que el antiguo icono de la Virgen de Kazán, que, por circunstancias históricas, formaba parte de las imágenes más veneradas en el Vaticano, regresara al suelo de Rusia para dar alegría a los cristianos orientales.

Estos gestos de amistad han aumentado notablemente durante el último pontificado. En sus múltiples viajes, Juan Pablo II ha visitado muchos miles de nuestros hermanos separados, ha entrado en sus templos para rezar con ellos, y no dudó, en ningún momento, en mostrarles su profundo aprecio.

Cristianos orientales

Por impulsos de Juan Pablo II, la Iglesia católica mantiene, en la actualidad, diálogos oficiales con los representantes de las principales Iglesias cristianas. Con respecto a los ortodoxos, no hay desacuerdos doctrinales de especial gravedad; pero las dificultades de naturaleza psicológica pesan mucho. Antiguas animadversiones hacia *los latinos*, así como los manejos históricos de la Ortodoxia con el poder estatal bajo el régimen comunista, son factores que han dificultado, en más de una ocasión, un acercamiento sereno. Las tensiones aumentaron en 1991, cuando la iniciativa de Gorbachov a favor de la libertad religiosa hizo posible reorganizar las Iglesias católicas en el Este de Europa, y Juan Pablo II estableció, en el territorio ruso, tres Administraciones Apostólicas –desde 2002, diócesis–, para asegurar a los católicos la asistencia pastoral que necesitaban. Como era de esperar, el incidente potenció la actitud antirromana del Patriarcado de Moscú.

Sin embargo, Juan Pablo II no dejó de aprovechar ninguna ocasión para mostrar su estima a los orientales. Entre un sinnúmero de gestos fraternos se puede destacar, por ejemplo, que les regaló la iglesia de San Basilio, en Roma; y que, durante su difícil viaje a Atenas, pidió perdón, ante el arzobispo ortodoxo Christodoulos, por el comportamiento que los cristianos del Occidente tuvieron en el pasado frente a los orientales.

Pocos líderes ortodoxos han respondido con generosidad al gran deseo del Papa de salvar la distancia entre Este y Oeste, en los umbrales del tercer milenio. Sin embargo, no cabe duda de que, al intentar la unidad, el Papa ha sembrado las semillas de una reconciliación futura.

Cristianos anglicanos

En la Iglesia anglicana, la *teología de la polémica* ha sido sustituida por la *teología de la convergencia*. La encíclica de Juan Pablo II sobre el ecumenismo, *Ut unum sint*, fue recibida en 1995 en Inglaterra con especial alegría, y los anglicanos respondieron con la redacción de un documento que llevaba el mismo título, aunque en inglés: *May they all be one* (*Que todos sean uno*). Cuatro años más tarde, publicaron otro documento interesante –*The gift of authority* (*El don de la autoridad*)–, en el que, sin entrar en detalles, reconocen el papel insustituible que desempeña el obispo de Roma para la comunión de todas las Iglesias cristianas.

Sin embargo, el diálogo entre anglicanos y católicos demuestra que es difícil borrar prejuicios centenarios (como en el caso de los ortodoxos), tanto como alcanzar acuerdos teológicos. La ordenación de mujeres, con todo lo que implica, no es el único punto conflictivo. Tampoco han faltado distintas *sensibilidades* y convicciones en lo que se refiere a la admisión a la comunión eucarística de personas divorciadas vueltas a casar, a la legitimidad moral de los métodos anticonceptivos, al aborto y a la homosexualidad.

Cristianos protestantes

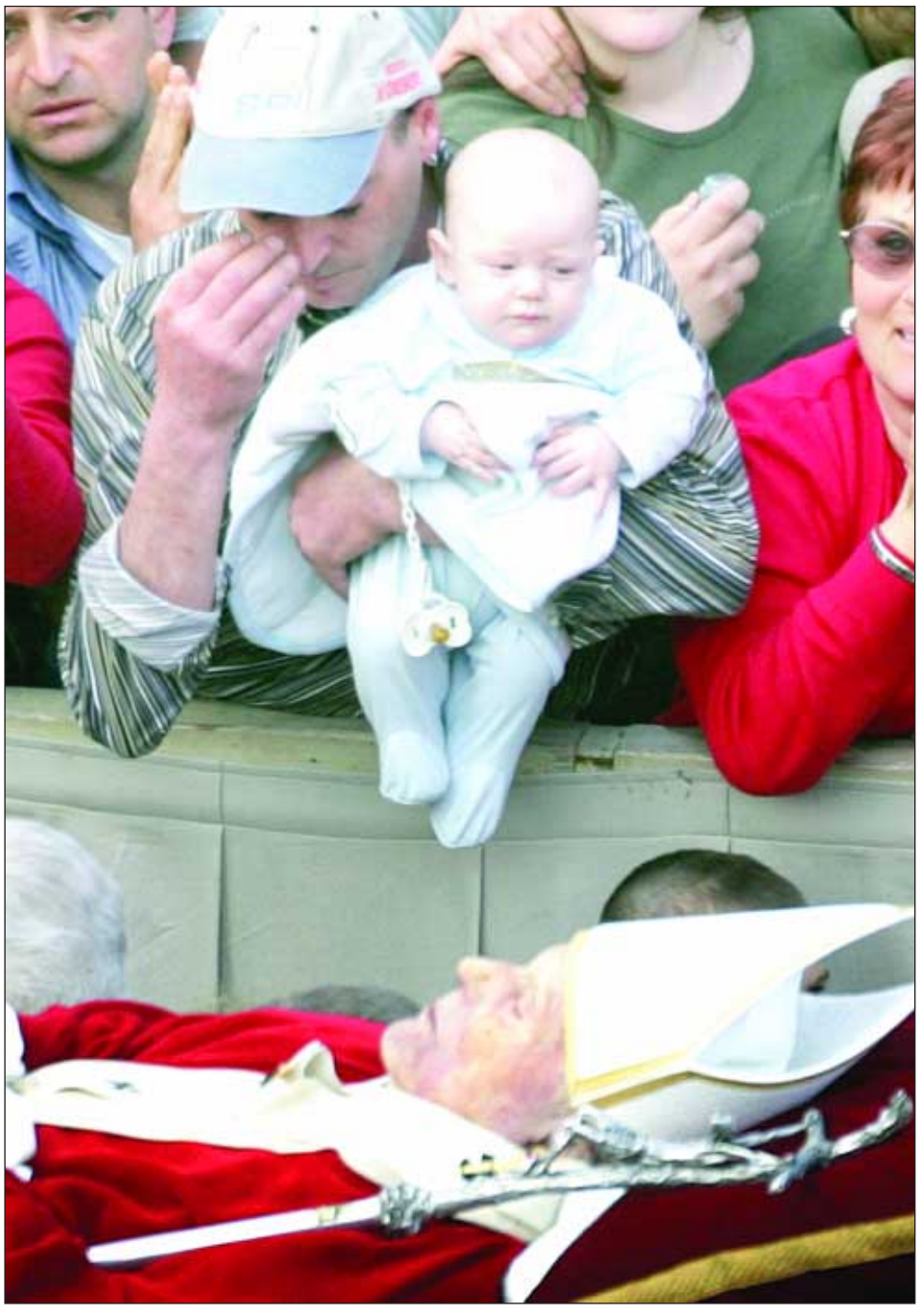
Durante el último pontificado, también la Iglesia católica y las Iglesias luteranas, con renovados deseos ecuménicos, emprendieron un diálogo serio acerca de una posible unión. Con la *Declaración conjunta acerca de la justificación* (1999) –que Juan Pablo II llamó *una gracia especial para el tercer milenio*–, han llegado a un consenso fundamental sobre la doctrina de la gracia en relación con las obras humanas, motivo de controversia entre protestantes y católicos desde los tiempos de la Reforma. Puede decirse que se ha avanzado más, en las últimas décadas, que en los 450 años precedentes. Sin embargo, siguen existiendo divergencias, sobre todo con respecto a la eclesiología y los sacramentos.

En comparación con los luteranos, la relación de la Iglesia católica con los cristianos reformados es más difícil y laboriosa. Tras algunos contactos previos, se realizaron dos ciclos de diálogos. Pero en 1995 se enfriaron las relaciones, debido a la canonización de Jan Sarkander, un mártir checo del siglo XVII, que murió asesinado por los protestantes. Los calvinistas checos interpretaron esta canonización como «una aprobación de las violencias católicas» de aquellos tiempos. La crisis no ha podido superarse, aunque continúan manteniéndose ciertos contactos.

Juan Pablo II ha recorrido un largo trayecto del camino con nosotros. Ha dado a la Iglesia un rostro fraterno. Nos ha enseñado el arte de convivir, de comprender y perdonar. «En el amor, que tiene su fuente en el Corazón de Jesús, está la esperanza del futuro del mundo»: son las últimas palabras de su último libro.

Jutta Burggraf
Profesora de Teología
de la Universidad de Navarra

Sólo el amor es digno de fe



No sé cómo te llamas. No sé si eres hombre o mujer, joven o menos joven. No sé si vives en una gran ciudad o en un pequeño pueblo. Sólo sé que una de las noche pasadas, en uno de los programas de televisión menos recomendable del momento –de cuyo nombre no me quiero acordar–, escribiste un SMS que decía: *Si nunca he creído en ti, ¿por qué estoy tan triste?* Permíteme que te explique por qué la tristeza no es más que la distancia que marca la ausencia. Quizá, un día, te alejaste de la fe que te dieron tus padres, tus abuelos. Quizá no hayas tenido la oportunidad de encontrarte con Cristo, de mirarle a los ojos, como el joven rico, y perderte en todo lo que él esconde para ti, para mí, para nosotros. Si hubieras conocido el don de Dios… en Juan Pablo. Pero ya no está, se nos ha ido, nos ha dejado.

Disculpa mi confidencia. ¡Qué desazón en aquellos primeros segundos, qué impotencia, qué orfandad! Te confieso que, cuando mi mujer me dio la noticia, no tuve más remedio que entregarme a ella en un abrazo y sentir que estábamos juntos; que lo que él nos había enseñado, el amor, su más granado testamento, no se podía despreciar ni desparramar, como las lágrimas, por entre las rendijas de la indiferencia. Sólo el amor es digno de fe. La muerte nos había expoliado a alguien en quien nosotros confiamos. La segunda reacción fue, si cabe, más espontánea: contar a nuestro hijo mayor que algo importante les acababa de suceder a sus padres. Él tendría así, un día, el recuerdo de un Papa, que ya no será el suyo, que fue decisivo para nosotros. Estoy seguro que cuando vea las fotografías del aquel Papa que vino del Este, al menos lo hará con admiración y respeto.

Desde que supimos la noticia –sí, la única noticia–, la temperatura de nuestra vida no ha sido la misma. Te confieso que, en las más de cuarenta y ocho horas que han pasado, he sentido frío, mucho frío, y calor, mucho calor. La noche del viernes barruntábamos lo que iba a ocurrir, el desenlace. Comencé a sentir la necesidad de estar en compañía, junto a mis hermanos, mis amigos. Nos llamábamos compulsivamente por el móvil para darnos las últimas novedades, para compartir los más certeros rumores. Avanzada la noche –bueno, de madrugada casi–, sentí que se me helaban los huesos delante de la estatua de Juan Pablo en la catedral de la Almudena. Éramos unos ochenta, cien, doscientos, algunos más –qué más da–, desgranando entre los silencios elocuentes de la angustia y la congoja, el Rosario de la confianza y de la esperanza. Conseguí, entonces, sentir algo de calor. Claro. Allí estaba ella, María de la Almudena, como una madre que vela a su hijo enfermo, como una madre abraza a su hijo moribundo, como el amor que se transfigura en carne de dolor y se estremece. Estaba allí, y aquí nos tranquilizamos.

Te confieso, querido amigo, que yo también sentí la necesidad de que fuera ella, la Madre, nuestra Madre, quien nos abrazara. Sentí, también, el calor del abrazo de la Iglesia. De esta Iglesia, no de otra, con sus hombres y sus nombres. De esta Iglesia, que es la de Juan Pablo. No te empeñes en pretender entender a Juan Pablo sin la Iglesia, y a la Iglesia sin Juan Pablo.

Lolek, Karol, Juan Pablo. Su vida fue para nosotros una muestra palpable, visible, evidente, del Evangelio. ¿Sabes? Ha sido el Papa al que más personas han tocado. No se entiende su humanidad sin el roce diario con quienes sentía cercanos en su corazón. ¿Recuerdas lo que nos relatan los evangelios? Hubo un discípulo, un poco cabezón, que dijo que hasta que no tocara a Jesús, hasta que no metiera su mano en su costado, no creería. Nosotros hemos metido la mano en el costado de Cristo, rozando la humanidad de nuestro Papa.

Te escribo con los dedos cansados de palpar la realidad de lo que nos ha pasado este largo, inmenso, eterno, fin de semana. Te escribo con la garganta anestesiada de relatar el milagro que se ha producido aquí y allá, en todo el mundo, con la muerte del Papa. El testimonio de su vida no se acabó con el último hálito de su vida, continúa después, para siempre… ¡Qué paradoja!

¿Qué sientes cuando alguien te quita lo que te pertenece? No te oculto que mi vida de fe no se entiende sin Juan Pablo. Él ha sido mi Papa, mi único Papa. Me ha enseñado con su palabra –y, sobre todo, con sus gestos– a conocer y a amar a Jesucristo. Nos dices que has sentido tristeza, que nunca has creído en él… También yo viví unos minutos en la tristeza, y el mundo, y los hombres de buena voluntad. Te invito, querido amigo del SMS, a que juntos descubramos a un hombre que *pasó haciendo el bien*.

José Francisco Serrano Oceja

Alfa y Omega agradece la especial colaboración de:

endesa

Fundación Universitaria San Pablo - CEU

CajaSur

UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN ANTONIO Murcia